


Em.l Monfort sculp.t

VIDA, Y HECHOS

DEL INGENIOSO CABALLERO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA,

COMPUESTA

Por MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION

Corregida, è ilustrada con várias Láminas finas, y la vida del Autor.

PARTE I. TOMO II.



MADRID. MDCCLXXVII.

En la Imprenta de D. ANTONIO DE SANCHA.

Con las Licencias necesarias.

A costa de la Real Compañia de Impresores, y Libreros del Reyno.

INDICE

De los Capítulos que en este Tomo se contienen.

QUARTA PARTE.

que

QUAR-

QUARTA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

CAPITULO XXVIII.

Que trata de la nueva, y agradable aventura que al Cura, y al Barbero sucedió en la misma Sierra.

FElicísimos, y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo Caballero Don Quixote de la Mancha; pues por haber tenido tan honrosa determinacion como fue el querer resucitar, y volver al mundo la yá perdída, y casi muerta órden de la Andante Caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos, y episodios de ella, que en parte no son menos agradables, artificiosos, y verdaderos que la misma historia; la qual prosiguien-

do su rastrillado, torcido, y aspado hilo, cuenta, que así como el Cura comenzó à prevenirse para consolar à Cardenio, lo impidió una voz, que llegó à sus oídos, que con tristes acentos decia de esta manera.

¡Ay Dios! ¿si será posible, que he yá hallado lugar, que pueda servir de escondida sepultura à la carga pesada de este cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me mienten. ¡Ay desdichada, y quán mas agradable compañia harán estos riscos, y malezas à mi intencion, pues me darán lugar para que con quexas comuníque mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quexas, ni remedio en los males! Todas estas razones oyeron, y percibieron el Cura, y los que con él estaban: y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian, se levantaron à buscar el dueño; y no hubieron andado veinte pasos, quando detras de un peñasco vieron sentado al pie de un fresno à un mozo vestido como labrador, al qual, por tener incli-

clinado el rostro, à causa de que se lavaba los pies en el arroyo, que por allí corria, no se le pudieron vér por entonces: y ellos llegaron con tanto silencio, que de él no fueron sentidos, ni él estaba à otra cosa atento, que à lavarse los pies, que eran tales, que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Suspendióles la blancura, y belleza de los pies, pareciéndoles, que no estaban hechos à pisar terrones, ni à andar tras el arado, y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño: y así viendo que no habian sido sentidos, el Cura, que iba delante, hizo señas à los otros dos que se agazapasen, ò escondiesen detrás de unos pedazos de peña que allí habia. Así lo hicieron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacía, el qual traía puesto un capotillo pardo de dos aldas, muy ceñido al cuerpo con una tohalla blanca. Traía asimismo unos calzones, y polaynas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda. Tenia las polaynas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia. Acabóse de lavar los hermosos pies, y luego con

un paño de tocar, que sacó de debaxo la montera, se los limpió; y al querer quitársele, alzó el rostro, y tubieron lugar los que mirándole estaban de vér una hermosura incomparable, tal, que Cardenio dixo al Cura con voz baxa: Esta, yá que no es Luscinda, no es persona humana, sino divina. El mozo se quitó la montera; y sacudiendo la cabeza à una, y otra parte, se comenzaron à descoger, y esparcir unos cabellos, que pudieran los del Sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el que parecia labrador era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, si no hubieran mirado, y conocido à Luscinda, que despues afirmó, que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos, y rubios cabellos, no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debaxo de ellos, que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales, y tantos eran. En esto le sirvieron de peyne unas manos, que si los pies en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo

qual

qual ponia à los tres que la miraban en mas admiracion, y deseo de saber quien era. Por esto determinaron de mostrarse; y al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian; y apenas los hubo visto, quando se levantó en pie, y sin aguardar à calzarse, ni à recoger los cabellos, asió con toda presteza un bulto como de ropa que junto à sí tenia, y quiso ponerse en huída, llena de turbacion, y sobresalto. Mas no hubo dado dos pasos, quando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo. Lo qual visto por los tres, salieron à ella, y el Cura fue el primero que la dixo: Deteneos, señora, quien quiera que seais, que los que aquí veis solo tienen intencion de serviros: no hay para que os pongais en tan impertinente huída, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondió palabra, atónita, y confusa. Llegaron, pues, à ella, y asiéndola por la mano el Cura, prosiguió, diciendo: Lo que vuestro trage, señora, nos niega, vues-

tros cabellos nos descubre: señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y trahídola à tanta soledad como es ésta, en la qual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio à vuestros males, à lo menos para darles consejo; pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que reuse de no escuchar siquiera el consejo, que con buena intencion se le dá al que lo padece. Así que, señora mia, ò señor mio, ò lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto, que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena, ò mala suerte, que en nosotros juntos, ò en cada uno, hallareis quien os ayude à sentir vuestras desgracias. En tanto que el Cura decia estas razones estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos à todos, sin mover labio, ni decir palabra alguna: bien así como rústico aldeano, que de improviso se le muestran cosas raras, y de él jamás vistas. Mas volviendo el Cura à decirle otras razones al mismo efecto encaminadas, dando ella un profundo suspíro, rompió el silencio, y dixo: Pues que

la

la soledad de estas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos ha permitido, que sea mentirosa mi lengua, en valde sería fingir yo de nuevo ahora lo que si se me creyése, sería mas por cortesía que por otra razon alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habeis hecho, el qual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido, puesto que temo, que la relacion que os hiciere de mis desdichas, os ha de causar al par de la compasion, la pesadumbre, porque no habeis de hallar medio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome yá conocido por muger, y viéndome moza, sola, y en este trage, cosas todas juntas, y cada una por sí, que pueden echar por tierra qualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar, si pudiera. Todo esto dixo sin parar la que tan hermosa muger parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discrecion, que su hermosura. Y tornándole à hacer nuevos ofre-

cimientos, y nuevos ruegos, para que lo prometido cumpliese, ella sin hacerse mas de rogar, calzándose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra; y puestos los tres alderredor de ella, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas, que à los ojos se la venian, con voz reposada, y clara comenzó la historia de su vida de esta manera.

En esta Andalucia hay un Lugar, de quien toma título un Duque, que le hace uno de los que llaman Grandes en España. Este tiene dos hijos, el mayor heredero de su Estado, y al parecer de sus buenas costumbres; y el menor no sé yo de qué sea heredero, sino de las trayciones de Vellido, y de los embustes de Galalon. De este señor son vasallos mis padres, humildes en linage; pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualáran à los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo: porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres. Bien es verdad que no son tan baxos, que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que à mí

me

me quiten la imaginacion que tengo de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, Christianos viejos ranciosos; pero tan rancios, que su riqueza, y magnífico trato les vá poco à poco adquiriendo nombre de Hidalgos, y aun de Caballeros, puesto que la mayor riqueza, y nobleza de que ellos se preciaban, era de tenerme à mí por hija: y así por no tener otra, ni otros que los heredáse, como por ser padres, y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas, que padres jamás regalaron. Era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejéz, y el sugeto à quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los quales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punto; y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de su hacienda. Por mí se recibian, y despedian los criados: la razon, y cuenta de lo que se sembraba, y cogia pasaba por mi mano. Los molinos de aceyte, los lagares del vino, el número del ganado mayor, y menor, el de las colmenas; finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi pa-

padre puede tener, y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma, y señora, con tanta solicitud mia, y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré à encarecerlo. Los ratos que del dia me quedaban, despues de haber dado lo que convenia à los mayorales, ò capataces, y otros jornaleros, los entretenia en exercicios, que son à las doncellas tan lícitos, como necesarios, como son los que ofrece la aguja, la almohadilla, y la rueca muchas veces: y si alguna por recrear el ánimo estos exercicios dexaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ò à tocar una harpa; porque la experiencia me mostraba, que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu. Esta, pues, era la vida que yo tenia en casa de mis padres; la qual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar à entender que soy rica, sino porque se advierta quán sin culpa me he venido de aquel buen estado, que he dicho, al infelice en que ahora me hallo. Es, pues, el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones, y en un encerramiento tal, que al de un Monasterio pudiera compararse,

sin

sin ser vista, à mi parecer, de otra persona alguna, que de los criados de casa, porque los dias que iba à Misa, era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre, y de otras criadas, y yo tan cubierta, y recatada, que apenas veían mis ojos mas tierra de aquella donde ponia los pies: con todo esto los del amor, ò los de la ociosidad, por mejor decir, à quien los de lince no pueden igualarse, me vieron puestos en la solicitud de Don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del Duque, que os he contado. No hubo bien nombrado à Don Fernando la que el cuento contaba, quando à Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó à trasudar con tan grande alteracion, que el Cura, y el Barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura que habian oído decir, que de quando en quando le venia. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar, y estarse quedo, mirando de hito en hito à la labradora, imaginando quien ella era; la qual sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia, diciendo: Y no me hubieron bien visto, quando, segun él dixo despues, quedó tan preso de mis amores,

quan-

quanto lo dieron bien à entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que Don Fernando hizo para declararme su voluntad. Sobornó toda la gente de mi casa, dió, y ofreció dádivas, y mercedes à mis parientes. Los dias eran todos de fiesta, y regocijo en mi calle. Las noches no dexaban dormir à nadie las músicas. Los villetes, que sin saber cómo à mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones, y ofrecimientos, con menos letras que promesas, y juramentos. Todo lo qual, no solo no me ablandaba, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme à su voluntad hacía, las hiciera para el efecto contrario: no porque à mí me pareciese mal la gentileza de Don Fernando, ni que tuviese à demasías sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida, y estimada de un tan principal Caballero, y no me pesaba vér en sus papeles mis alabanzas: que en esto, por feas que seamos las mugeres, me parece à mí que siempre nos dá gusto el oír que nos lla-

llamen hermosas. Pero à todo esto se oponia mi honestidad, y los consejos contínuos que mis padres me daban, que yá muy al descubierto sabian la voluntad de Don Fernando; porque yá à él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decíanme mis padres, que en sola mi virtud, y bondad dexaban, y depositaban su honra, y fama; y que considerâse la desigualdad que habia entre mí, y Don Fernando, y que por aquí echaria de vér que sus pensamientos (aunque él dixése otra cosa) mas se encaminaban à su gusto, que à mi provecho. Y que si yo quisiese poner algun inconveniente, para que él se dexáse de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustáse, así de los mas principales de nuestro Lugar, como de todos los circunvecinos; pues todo se podia esperar de su mucha hacienda, y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamás quise responder à Don Fernando palabra, que le pudiese mostrar, aunque de muy lexos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos mios, que él debia de tener por desdenes,
de-

debieron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito (que este nombre quiero dar à la voluntad que me mostraba); la qual si ella fuera como debia, no la supiérades vosotros ahora , porque hubiera faltado la ocasion de decírosla. Finalmente Don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado , por quitarle à él la esperanza de poseerme , ò à lo menos porque yo tuviese mas guardas para guardarme. Y esta nueva, ò sospecha, fue causa para que hiciese lo que ahora oireis. Y fue que una noche estando yo en mi aposento con sola la compañia de una doncella , que me servia, teniendo bien cerradas las puertas , por temor que por descuido mi honestidad no se viese en peligro , sin saber , ni imaginar cómo , en medio de estos recatos, y prevenciones , y en la soledad de este silencio , y encierro , me le hallé delante , cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos , y me enmudeció la lengua. Y así no fui poderosa de dar voces , ni aun él creo que me las dexára dar, porque luego se llegó à mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo , no tuve fuerzas para defenderme, segun estaba turbada), comen-

menzó à decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas. Hacía el traydor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrecilla, sola entre los mios, mal exercitada en casos semejantes, comencé, no sé en qué modo, à tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte que me moviesen à compasion, menos que buena, sus lágrimas, y suspiros. Y así pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algun tanto à cobrar mis perdidos espíritus, y con mas ánimo del que pensé que pudiera tener, le dixe: Si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme de ellos se me asegurára con que hiciera, ù dixera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad; así fuera posible hacerla, ù decirla, como es posible dexar de haber sido lo que fue. Así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo verás, si con hacerme fuerza, quisieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy; pero no tu esclava: ni tiene, ni debe

be tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar, y tener en poco la humildad de la mia. Y en tanto me estimo yo villana, y labradora, como tú señor, y Caballero. Conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros, y lágrimas enternecerme. Si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, à su voluntad se ajustára la mia, y mi voluntad de la suya no saliera. De modo, que como quedára con honra, aunque quedára sin gusto, de grado le entregára lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras. Todo esto he dicho, porque no es pensar que de mí alcance cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo. Si no reparas mas que en eso, bellísima Dorotea (que este es el nombre de esta desdichada), dixo el desleal Caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos de esta verdad los cielos, à quien ninguna cosa se esconde, y esta Imagen de nuestra Señora, que aquí tienes. Quando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo à sus sobresaltos,

y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion; pero no quiso interrumpir el cuento, por vér en qué venía à parar lo que él yá casi sabía: solo dixo: ¿Qué, Dorotea es tu nombre, señora? Otra he oído yo decir del mismo, que quizá corre parejas con tus desdichas: pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mismo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio, y en su estraño, y desastrado trage, y rogóle que si alguna cosa de su desgracia sabía, se la dixese luego, porque si algo le habia dexado bueno la fortuna, era el ánimo que tenia para sufrir qualquiera desastre que le sobreviniese, segura de que à su parecer ninguno podia llegar que al que tenia acrecentáse un punto. No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni à tí te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa fue, que tomando Don Fernando una Imagen, que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio, y con palabras eficacísimas,

y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido; puesto que antes que acabáse de decirlas, le dixe que miráse bien lo que hacía, y que consideráse el enojo que su padre habia de recibir de verle casado con una villana, vasalla suya: que no le cegáse mi hermosura tal qual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro; y que si algun bien me queria hacer por el amor que me tenia, fuese dexar correr mi suerte à lo igual de lo que mi calidad pedia, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones, que aquí he dicho le dixe, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dexáse de seguir su intento, bien así como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata no repara en inconvenientes. Yo à esta sazon hice un breve discurso conmigo, y me dixe à mí misma: Sí que no seré yo la primera, que por via de matrimonio haya subido de humilde à grande estado; ni será Don Fernando el primero, à quien hermosura, ò ciega aficion (que es lo mas cierto), haya hecho tomar compa-

pañia desigual à su grandeza : pues si no hago ni mundo, ni uso nuevo, bien es acudir à esta honra, que la suerte me ofrece, puesto que en esto no dure mas la voluntad que me muestra, de quanto dure el cumplimiento de su deseo, que en fin para con Dios seré su esposa: y si quiero con desdenes despedirle, en término le veo que no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré à quedar deshonrada, y sin disculpa de la culpa, que me podrá dar el que no supiere quán sin ella he venido à este punto. Porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir à mis padres, y à otros, que este Caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas, y respuestas revolví en un instante en la imaginacion; y sobre todo me comenzaron à hacer fuerza, y à inclinarme à lo que fue (sin yo pensarlo) mi perdicion los juramentos de Don Fernando, los testigos que ponia, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion, y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir à otro tan libre, y recatado corazon como el mio. Llamé à mi criada, para que en la tierra acompañáse à los testi-

gos del cielo: tornó Don Fernando à reiterar, y confirmar sus juramentos: añadió à los primeros nuevos Santos por testigos: echóse mil futuras maldiciones, si no cumpliese lo que me prometia: volvió à humedecer sus ojos, y acrecentar sus suspiros: apretóme mas entre sus brazos, de los quales jamás me habia dexado; y con esto, y con volverse à salir del aposento mi doncella, yo dexé de serlo, y él acabó de ser traydor, y fementido. El dia que succedió à la noche de mi desgracia, se venía aun no tan apriesa como yo pienso que Don Fernando deseaba; porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto, porque Don Fernando dió priesa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le habia traído, antes que amaneciese se vió en la calle; y al despedirse de mí (aunque no con tanto ahinco, y vehemencia como quando vino) me dixo que estuviese segura de su fé, y de ser firmes, y verdaderos sus juramentos: y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo, y lo puso en el mio. En efecto él se fue, y
yo

yo quedé, ni sé si triste, ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa, y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo, ò no se me acordó de reñir à mi doncella por la traycion cometida de encerrar à Don Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinaba si era bien, ò mal el que me habia sucedido. Díxele al partir à Don Fernando, que por el mismo camino de aquella podia verme otras noches, pues yá era suya, hasta que quando él quisiese aquel hecho se publicáse. Pero no vino otra alguna, sino fue la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la Iglesia en mas de un mes, que en vano me cansé en solicitarlo, puesto que supe que estaba en la Villa, y que los mas dias iba à caza: exercicio de que él era muy aficionado. Estos dias, y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos, y menguadas: y bien sé que comencé à dudar en ellos, y aun à descreer en la fé de Don Fernando: y sé tambien que mi doncella oyó entonces las palabras que en reprehension de su atrevimiento antes no habia oído: y sé que me fue forzoso tener cuenta con mis lágrimas, y con la compostura de mi rostro, por no

dar ocasion à que mis padres me preguntasen, que de qué andaba descontenta, y me obligasen à buscar mentiras que decirles. Pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno, donde se atropellaron respetos, y se acabaron los honrados discursos, y à donde se perdió la paciencia, y salieron à plaza mis secretos pensamientos. Y esto fue, porque de allí à pocos dias se dixo en el Lugar como en una Ciudad allí cerca se habia casado Don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiese aspirar à tan noble casamiento. Díxose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dexar de allí à poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas. Mas no por esto dexó Dorotea de seguir su cuento, diciendo: Llegó està triste nueva à mis oídos, y en lugar de helárseme el corazon en oírla, fue tanta la cólera, y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces,

pu-

publicando la alevosía, y traycion que se me habia hecho. Mas templóse esta furia por entonces con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse, que fue ponerme en este hábito, que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al qual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañáse hasta la Ciudad, donde entendí que mi enemigo estaba. El, despues que hubo reprehendido mi atrevimiento, y afeado mi determinacion, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció à tenerme compañia, como él dixo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de muger, y algunas joyas, y dineros, por lo que podia suceder: y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta à mi traydora doncella, salí de mi casa, acompañada de mi criado, y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la Ciudad à pie, llevada en vuelo del deseo de llegar, yá que no à estorvar lo que tenia por hecho, à lo menos à decir à Don Fernando me dixese con qué alma lo habia hecho. Llegué en dos dias y medio donde queria; y entrando por la

Ciudad, pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y el primero à quien hice la pregunta me respondió mas de lo que yo quisiera oír. Díxome la casa, y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija: cosa tan pública en la Ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella. Díxome, que la noche que Don Fernando se desposó con Luscinda, despues de haber ella dado el sí de ser su esposa, la habia tomado un recio desmayo; y que llegando su esposo à desabrocharle el pecho, para que le diese el ayre, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda en que decia, y declaraba, que ella no podia ser esposa de Don Fernando, porque lo era de Cardenio: que à lo que el hombre me dixo era un Caballero muy principal de la misma Ciudad: y que si habia dado el sí à Don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dixo que contenia el papel, que daba à entender, que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar; y daba allí las razones por que se habia quitado la vida. Todo lo qual dicen que confirmó una daga, que le hallaron no sé en qué

par-

parte de sus vestidos : todo lo qual visto por Don Fernando , pareciéndole que Luscinda le habia burlado , y escarnecido , y tenido en poco , arremetió à ella antes que de su desmayo volviese , y con la misma daga que la hallaron , la quiso dar de puñaladas ; y lo hiciera , si sus padres , y los que se hallaron presentes no se lo estorváran. Dixeron mas , que luego se ausentó Don Fernando , y que Luscinda no habia vuelto de su parasismo hasta otro dia , que contó à sus padres como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio, que he dicho. Supe mas , que el Cardenio, segun decian , se halló presente à los desposorios ; y que en viéndola desposada , lo qual él jamás pensó , se salió de la Ciudad desesperado , dexándole primero escrita una carta , donde daba à entender el agravio que Luscinda le habia hecho , y de como él se iba à donde gente no le viese. Esto todo era público , y notorio en toda la Ciudad , y todos hablaban de ello ; y mas hablaron quando supieron que Luscinda habia faltado de casa de sus padres, y de la Ciudad ; pues no la hallaron en toda ella , de que perdian el juicio sus padres , y no sabian qué medio se tomar para

ra hallarla. Esto que supe, puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado à Don Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta à mi remedio, dándome yo à entender que podria ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por traerle à conocer lo que al primero debia, y à caer en la cuenta de que era Christiano, y que estaba mas obligado à su alma, que à los respetos humanos. Todas estas cosas revolvia en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas, y desmayadas, para entretener la vida que yá aborrezco. Estando, pues, en la Ciudad sin saber qué hacerme, pues à Don Fernando no hallaba, llegó à mis oídos un público pregon, donde se prometia grande hallazgo à quien me hallàse, dando las señas de la edad, y del mismo trage que traía: y oí decir, que se decia, que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino: cosa que me llegó al alma, por vér quán de caída andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con quién, siendo sugeto tan baxo, y tan in-

indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon, me salí de la Ciudad con mi criado, que yá comenzaba à dar muestras de titubear en la fé, que de fidelidad me tenia prometida; y aquella noche nos entramos por lo espeso de esta montaña con el miedo de no ser hallados. Pero como suele decirse que un mal llama à otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió à mí; porque mi buen criado, hasta entonces fiel, y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su misma bellaquería, antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion, que à su parecer estos yermos le ofrecian, y con poca vergüenza, y menos temor de Dios, ni respeto mio, me requirió de amores; y viendo que yo con feas, y justas palabras respondia à las desvergüenzas de sus propósitos, dexó à parte los ruegos, de que primero pensó aprovecharse, y comenzó à usar de las fuerzas. Pero el justo cielo, que pocas, ò ningunas veces dexa de mirar, y favorecer à las justas intenciones, favoreció las mias de manera, que con mis pocas fuerzas, y con poco trabajo dí con él por un derrumbadero, donde le

le dexé, ni sé si muerto, ò si vivo: y luego con mas ligereza que mi sobresalto, y cansancio pedian, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento, ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre, y de aquellos que de su parte me andaban buscando con este deseo. Há no sé quántos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero, que me llevó por su criado à un Lugar que está en las entrañas de esta sierra, al qual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estár siempre en el campo, por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria, y toda mi solicitud fue, y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mismo mal pensamiento que en mi criado: y como no siempre la fortuna con los trabajos dá los remedios, no hallé derrumbadero, ni barranco de donde despeñar, y despernar al amo, como le hallé para el criado: y así tuve por menor inconveniente dexarle, y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas, ò mis disculpas. Digo, pues, que me torné à emboscar, y à buscar donde sin impedi-

dimento alguno pudiese con suspiros, y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria, y favor para salir de ella, ò para dexar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria de esta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable, y murmure en la suya, y en las agenas tierras.

CAPITULO XXIX.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto, y pasatiempo.

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia: mirad, y juzgad ahora si los suspiros que escuchasteis, las palabras que oisteis, y las lágrimas que de mis ojos salian, tenian ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia; y considerada la calidad de mi desgracia, vereis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio de ella. Solo os ruego, lo que con facilidad podreis, y debeis hacer, que me aconsejeis dónde podré pasar la vida, sin que me acabe el temor, y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan; que aunque

sé que el mucho amor que mis padres me tienen, me asegura que seré de ellos bien recibida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo el pensar que no como ellos pensaban, tengo de parecer en su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de ser vista, que no verles el rostro con el pensamiento que ellos miran el mio, ageno de la honestidad que de mí se debian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color, que mostró bien claro el sentimiento, y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habian tanta lástima, como admiracion de su desgracia: y aunque luego quisiera el Cura consolarla, y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo: ¿En fin, señora, que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo? Admirada quedó Dorotea, quando oyó el nombre de su padre, y de vér quán de poco era el que lo nombraba, porque yá se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido; y así le dixo: ¿Y quién sois vos, hermano, que así sabeis el nombre de mi padre, por que yo hasta ahora (si mal no me acuerdo) en

todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado? Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, de quien segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dixo que era su esposa. Soy el desdichado Cardenio, à quien el mal término de aquel que à vos os ha puesto en el que estais, me ha traído à que me veais qual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo falto de juicio, pues no le tengo, sino quando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente à las sinrazones de Don Fernando, y el que aguardó à oir el sí que de ser su esposa pronunció Luscinda. Yo soy el que no tuve ánimo para vér en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fue hallado en el pecho; porque no tuvo el alma sufrimiento para vér tantas desventuras juntas; y así dexé la casa, y la paciencia, y una carta que dexé à un huesped mio, à quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese; y víneme à estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia.

Mas

Mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros: pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, aún podria ser que à entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos: porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con Don Fernando, por ser mia, ni Don Fernando con ella, por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavia en sér, y no se ha enagenado, ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodándoos à esperar mejor fortuna: que yo os juro por la fé de Caballero, y de Christiano, de no desampararos, hasta veros en poder de Don Fernando; y que quando con razones no le pudiere atraher à que conozca lo que os debe,

usar

usar entonces la libertad que me concede el ser Caballero, y poder con justo título desafiarle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dexaré al cielo, por acudir en la tierra à los vuestros. Con lo que Cardenio dixo se acabó de admirar Dorotea; y por no saber qué gracias volver à tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besárselos; mas no lo consintió Cardenio, y el Licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó, y persuadió, que se fuesen con él à su Aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daria órden cómo buscar à Don Fernando, ò cómo llevar à Dorotea à sus padres, ò hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio, y Dorotea se lo agradecieron, y aceptaron la merced que se les ofrecia. El Barbero, que à todo habia estado suspenso, y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no menos voluntad que el Cura à todo aquello que fuese bueno para servirles. Contó asimismo con brevedad la causa que allí los habia traído,

con la estrañeza de la locura de Don Quixote, y como aguardaban à su escudero, que habia ido à buscarle. Vínosele à la memoria à Cardenio, como por sueños, la pendencia que con Don Quixote habia tenido, y contóla à los demás; mas no supo decir por qué causa fue su qüestion. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dexó, los llamaba à voces. Saliéronle al encuentro, y preguntándole por Don Quixote, les dixo, como le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo, muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea; y que puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso, donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que oviese fecho fazañas, que le ficiesen digno de su gracia: y que si aquello pasaba adelante, corria peligro no venir à ser Emperador, como estaba obligado, ni aun Arzobispo, que era lo menos que podia ser. Por eso que mirasen lo que se habia de hacer para sa-

car-

carle de allí. El Licenciado le respondió, que no tuviese pena, que ellos le sacarian de allí, mal que le pesáse. Contó luego à Cardenio, y à Dorotea lo que tenian pensado para remedio de Don Quixote, à lo menos para llevarle à su casa. A lo qual dixo Dorotea, que ella haría la doncella menesterosa mejor que el Barbero, y mas que tenia allí vestidos con que hacerlo al natural; y que la dexasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leído muchos libros de Caballerías, y sabía bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas, quando pedian sus dones à los Andantes Caballeros. Pues no es menester mas, dixo el Cura, sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor nuestro, pues tan sin pensarlo, à vosotros, señores, se os ha comenzado à abrir puerta para vuestro remedio, y à nosotros se nos ha facilitado la que habiamos menester. Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una caxilla un collar, y otras joyas, con que en un

instante se adornó de manera, que una rica, y gran señora parecia. Todo aquello, y mas dixo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le habia ofrecido ocasion de haberlo menester. A todos contentó en extremo su mucha gracia, donayre, y hermosura, y confirmaron à Don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba. Pero el que mas se admiró fue Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura: y así preguntó al Cura con grande ahinco le dixése ¿quién era aquella tan fermosa señora? ¿y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales? Esta hermosa señora, respondió el Cura, Sancho hermano, es, como quien no dice nada, la heredera por linea recta de varon del gran Reyno de Micomicon, la qual viene en busca de vuestro amo à pedirle un dón; el qual es, que le desfaga un tuerto, ò agravio, que un mal gigante le tiene fecho: y à la fama que de buen Caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto de Guinea, ha venido à buscarle esta Princesa. Dicho-

chosa buscada, y dichoso hallazgo, dixo à esta sazon Sancho Panza; y mas si mi amo es tan venturoso que desfaga este agravio, y enderece ese tuerto, matando à ese hi de puta de ese gigante, que vuestra merced dice, que sí matará, si él le encuentra, si yá no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar à vuestra merced entre otras, señor Licenciado; y es, que porque à mi amo no le tome gana de ser Arzobispo (que es lo que yo temo), que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta Princesa, y así quedará imposibilitado de recibir órdenes Arzobispales, y vendrá con facilidad à su Imperio, y yo al fin de mis deseos: que yo me he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me está bien que mi amo sea Arzobispo, porque yo soy inutil para la Iglesia, pues soy casado; y andarme ahora à traer dispensaciones para poder tener renta por la Iglesia, teniendo, como tengo, muger, y hijos, sería nunca acabar. Así que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé

su gracia, y así no la llamo por su nombre. Llámase, respondió el Cura, la Princesa Micomicona, porque llamándose su Reyno Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así. No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto à muchos tomar el apellido, y alcurnia del Lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda, Diego de Valladolid; y esto mismo se debe de usar allá en Guinea, tomar las Reynas los nombres de sus Reynos. Así debe de ser, dixo el Cura; y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderios: con lo que quedó tan contento Sancho, quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de vér quán encaxados tenia en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba à entender que habia de venir à ser Emperador. Yá en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dixeron à Sancho que los guiáse à donde Don Quixote estaba; al qual advirtieron que no dixese que conocia al Licenciado, ni al Barbero, porque en conocerlos con-



sistia todo el toque de venir à ser Emperador su amo. Puesto que ni el Cura, ni Cardenio quisieron ir con ellos, porque no se le acordáse à Don Quixote la pendencia que con Cardenio habia tenido; y el Cura porque no era menester por entonces su presencia, y así los dexaron ir adelante, y ellos los fueron siguiendo à pie poco à poco, no dexó de avisar el Cura lo que habia de hacer Dorotea; à lo que ella dixo que descuidasen, que todo se haría sin faltar punto, como lo pedian, y pintaban los libros de Caballerías. Tres quartos de legua habrian andado, quando descubrieron à Don Quixote entre unas intrincadas peñas, yá vestido, aunque no armado: y así como Dorotea le vió, y fue informada de Sancho que aquel era Don Quixote, dió del azote à su palafren, siguiéndole el bien barbado Barbero; y en llegando junto à él, el escudero se arrojó de la mula, y fue à tomar en los brazos à Dorotea; la qual apeándose con grande desenvoltura, se fue à hincar de rodillas ante las de Don Quixote; y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le fabló con esta guisa: De aquí no me levantaré ¡ ò

 va-

valeroso, y esforzado Caballero! fasta que la vuestra bondad, y costesía me otorgue un dón, el qual redundará en honra, y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada, y agraviada doncella que el Sol ha visto. Y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde à la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais à favorecer à la sin ventura, que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, fermosa señora, respondió Don Quixote, ni oiré mas cosa de vuestra facienda, fasta que os levanteis de tierra. No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el dón que pido. Yo vos le otorgo, y concedo, respondió Don Quixote, como no se haya de cumplir en daño, ò mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon, y libertad tiene la llave. No será en daño, ni en mengua de los que decís, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella. Y estando en esto se llegó Sancho Panza al oído de su señor, y muy pasito le dixo:

Bien

Bien puede vuestra merced, señor, concederle el dón que pide, que no es cosa de nada: solo es matar à un gigantazo; y ésta que lo pide es la alta Princesa Micomicona, Reyna del gran Reyno Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió Don Quixote, que yo haré lo que soy obligado, y lo que me dicta mi consciencia, conforme à lo que profesado tengo. Y volviéndose à la doncella, díxola: Vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el dón que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dixo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevâre, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura, ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traydor, que contra todo el derecho divino, y humano me tiene usurpado mi Reyno. Digo que así lo otorgo, respondió Don Quixote, y así podeis, señora, desde hoy mas desechar la melancolía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios, y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que con el ayuda de Dios, y la de mi brazo, vos os vereis presto restituida en vuestro Reyno, y sentada en la silla de vuestro antiguo,

guo, y grande estado, à pesar, y à despecho de los follones que contradecirlo quisieren: y manos à la labor, que en la tardanza dicen que suele estár el peligro. La menesterosa doncella pugnó con mucha porfia por besarle las manos; mas Don Quixote, que en todo era comedido, y cortés Caballero, jamás lo consintió; antes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía, y comedimiento: y mandó à Sancho que requiriese las cinchas à Rocinante, y le armáse luego al punto. Sancho descolgó las armas, que como trofeo de un arbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó à su señor; el qual viéndose armado, dixo: Vamos de aquí en el nombre de Dios à favorecer esta gran señora. Estábase el Barbero aún de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayése la barba, con cuya caída quizá quedáran todos sin conseguir su buena intencion; y viendo que yá el dón estaba concedido, y la diligencia con que Don Quixote se alistaba para ir à cumplirle, se levantó, y tomó de la otra mano à su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subió

bió Don Quixote sobre Rocinante, y el Barbero se acomodó en su cavalgadura, quedándose Sancho à pie, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio, con la falta que entonces le hacía. Mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que yá su señor estaba puesto en camino, y muy à pique de ser Emperador: porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella Princesa, y ser por lo menos Rey de Micomicon. Solo le daba pesadumbre el pensar que aquel Reyno era en tierra de Negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen habian de ser todos negros; à lo qual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y díxose à sí mismo: ¿Qué se me dá à mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá mas que cargar con ellos, y traerlos à España, donde los podré vender, y à donde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título, ò algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormiros, y no tengais ingenio, ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta, ù diez mil vasallos en dácame esas pajas. Por Dios que los he de

vo-

volar chico con grande, ò como pudiere, y que por negros que sean, los he de volver blancos, ò amarillos: llegaos que me mame el dedo. Con esto andaba tan solícito, y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar à pie. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio, y el Cura, y no sabian qué hacerse para juntarse con ellos; pero el Cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban; y fue, que con unas tixeras que traía en un estuche, quitó con mucha presteza la barba à Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traía, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas, y en jubon; y quedó tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera, aunque à un espejo se mirára. Hecho esto, puesto yá que los otros habian pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas, y malos pasos de aquellos lugares no concedian que anduviesen tanto los de à caballo, como los de à pie. En efecto ellos se pusieron en el llano à la salida de la sierra; y así como

mo salió de ella Don Quixote , y sus camaradas , el Cura se le puso à mirar muy despacio , dando señales de que le iba reconociendo : y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando , se fue á él abiertos los brazos , y diciendo à voces : Para bien sea hallado el espejo de la Caballería , el mi buen compatriote Don Quixote de la Mancha , la flor , y la nata de la gentileza , el amparo , y remedio de los menesterosos , la quinta esencia de los Caballeros Andantes. Y diciendo esto , tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda à Don Quixote ; el qual espantado de lo que veía , y oía decir , y hacer à aquel hombre , se le puso à mirar con atencion , y al fin le conoció , y quedó como espantado de verle , y hizo grande fuerza por apearse ; mas el Cura no lo consintió , por lo qual Don Quixote decia : Déxeme vuesta merced, señor Licenciado , que no es razon que yo esté à caballo , y una tan reverenda persona como vuestra merced esté à pie. Eso no consentiré yo en ningun modo, dixo el Cura : estése la vuestra grandeza à caballo , pues estando à caballo , acaba las mayores fazañas , y aventuras que en nues-

nuestra edad se han visto; que à mí, aunque indigno Sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una de estas mulas de estos señores, que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ò sobre la cebra, ò alfana, en que cavalgaba aquel famoso Moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Aun no caía yo en tanto, mi señor Licenciado, respondió Don Quixote, y yo sé que mi señora la Princesa será servida por mi amor de mandar à su escudero dé à vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. Sí sufre, à lo que yo creo, respondió la Princesa; y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés, y tan cortesano, que no consentirá que una persona Eclesiástica vaya à pie, pudiendo ir à caballo. Asi es, respondió el Barbero; y apeándose en un punto, convidó al Cura con la silla, y él la tomó, sin hacerse mucho de rogar. Y fue el mal que al subir à las ancas el Barbero, la mu-

mula, que en efecto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó los quartos traseros, y dió dos coces en el ayre, que à darlas en el pecho de Maese Nicolas, ò en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quixote. Con todo eso le sobresaltaron de manera que cayó en tierra con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron, y quedaron en el suelo; y como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio, sino acudir à cubrirse el rostro con ambas manos, y à quexarse que le habia derribado las muelas. Don Quixote como vió todo aquel mazo de barbas, sin quixadas, y sin sangre, lexos del rostro del escudero caído, dixo: Vive Dios que es gran milagro este: las barbas le ha derribado, y arrancado del rostro, como si las quitáran à posta. El Cura que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego à las barbas, y fuese con ellas à donde yacia Maese Nicolas, dando aún voces todavia, y de un golpe llegándole la cabeza à su pecho, se las puso, mormurando sobre él unas palabras, que dixo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian: y quando

do se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado, y tan sano como de antes, de que se admiró Don Quixote sobremanera, y rogó al Cura, que quando tuviese lugar, le enseñáse aquel ensalmo, que él entendia que su virtud à mas que à pegar barbas se debia de estender; pues estaba claro, que de donde las barbas se quitasen, habia de quedar la carne llagada, y maltrecha; y que pues todo lo sanaba, à mas que barbas aprovechaba. Así es, dixo el Cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse que por entonces subiese el Cura, y à trechos se fuesen los tres mudando, hasta que llegasen à la venta, que estaria hasta dos leguas de allí. Puestos los tres à caballo, es à saber, Don Quixote, la Princesa, y el Cura, y los tres à pie, Cardenio, el Barbero, y Sancho Panza, Don Quixote dixo à la doncella: Vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere. Y antes que ella respondiese dixo el Licenciado: ¿Hácia qué Reyno quiere guiar la vuestra señoria? ¿Es por ventura hácia el de Micomicon, que sí debe de ser, ò yo sé poco de Reynos? Ella, que estaba bien en

to-

todo, entendió que habia de responder que sí; y así dixo: Sí, señor, hácia ese Reyno es mi camino. Si así es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura; y si hay viento próspero, mar tranquilo, y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estár à vista de la gran laguna Meona, digo Meótides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del Reyno de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dixo ella, porque no ha dos años que yo partí de él; y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado à vér lo que tanto deseaba, que es al señor D. Quixote de la Mancha, cuyas nuevas llgaron à mis oidos así como puse los pies en España, y ellas me movieron à buscarle, para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No mas: cesen mis alabanzas, dixo à esta sazon Don Quixote, porque soy enemigo de todo género de adulacion; y aunque esta no lo sea, todavia ofenden mis castas orejas semejan-

tes pláticas. Lo que yo sé decir, señora mia, que ora tenga valor, ò no, el que tuviere, ò no tuviere, se ha de emplear en vuestro servicio, hasta perder la vida. Y así, dexando esto para su tiempo, ruego al señor Licenciado me diga, ¿qué es la causa que le ha trahido por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan à la ligera, que me pone espanto? A eso responderé con brevedad, añadió el Cura; porque sabrá vuestra merced, señor Don Quixote, que yo, y Maese Nicolas, nuestro amigo, y nuestro Barbero, íbamos à Sevilla à cobrar cierto dinero, que un pariente mio, que ha muchos años que pasó à Indias, me habia enviado; y no tan pocos, que no pasan de sesenta mil pesos, y ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro quatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas; y de modo nos las quitaron, que le convino al Barbero ponérselas postizas; y aun à este mancebo que aquí vá, señalando à Cardenio, le pusieron como de nuevo. Y es lo bueno, que es pública fama por todos esos contornos, que los que nos saltearon son unos galeotes, que dicen que

li-

libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que à pesar del Comisario, y de las guardas los soltó à todos; y sin duda alguna él debia de estár fuera de juicio, ù debe de ser tan gran bellaco como ellos, ò algun hombre sin alma, y sin conciencia; pues quiso soltar al lobo de entre las ovejas, à la raposa de entre las gallinas, y à la mosca de entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su Rey, y señor natural, pues fue contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar à las galeras sus pies, poner en alboroto à la Santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba: quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Habíales contado Sancho al Cura, y al Barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el Cura, refiriéndola, por vér lo que hacía, ò decia Don Quixote; al qual se le mudaba la color à cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos, pues, dixo el Cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexó llevar al debido suplicio.

CAPITULO XXX.

Que trata del gracioso artificio, y órden que se tuvo en sacar à nuestro enamorado Caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto.

NO hubo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: Pues mia fé, señor Licenciado, el que hizo esa fazaña fue mi amo; y no porque yo no le dixe antes, y le avisé que miráse lo que hacía, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos. Majadero, dixo à esta sazon Don Quixote, à los Caballeros Andantes no les toca, ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados, y opresos que encuentran por los caminos, ván de à quella manera, ò están en aquella angustia por sus culpas, ò por sus desgracias; solo le toca ayudarles como à menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario, y sarta de gente mohina, y desdichada, y hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demás allá se lo avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor Licenciado, y su honrada perso-

sona, digo que sabe poco de achaque de Caballería, y que miente como hi de puta, y mal nacido: y esto lo haré conocer con mi espada, donde mas largamente se contiene. Y esto dixo afirmándose en los estrivos, y calándose el morrion, porque la vacia de Barbero, que à su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea (que era discreta, y de gran donayre), como quien yá sabía el menguado humor de Don Quixote, y que todos hacian burla de él, sino Sancho Panza, no quiso ser para menos; y viéndole tan enojado, le dixo: Señor Caballero, miémbresele à la vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme à él no puede entremeterse en otra aventura, por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor Licenciado supiera que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua antes que haber dicho palabra, que en despecho de vuestra merced redundára. Eso juro yo bien, dixo el Cura, y aun me hubiera quitado un vigote.

Yo callaré, señora mia, dixo Don Quixote, y reprimiré la justa cólera que yá en mi pecho se habia levantado, è iré quieto, y pacífico hasta tanto que os cumpla el dón prometido. Pero en pago de este buen deseo os suplíco me digais, si no se os hace de mal, ¿quál es la vuestra cuita, y quántas, quiénes, y quáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha, y entera venganza? Eso haré yo de muy buena gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oír lástimas, y desgracias. No enfadará, señora mia, dixo Don Quixote. A lo que prosiguió Dorotea: Pues así es, esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto, quando Cardenio, y el Barbero se le pusieron al lado deseosos de vér cómo fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella, como su amo. Y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser, y hacer otros ademanes, con mucho donayre, comenzó à decir de esta manera.

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que à mí me llaman...... y detúbose aquí un poco, por-

que

que se le olvidó el nombre que el Cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dixo: No os maravilleis, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe, y empache, contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria à los que maltratan, de tal manera, que aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la Princesa Micomicona, legítima heredera del gran Reyno Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora facilmente su lastimada memoria à todo aquello que contar quisiere. Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré à buen puerto con mi verdadera historia; la qual es, que el Rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fue muy docto en esto que llaman Arte Mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la Reyna Xaramilla, habia de morir primero que él; y que de allí à poco tiempo él tambien habia de pasar de esta vida, y yo habia de quedar

húerfana de padre, y madre. Pero decia él, que no le fatigaba tanto esto, quanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta, que un descomunal Gigante, señor de una grande Insula, que casi alinda con nuestro Reyno, llamado Pandafilando de la fosca Vista (porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en su lugar, y derechos, siempre mira al revés, como si fuese vizco: y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo, y espanto à los que mira): digo que supo que este Gigante, sabiendo mi horfandad, habia de pasar con gran poderío sobre mi Reyno, y me lo habia de quitar todo, sin dexarme una pequeña Aldea donde me recogiese; pero que se podia escusar toda esta ruina, y desgracia si yo me quisiese casar con él. Mas, à lo que él entendia, jamás pensaba que me vendria à mí voluntad de hacer tan desigual casamiento: y dixo en esto la pura verdad, porque jamas me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel Gigante; ni con otro alguno, por grande, y desaforado que fuese. Dixo tambien mi padre, que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba à pasar sobre mi

Rey-

Reyno, que no aguardáse à ponerme en defensa, porque sería destruirme, sino que libremente le dexáse desembarazado el Reyno, si queria escusar la muerte, y total destruicion de mis buenos, y leales vasallos; porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del Gigante, sino que luego, con algunos de los mios, me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males, hallando à un Caballero Andante, cuya fama en este tiempo se estenderia por todo este Reyno, el qual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, Don Azote, ò Don Gigote. Don Quixote diria, señora, dixo à esta sazon Sancho Panza, ò por otro nombre el Caballero de la Triste Figura. Así es la verdad, dixo Dorotea. Dixo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debaxo del hombro izquierdo, ò por allí junto, habia de tener un lunar pardo, con ciertos cabellos à manera de cerdas. En oyendo esto Don Quixote, dixo à su escudero: Tén aquí, Sancho, hijo, ayúdame à desnudar, que quiero vér si soy el Caballero que aquel sábio Rey dexó profetizado. ¿ Pues para qué quiere vuestra

merced desnudarse? dixo Dorotea. Para vér si tengo ese lunar, que vuestro padre dixo, respondió Don Quixote. No hay para qué desnudarse, dixo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar de esas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. Eso basta, dixo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro, ò que esté en el espinazo importa poco; basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una misma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor Don Quixote, que él es por quien mi padre dixo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este Caballero tiene, no solo en España, pero en toda la Mancha; pues apenas me hube desembarcado en Osuna, quando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mismo que venía à buscar. ¿Pues cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó Don Quixote, si no es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiese, tomó el Cura la mano, y dixo: Debe de querer decir la señora Princesa, que despues

pues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fue en Osuna. Eso quise decir, dixo Dorotea. Y esto lleva camino, dixo el Cura, y prosiga vuestra magestad adelante. No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor Don Quixote, que yá me cuento, y tengo por Reyna, y señora de todo mi Reyno; pues él por su cortesía, y magnificencia me ha prometido el dón de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será à otra parte que à ponerle delante de Pandafilando de la fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado; que todo esto ha de suceder à pedir de boca, pues así lo dexó profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre; el qual tambien dexó dicho, y escrito en letras Caldeas, ò Griegas, que yo no las sé leer, que si este Caballero de la profecía, despues de haber degollado al Gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgáse luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesion de mi Reyno, junto con la de mi persona ¿Qué te parece, Sancho amigo? dixo

à este punto Don Quixote. ¿ No oyes lo que pasa ? ¿No te lo dixe yo ? Mira si tenemos yá Reyno que mandar, y Reyna con quien casar. Eso juro yo, dixo Sancho : para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandafilando. ¡Pues monta que es mala la Reyna ! así se me vuelvan las pulgas de la cama : y diciendo esto, dió dos zapatetas en el ayre, con muestras de grandísimo contento, y luego fue à tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándola le diese las manos para besárselas en señal que la recibia por su Reyna, y señora. ¿Quién no habia de reir de los circunstantes, viendo la locura del amo, y la simplicidad del criado ? En efecto, Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su Reyno, quando el cielo le hiciese tanto bien, que se lo dexáse cobrar, y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos. Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia : solo resta por deciros, que de quanta gente de acompañamiento saqué de mi Reyno, no me ha quedado sino solo este bien barbado escudero, porque todos se

ane-

anegaron en una gran borrasca que tuvimos à vista del puerto, y él, y yo salimos en dos tablas à tierra como por milagro; y así es todo milagro, y misterio el discurso de mi vida, como lo habeis notado: y si en alguna cosa he andado demasiada, y no tan acertada, como debiera, echad la culpa à lo que el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, que los trabajos contínuos, y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Esa no me quitarán à mí ¡ò alta, y valerosa señora! dixo Don Quixote, quantos yo pasáre en serviros, por grandes, y no vistos que sean. Y así de nuevo confirmo el dón que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, à quien pienso, con el ayuda de Dios, y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos de esta (no quiero decir buena) espada: merced à Ginés de Pasamonte, que me llevó la mia. Esto dixo entre dientes, y prosiguió diciendo: Y despues de habérsela tajado, y puestoos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará à vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere; porque mientras que

yo tuviere ocupada la memoria, y cautiva la voluntad, y rendido el entendimiento à aquella...... y no digo mas, no es posible que yo arrostre, ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave Fenix. Parecióle tan mal à Sancho lo que últimamente su amo dixo à cerca de no querer casarse, que con gran enojo, alzando la voz, dixo: Voto à mí, y juro à mí, que no tiene vuestra merced, señor Don Quixote, cabal juicio: ¿Pues cómo es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura, como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? No por cierto, ni aun con la mitad; y aun estoy por decir que no llega al zapato de la que está delante. Así, noramala, alcanzaré yo el Condado que espero, si vuestra merced se anda à pedir cotufas en el golfo: cásese, cásese luego, encomiéndole yo à Satanás, y tómese ese Reyno, que se le viene à las manos de vobis vobis; y en siendo Rey, hágame Marques, ò Adelantado, y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. Don Quixote, que tales blasfe-

mias


Em.l Monfort sculp.t

mias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir; y alzando el lanzon, sin hablarle palabra à Sancho, y sin decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra; y si no fuera porque Dorotea le dió voces, que no le diera mas, sin duda le quitára allí la vida. ¿Pensais, le dixo à cabo de rato, villano, ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la orcaxadura, y que todo ha de ser errar vos, y perdonaros yo? Pues no lo pienses, bellaco, descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. ¿Y no sabeis vos, gañan, faquin, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid, socarron de lengua viperina, ¿y quién pensais que ha ganado este Reyno, y cortado la cabeza à este Gigante, y hechoos à vos Marques (que todo esto doy yá por hecho, y por cosa pasada en cosa juzgada), sino es el valor de Dulcinea, tomando à mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo, y respiro en ella, y tengo vida, y sér. ¡O hi de puta, bellaco, y como sois desagradecido despues que

que os veis levantado del polvo de la tierra à ser señor de Título, y correspondeis à tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaba tan mal trecho Sancho, que no oyese todo quanto su amo le decia; y levantándose con un poco de presteza, se fue à poner detrás del palafren de Dorotea, y desde allí dixo à su amo: Dígame, señor, ¿si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran Princesa, claro está que no será el Reyno suyo; y no siéndolo, qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quexo: cásese vuestra merced una por una con esta Reyna, que ahora la tenemos aquí como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea; que Reyes debe de haber habido en el mundo, que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entrometo, que en verdad, si vá à decirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto à la señora Dulcinea. ¿Cómo qué no la has visto? traidor blasfemo, dixo Don Quixote. ¿Pues no acabas de traherme ahora un recaudo de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dixo Sancho, que pudiese haber nota-

tado particularmente su hermosura, y sus buenas partes punto por pnnto; pero así à bulto me parece bien. Ahora te disculpo, dixo Don Quixote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en mano de los hombres. Yá yo lo veo, respondió Sancho, y así en mí la gana del hablar siempre es primer movimiento, y no pude dexar de decir por una vez siquiera lo que me viene à la lengua. Con todo eso, dixo Don Quixote, mira, Sancho, lo que hablas, porque tantas veces vá el cantarillo à la fuente.......y no te digo mas. Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que vé las trampas, y será juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ò vuestra merced en obrarlo. No haya mas, dixo Dorotea: corred, Sancho, y besad la mano à vuestro señor, y pedidle perdon; y de aquí adelante andad mas atentado en vuestras alabanzas, y vituperios, y no digais mal de aquella señora Tobosa, à quien yo no conozco sino es para servirla; y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivais como un Príncipe. Fue Sancho cabizbaxo, y pidió la mano à su señor, y él se la dió con re-

posado continente; y despues que se la hubo besado, le echó la bendicion, y le dixo, que se adelantáse un poco, que tenia que preguntarle, y que departir con él cosas de mucha importancia. Hízolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díxole Don Quixote: Despues que veniste, no he tenido lugar, ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embaxada que llevaste, y de la respuesta que traxiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo, y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregúnte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que à todo daré buena salida, como tuve la entrada: pero suplíco à vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo. ¿Por qué lo dices, Sancho? dixo D. Quixote. Digolo, respondió, porque estos palos de agora mas fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dixe contra mi señora Dulcinea, à quien amo, y reverencio como à una reliquia, aunque en ella no la haya, solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes à esas plá-

pláticas, Sancho, por tu vida, dixo Don Quixote, que me dán pesadumbre: yá te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse, à pecado nuevo, penitencia nueva.

Mientras esto pasaba, vieron venir por el camino donde ellos iban à un hombre caballero sobre un jumento, y quando llegó cerca, les parecia que era Gitano; pero Sancho Panza, que dó quiera que veía asnos, se le iban los ojos, y el alma, apenas hubo visto al hombre, quando conoció que era Ginés de Pasamonte, y por el hilo del Gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venía: el qual, por no ser conocido, y por vender el asno, se había puesto en trage de Gitano, cuya lengua y otras muchas sabía hablar, como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho, y conocióle; y apenas le hubo visto, y conocido, qnando à grandes voces le dixo: Há, ladron Ginesillo, dexa mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, dexa mi asno, dexa mi regalo, huye puto, ausentate ladron, y desampara lo que no es tuyo. No fueran menester tantas palabras, ni baldones, porque à la primera

saltó Ginés; y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó, y alexó de todos. Sancho llegó à su rucio, y abrazándole, le dixo: ¿Cómo has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio? Y con esto le besaba, y acariciaba como si fuera persona. El asno callaba, y se dexaba besar, y acariciar de Sancho, sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente Don Quixote, el qual le dixo, que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos: y Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas, dixo el Cura à Dorotea, que habia andado muy discreta, así en el cuento, como en la brevedad de él, y en la similitud que tuvo con los de los libros de Caballerías. Ella dixo, que muchos ratos se habia entretenido en leerlos; pero que no sabía ella donde eran las Provincias, ni puertos de mar, y que así habia dicho à tiento que se habia desembarcado en Osuna. Yá lo entendí así, dixo el Cura, y por eso acudí luego à decir lo que dixe, con que se acomodó todo. ¿Pero no es cosa estraña vér con quánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invencio-

ciones, y mentiras, solo porque llevan el estílo, y modo de las necedades de sus libros? Sí es, dixo Cardenio, y tan rara, y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla, y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio, que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dixo el Cura, que fuera de las simplicidades, que este buen hidalgo dice tocantes à su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro, y apacible en todo: de manera que como no le toquen en sus Caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento. Entretanto que ellos iban en esta conversacion, prosiguió Don Quixote con la suya, y dixo à Sancho: Echemos, Panza amigo, pelillos à la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo, ni rencor alguno, ¿dónde, cómo, y quándo hallaste à Dulcinea? ¿qué hacía? qué la dixiste? qué te respondió? qué rostro hizo quando leía mi carta? quién lā trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse, y satisfacerse, sin que añadas, ò mientas por darme gusto,

ni menos te acortes por no quitármele. Señor, respondió Sancho, si vá à decir verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Así es como tú dices, dixo Don Quixote; porque el librillo de memoria donde yo la escribí, le hallé en mi poder al cabo de dos dias de tu partida; lo qual me causó grandísima pena, por no saber lo que habias tú de hacer, quando te vieses sin carta; y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echáras menos. Así fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria, quando vuestra merced me la leyó: de manera que se la dixe à un Sacristan, que me la trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dixo que en todos los dias de su vida, aunque habia leído muchas cartas de descomunion, no habia visto, ni leído tan linda carta como aquella. ¿Y tiénesla todavia en la memoria, Sancho? dixo Don Quixote. No, señor, respondió Sancho; porque despues que la dí, como ví que no habia de ser de mas provecho, dí en olvidarla: y si algo se me acuerda, es aquello del sobajada: digo del Soberana señora; y lo último, Vuestro hasta la muerte, el Ca-

ba-

ballero de la Triste Figura: y en medio de estas dos cosas le puse mas de trescientas almas, vidas, y ojos mios.

CAPITULO XXXI.

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre D. Quixote, y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos.

TOdo eso no me descontenta: prosigue adelante, dixo Don Quixote. Llegaste: ¿y qué hacía aquella Reyna de la fermosura? ¿A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ò bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo Caballero? No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo Don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocadas de sus manos. ¿Y si miraste, amigo, el trigo, era candeal, ò trechel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dixo Don Quixote, que ahechado por sus manos, hizo pan candeal sin duda alguna. Pero pasa adelante: ¿Quando la diste mi carta, besóla? púsosela sobre la cabeza? hizo alguna cere-

monia digna de tal carta? ò qué hizo? Quando yo se la iba à dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del menéo de una buena parte de trigo que tenia en la criva: y díxome: Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acrivar todo lo que aquí está. ¡Discreta señora! dixo Don Quixote. Eso debió de ser por lerla despacio, y recrearse con ella. Adelante, Sancho: ¿Y en tanto que estaba en su menester, qué coloquios pasó contigo? qué te preguntó de mí? y tú qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no te se quede en el tintero una mínima cosa. Ella no me preguntó nada, dixo Sancho; mas yo la dixe de la manera qne vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras, como si fuera salvage, durmiendo en el suelo, sin comer pan à manteles, ni sin peynarse la barba, llorando, y maldiciendo su fortuna. En decir que maldecia mi fortuna dixiste mal, dixo Don Quixote; porque antes la bendigo, y vendeciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como

Dul-

Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que à buena fé que me lleva à mí mas de un coto. ¿Pues cómo, Sancho? dixo Don Quixote: ¿haste medido tú con ella? Medíme en esta manera, respondió Sancho, que llegando à ayudar à poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de vér que me llevaba mas de un gran palmo. ¡Pues es verdad, resplicó Don Quixote, que no acompaña esa grandeza, y la adorna con mil millones de gracias del alma! Pero no me negarás, Sancho, una cosa: ¿Quando llegaste junto à ella, no sentiste un olor sabéo, una fragrancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto à darle nombre? ¿digo un tuho, ò tufo, como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero. ¿Lo que sé decir, dixo Sancho, es, que sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser que ella con el mucho exercicio estaba sudada, y algo correosa. No sería eso, respondió Don Quixote, sino que tú debias de estár romadizado, ò te debiste de oler à tí mismo; porque yo sé bien à lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ambar desleido.

To-

Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor, que entonces me pareció que salia de su merced la señora Dulcinea; pero no hay que maravillarse, que un diablo se parece à otro. Y bien, prosiguió Don Quixote: he aquí que acabó de limpiar su trigo, y de enviarle al molino: ¿Qué hizo quando leyó la carta? La carta, dixo Sancho, no la leyó, porque dixo, que no sabía leer, ni escribir; antes la rasgó, y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar à leer à nadie, porque no supiesen en el Lugar sus secretos; y que bastaba lo que yo la habia dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced la tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo. Y finalmente me dixo, que dixese à vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas deseos de verle, que de escribirle; y que así le suplicaba, y mandaba, que vista la presente, saliese de aquellos matorrales, y se dexáse de hacer disparates, y se pusiese luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de vér à vues-

tra merced. Rióse mucho, quando le dixe como se llamaba vuestra merced el Caballero de la Triste Figura. Preguntéle, si habia ido allá el Vizcaino de marras. Díxome que sí, y que era un hombre muy de bien. Tambien le pregunté por los galeotes; mas díxome, que no habia visto hasta entonces alguno. Todo vá bien hasta ahora, dixo Don Quixote; pero dime ¿qué joya fue la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mí llevaste? Porque es usada, y antigua costumbre entre los Caballeros, y Damas Andantes dar à los escuderos, doncellas, ò enanos, que llevan nuevas de sus Damas à ellos, ò à ellas de sus Andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado. Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora solo se debe de acostumbrar à dar un pedazo de pan, y queso, que esto fue lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral, quando de ella me despedí; y aun por mas señas era el queso ovejuno. Es liberal en extremo, dixo Don Quixote; y si no te dió joya de oro, sin duda debió

de

de ser porque no la tendria allí à mano para dártela; pero buenas son mangas despues de Pasqua: yo la veré, y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste, y veniste por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado en ir, y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá mas de treinta leguas; por lo qual me doy à entender que aquel sabio nigromántico, que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerza le hay, y le ha de haber, so pena que yo no sería buen Caballero Andante: digo que este tal te debió de ayudar à caminar sin que tú lo sintieses; que hay sabio de estos, que coge à un Caballero Andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo, ò en qué manera, amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció, y si no fuese por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los Caballeros Andantes unos à otros, como se socorren à cada paso: que acaece estár uno peleando en las sierras de Armenia con algun endríago, ò con algun fiero vestiglo, ò con otro Caballero, donde lleva lo peor de la batalla, y está yá à punto de muerte,

y

y quando menos me cato, asoma por acullá encima de una nube, ò sobre un carro de fuego otro Caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Inglaterra, que le favorece, y libra de la muerte, y à la noche se halla en su posada, cenando muy à su sabor, y suele haber de la una à la otra parte dos, ò tres mil leguas; y todo esto se hace por industria, y sabiduría de estos sabios encantadores, que tienen cuidado de estos valerosos Caballeros. Así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido, y venido desde este Lugar al del Toboso; pues, como tengo dicho, algun sabio amigo te debió de llevar en volandillas, sin que tú lo sintieses. Así será, dixo Sancho, porque à buena fé que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oidos. ¡Y cómo si que llevaba azogue! dixo Don Quixote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina, y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja. Pero dexando esto à parte: ¿Qué te parece à tí que debo yo de hacer ahora acerca de lo que mi señora me manda que la vaya à vér? que aunque yo veo

que

que estoy obligado à cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del dón que he prometido à la Princesa, que con nosotros viene, y fuérzame la ley de Caballería à cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte me acosa, y fatiga el deseo de vér à mi señora: por otra me incità, y llama la prometida fé, y la gloria que he de alcanzar en està empresa: pero lo que pienso hacer será caminar apriesa, y llegar presto donde está este Gigante; y en llegando, le cortaré la cabeza, y pondré à la Princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta à vér à la luz que mis sentidos alumbra; à la qual daré tales disculpas, que ella venga à tener por buena mi tardanza; pues verá que toda redunda en aumento de su gloria, y fama: pues quanta yo he alcanzado, alcanzo, y alcanzaré por las armas en esta vida, todo me viene del favor que ella me dá, y de ser yo suyo. ¡Ay, dixo Sancho, y cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor: ¿Piensa vuestra merced caminar este camino en valde, y dexar pasar, y perder un tan rico, y tan principal casamiento como es-

te,

te, donde le dan en dote un Reyno, que à buena verdad que he oido decir, que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal, y que Castilla juntos? Calle, por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese luego en el primer Lugar que haya Cura; y si no, ahí está nuestro Licenciado, que lo haría de perlas: y advierta que yo tengo edad para dar consejos, y que éste que le doy, le viene de molde, que mas vale páxaro en mano, que buytre volando; porque quien bien tiene, y mal escoge, del mal que le venga, no se enoje. Mira, Sancho respondió Don Quixote, si el consejo que me dás de que me case, es porque sea luego Rey en matando al Gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes, y darte lo prometido, hágote saber, que sin casarme podré cumplir tu deseo muy facilmente; porque yo sacaré de adeala antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor de ella, yá que no me case me han de dar una parte del Reyno, para

qu

que la pueda dar à quien yo quisiere: ¿y en dándomela, à quién quieres tú que la dé, sino à tí? Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja hácia la Marina, porque si no me contentáre la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer de ellos lo que yá he dicho: y vuestra merced no se cure de ir por ahora à vér mi señora Dulcinea, sino váyase à matar al Gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra, y de mucho provecho. Dígote, Sancho, dixo Don Quixote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en quanto al ir antes con la Princesa que à vér à Dulcinea: y avísote que no digas nada à nadie, ni à los que con nosotros vienen de lo que aquí hemos departido, y tratado; que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mí los descubra. Pues si eso es así, dixo Sancho, ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan à presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere

bien,

bien, y que es su enamorado? Y siendo forzoso que los que fueren se han de ir à hincar de finojos ante su presencia, y decir que ván de parte de vuestra merced à darle la obediencia: ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? ¡O qué necio, y qué simple que eres! dixo Don Quixote. ¿Tú no vés, Sancho, que eso todo redundará en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber, que en este nuestro estilo de Caballería es gran honra tener una dama muchos Caballeros Andantes que la sirvan, sin que se estiendan mas sus pensamientos que à servirla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos, y buenos deseos, sino que ella se contente de aceptarlos por sus Caballeros. Con esa manera de amor, dixo Sancho, he oído yo predicar que se ha de amar à nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria, ò temor de pena; aunque yo le querria amar, y servir por lo que pudiese. ¡Válate el diablo por villano, dixo Don Quixote, y qué de discreciones dices à las veces! no parece sino que has estudiado. Pues à fé mia que no sé leer, respondió Sancho. En esto

les dió voces Maese Nicolas, que esperasen un poco, que querian detenerse à beber en una fuentecilla que allí estaba. Detúvose Don Quixote con no poco gusto de Sancho, que yá estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo à palabras: porque puesto que él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traía quando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja à los que dexaba. Apeáronse junto à la fuente, y con lo que el Cura se acomodó en la venta satisfacieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traían. Estando en esto, acertó à pasar por allí un muchacho, que iba de camino; el qual poniéndose à mirar con mucha atencion à los que en la fuente estaban, de allí à poco arremetió à Don Quixote, y abrazándole por las piernas, comenzó à llorar muy de propósito, diciendo: ¡Ay, señor mio! ¿No me conoce vuestra merced? Pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andres, que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Recono-

ció-

cióle Don Quixote; y asiéndole por la mano, se volvió à los que allí estaban, y dixo: Porque vean vuestras mercedes quán de importancia es haber Caballeros Andantes en el mundo, que desfagan los tuertos, y agravios que en él se hacen por los insolentes, y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes, que los dias pasados, pasando yo por un bosque, oí unos gritos, y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida, y menesterosa: acudí luego, llevado de mi obligacion, hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado à una encina à este muchacho, que ahora está delante (de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dexará mentir en nada): digo que estaba atado à la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo à azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo: y asi como yo le ví, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento. Respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia, nacian mas de ladron, que de simple. A lo qual ese niño

dixo: Señor, no me azota sino porque le pido mi salario. El amo replicó no sé qué harengas, y disculpas: las quales, aunque de mí fueron oidas, no fueron admitidas. En resolucion yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo, y le pagaria un real sobre otro, y aun sahumado. ¿No es la verdad todo esto, hijo Andres? ¿No notaste con quánto imperio se lo mandé, y con quánta humildad prometió de hacer todo quanto yo le impuse, notifiqué, y quise? Responde, no te turbes, ni dudes en nada: dí lo que pasó à estos señores, porque se vea, y considere ser del provecho que digo haber Caballeros Andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho; pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina. ¿Cómo al revés? replicó Don Quixote. ¿Luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho; pero así como vuestra merced traspuso el bosque, y quedamos solos, me volvió à atar à la misma encina, y me dió de nuevo tantos azotes, que quedé hecho un San Bartho-

lo-

lomé desollado, y à cada azote que me daba, me decia un donayre, y chufleta acerca de hacer burla de vuestra merced, que à no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo: de todo lo qual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se contentára con darme una, ù dos docenas de azotes, y luego me soltára, y pagára quanto me debia: mas como vuestra merced le deshonró tan sin propósito, y le dixo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, quando se vió solo, descargó sobre mí el nublado de modo que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo, dixo Don Quixote, en irme yo de allí, que no me habia de ir hasta dexarte pagado; porque bien debia yo de saber por luengas experiencias, que no hay villano que guarde palabra que diere, si él vé que no le está bien guardarla. Pero yá te acuer-

das, Andres, que yo juré, que si no te pagaba, que habia de ir à buscarle, y que le habia de hallar, aunque se escondiese en el vientre de la vallena. Así es la verdad, dixo Andres; pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha, dixo Don Quixote: y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó à Sancho que enfrenáse à Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea, qué era lo que hacer queria? El respondió, que queria ir à buscar al villano, y castigarle de tan mal término, y hacer pagado à Andres hasta el último maravedí, à despecho, y pesar de quantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió, que advirtiese que no podia conforme al dón prometido entremeterse en ninguna empresa, hasta acabar la suya; y que pues esto sabía él mejor que otro alguno, que sosegáse el pecho hasta la vuelta de su Reyno. Así es verdad, respondió Don Quixote; y es forzoso que Andres tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís, que yo le torno à jurar, y prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado, y pagado. No me creo de esos juramentos,

tos, dixo Andres; mas quisiera tener ahora con que llegar à Sevilla, que todas las venganzas del mundo: deme, si tiene ahí, algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced, y todos los Caballeros Andantes, que tan bien andantes ellos sean para consigo, como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan, y otro de queso; y dándoselo al mozo, le dixo: Toma, hermano Andres, que à todos alcanza parte de vuestra desgracia. ¿Pues qué parte os alcanza à vos? preguntó Andres. Esa parte de queso, y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta, ò no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los Caballeros Andantes estamos sujetos à mucha hambre, y à mala ventura, y aun à otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andres asió con su pan, y queso; y viendo que nadie le daba otra cosa baxó su cabeza, y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dixo à Don Quixote: Por amor de Dios, señor Caballero Andante, que si otra vez me encontráre, aunque vea que me hacen pedazos, no me

socorra, ni ayude, sino déxeme con mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, à quien Dios maldiga, y à todos quantos Caballeros Andantes han nacido en el mundo. Ibase à levantar Don Quixote para castigarle; mas él se puso à correr de modo que ninguno se atrevió à seguirlo. Quedó corridísimo Don Quixote del cuento de Andres, y fue menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acabarle de correr del todo.

CAPITULO XXXII.

Que trata de lo que sucedió en la venta à toda la quadrilla de Don Quixote de la Mancha.

ACabóse la buena comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro dia à la venta, espanto, y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La Ventera, Ventero, su hija, y Maritornes que vieron venir à Don Quixote, y à Sancho, les salieron à recibir con muestras de mucha alegria, y él las recibió con grave continente, y aplauso,

so, y díxoles, que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada. A lo qual le respondió la huéspeda, que como la pagáse mejor que la otra vez, que ella se la daria de Príncipes. Don Quixote dixo que sí haría; y así le aderezaron una cama razonable en el mismo camaranchon de marras, y él se acostó luego, porque venía muy quebrantado, y falto de sueño. No se hubo bien encerrado, quando la huéspeda arremetió al Barbero; y asiéndole de la barba, dixo: Para mi santiguada que no se han de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola; que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza: digo el peyne, que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el Barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el Licenciado le dixo que se la diese, que yá no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese, y mostráse en su misma forma, y dixese à Don Quixote que quando le despojaron los ladrones galeotes, se habia venido à aquella venta huyendo: y que si preguntáse por el escudero de la Princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante à dar aviso à los de su Reyno,

no, como ella iba, y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola à la Ventera el Barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para libertar à D. Quixote, espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huesped con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y à todo esto dormia Don Quixote, y fueron de parecer de no despertarle, porque mas provecho le haría por entonces el dormir, que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el Ventero, su muger, su hija, Maritornes, y todos los pasageros, de la estraña locura de Don Quixote, y del modo que le habian hallado. La huespeda les contó lo que con él, y con el harriero les habia acontecido; y mirando si acaso estaba allí Sancho, como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron. Y como el Cura dixese que los libros de Caballerías que Don Quixote habia leído, le habian vuelto el juicio, dixo el Ventero: No sé yo cómo puede ser

eso,

eso, que en verdad que, à lo que yo entiendo, no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahí dos, ò tres de ellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo à mí, sino à otros muchos; porque quando es tiempo de la siega, se recogen aquí à la siesta muchos segadores, que siempre hay alguno que sabe leer, el qual toma uno de estos libros en las manos, y rodeámonos de él mas de treinta, y estámosnosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas: à lo menos de mí sé decir, que quando oygo aquellos furibundos, y terribles golpes que los Caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estár oyéndolos noches, y dias. Y yo, ni mas, ni menos, dixo la Ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado, que no os acordais de reñir por entonces. Así es la verdad, dixo Maritornes, y à buena fé que yo tambien gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas; y mas quando cuentan que se está la otra señora debaxo de unos naranjos abrazada con su Caballero, y que está una dueña hacién-

do-

doles la guarda, muerta de envidia, y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles. ¿Y à vos qué os parece, señora doncella? dixo el Cura, hablando con la hija del Ventero. No sé, señor, en mi ánima, respondió ella: tambien yo lo escucho; y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oirlo: pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los Caballeros hacen quando están ausentes de sus señoras; que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. ¿Luego bien los remediárades, vos, señora doncella, dixo Dorotea, si por vos lloráran? No sé lo que me hiciera, respondió la moza; solo sé, que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus Caballeros tigres, leones, y otras mil inmundicias. ¡Jesus! Yo no sé qué gente es aquella tan desalmada, y tan sin conciencia, que por no mirar à un hombre honrado, le dexan que se muera, ò que se vuelva loco. Yo no sé para qué es tanto melindre. Si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla, niña, dixo la Ventera, que parece que sabes mucho de estas cosas, y no

es-

está bien à las doncellas saber, ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, añadió ella, no pude dexar de responderle. Ahora bien, dixo el Cura, traedme, señor huesped, aquesos libros, que los quiero vér. Que me place, respondió él; y entrando en su aposento, sacó de él una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla; y abriendola, halló en ella tres libros grandes, y unos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era Don Cirongilio de Tracia: el otro de Felix Marte de Ircania; y el otro la historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba, con la vida de Diego Garcia de Paredes. Así como el Cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al Barbero, y dixo: Falta nos hace aquí el ama de mi amigo, y su sobrina. No hacen, respondió el Barbero, que tambien yo sé llevarlos al corral, ò à la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. ¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dixo el Ventero. No mas, dixo el Cura, que estos dos, el de Don Cirongilio, y el de Felix Marte. ¿Pues por ventura, dixo el Ventero, mis libros son hereges, ò flemá-

ticos, que los quiere quemar? Cismáticos querreis decir, amigo, dixo el Barbero, que no flemáticos. Así es, replicó el Ventero: mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitan, y de ese Diego Garcia; que antes dexaré quemar un hijo, que dexar quemar ninguno de esotros. Hermano mio, dixo el Cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates, y devanéos; y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba; el qual por sus muchas, y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo Gran Capitan: renombre famoso, y claro, y de él solo merecido; y este Diego Garcia de Paredes fue un principal Caballero, natural de la Ciudad de Truxillo en Estremadura, valentísimo Soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo à todo un inumerable exército que no pasáse por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta, y las escribe él asimismo con la modestia de Caballero, y de Coronista propio, las escribiera otro libre, y desapa-

sio-

sionado, pusieran en olvido las de los Hectores, Aquiles, y Roldanes. Tomaos con mi padre, dixo el Ventero, ¡ mirad de qué se espanta, de detener una rueda de molino! por Dios ahora habia vuestra merced de leer lo que yo leí de Felix Marte de Ircania, que de un reves solo partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los fraylecitos que hacen los niños: y otra vez arremetió con un grandísimo, y poderosísimo exército, donde llevó mas de un millon, y seiscientos mil Soldados, todos armados de pie à cabeza, y los desbarató à todos, como si fueran manadas de ovejas. ¿ Pues qué me dirán del bueno de Don Cirongilio de Tracia? que fue tan valiente, y animoso como se verá en el libro, donde cuenta, que navegando por un rio, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego; y él así como la vió, se arrojó sobre ella, y se puso à orcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dexarse ir à lo hondo del rio, llevándose trás sí al Caballero, que nunca la quiso soltar;

y

y quando llegaron allá abaxo, se halló en unos palacios, y en unos jardines tan lindos, que era maravilla: y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dixo tantas de cosas, que no hay mas que oír. Calle, señor, que si oyése esto, se volviera loco de placer: dos higas para el Gran Capitan, y para ese Diego Garcia, que dice. Oyendo esto Dorotea, dixo callando à Cardenio: Poco le falta à nuestro huesped para hacer la segunda parte de Don Quixote. Así me parece à mí, respondió Cardenio; porque segun dá indicio, él tiene por cierto, que todo lo que estos libros cuentan pasó ni mas, ni menos que lo escriben, y no le harán creer, otra cosa Frayles Descalzos. Mirad, hermano, tornó à decir el Cura, que no hubo en el mundo Felix Marte de Ircania, ni Don Cirongilio de Tracia, ni otros Caballeros semejantes, que los libros de Caballerías cuentan, porque todo es compostura, y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decis de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores; porque realmente os afirmo, y juro, que nunca tales Caballeros fueron en el mundo,

do, ni tales hazañas, ni disparates acontecieron en él. A otro perro con ese hueso, respondió el Ventero: como si yo no supiese quántas son cinco, y adónde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco. Bueno es que quiera darme vuestra merced à entender, que todo aquello que estos buenos libros dicen, sea disparates, y mentiras, estando impresos con licencia de los señores del Consejo Real; como si ellos fueran gente, que habian de dexar imprimir tanta mentira junta, tantas batallas, y tantos encantamientos, que quitan el juicio. Yá os he dicho, amigo, replicó el Cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos: y así como se consiente en las Repúblicas bien concertadas que haya juegos de axedrez, de pelota, y de trucos, para entretener à algunos, que ni tienen, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir, y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguno de estos libros. Y si me fuera lícito agora, y el auditorio lo requiriera, yo dixera cosas acerca de lo

 que

que han de tener los libros de Caballerías para ser buenos, que quizá fueran dè provecho, y aun de gusto para algunos; pero yo espero, que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediarlo; y en este entretanto, creed, señor Ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades, ò mentiras, y buen provecho os hagan: y quiera Dios que no coxeeis del pie que coxea vuestro huesped Don Quixote. Eso no, respondió el Ventero, que no seré yo tan loco que me haga Caballero Andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, quando se dice que andaban por el mundo estos famosos Caballeros. A la mitad de esta plática se halló Sancho Panza presente, y quedó confuso, y pensativo de lo que habia oído decir, que ahora no se usaban Caballeros Andantes, y que todos los libros de Caballerías eran necedades, y mentiras: y propuso en su corazon de esperar en lo que paraba aquel viage de su amo; y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba de dexarle, y volverse con su muger, y sus hijos à su acostumbrado trabajo. Llevá-

ba-

base la maleta, y los libros el Ventero; mas el Cura dixo: Esperad, que quiero vér qué papeles son esos, que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huesped, y dándoselos à leer, vió hasta obra de ocho pliegos, escritos de mano, y al principio tenian un título grande, que decia: Novela del Curioso Impertinente. Leyó el Cura para sí tres, ò quatro renglones, y dixo: Cierto que no me parece mal el título de esta novela, y que me viene voluntad de leerla toda. A lo que respondió el Ventero: Pues bien puede leerla su Reverencia, porque le hago saber que à algunos huéspedes, que aquí la han leído, les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar, pensando volvérsela à quien aquí dexó esta maleta olvidada con estos libros, y estos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo: y aunque sé que me han de hacer falta los libros, à fé que se los he de volver, que aunque Ventero, todavia soy christiano. Vos teneis mucha razon, amigo, dixo el Cura; mas con todo eso, si la novela me contenta, me la habeis de dexar trasladar. De muy buena gana, respondió el

Ventero. Mientras los dos esto decian, habia tomado Cardenio la novela, y comenzado à leer en ella; y pareciéndole lo mismo que al Cura, le rogó que la leyese, de modo que todos la oyesen. Sí leyera, dixo el Cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento; pues aun no tengo el espíritu tan sosegado, que me conceda dormir quando fuera razon. Pues de esa manera dixo el Cura, quiero leerla por curiosidad siquiera: quizá tendrá alguna cosa de gusto. Acudió Maese Nicolas à rogarle lo mismo, y Sancho tambien; lo qual visto del Cura, y entendiendo que à todos daria gusto, y él le recibiria, dixo: Pues si así es, esténme todos atentos, que la novela comienza de esta manera.

CAPITULO XXXIII.

Donde se cuenta la novela del Curioso Impertinente.

EN Florencia, Ciudad rica, y famosa de Italia, en la Provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo, y Lotario, dos Caballeros ricos, y principales, y tan amigos,

gos, que por excelencia, y antonomasia de todos los que los conocian, los dos amigos eran llamados. Eran solteros, mozos, de una misma edad, y de unas mismas costumbres: todo lo qual era bastante causa à que los dos con recíproca amistad se correspondiesen. Bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado à los pasatiempos amorosos que el Lotario, al qual llevaban tras sí los de la caza; pero quando se ofrecia dexaba Anselmo de acudir à sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dexaba los suyos por acudir à los de Anselmo: y de esta manera andaban tan à una sus voluntades, que no habia concertado relox que asi anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal, y hermosa de la misma Ciudad, llamada Camila, hija de tan buenos padres, y tan buena ella por sí, que se determinó (con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hacía) de pedirla por esposa à sus padres, y así lo puso en execucion, y el que llevó la embaxada fue Lotario; y el que concluyó el negocio tan à gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesion que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanza-

zado à Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo, y à Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de la boda suelen ser alegres, continuó Lotario, como solia, la casa de su amigo Anselmo, procurando honrarle, festejarle, y regocijarle con todo aquello que à él le fue posible; pero acabadas las bodas, y sosegada yá la freqüencia de las visitas, y parabienes, comenzó Lotario à descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle à él (como es razon que parezca à todos los que fueren discretos) que no se han de visitar, ni continuar las casas de los amigos casados de la misma manera que quando eran solteros; porque aunque la buena, y verdadera amistad no puede, ni debe ser sospechosa en nada, con todo eso es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos, quanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remision de Lotario, y formó quexas grandes, diciéndole, que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicarle, como solia, que jamás lo hubiera hecho: y que si por la bue-

buena correspondencia que los dos tenian mientras él fue soltero, habian alcanzado tan dulce nombre, como el de ser llamados los dos amigos, no permitiese por querer hacer del circunspecto, sin otra ocasion alguna, que tan famoso, y tan agradable nombre se perdiese; y que así le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usáse entre ellos, que volviese à ser señor de su casa, y à entrar, y salir en ella como de antes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto, ni otra voluntad que la que él queria que tuviese: y que por haber sabido ella con quántas veras los dos se amaban, estaba confusa de vér en él tanta esquivez. A todas estas, y otras muchas razones que Anselmo dixo à Lotario, para persuadirle volviese, como solia, à su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discrecion, y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana, y las fiestas fuese Lotario à comer con él: y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viese que mas convenia à la honra de su amigo, cuyo crédito estima-

ba mas que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado, à quien el cielo habia concedido muger hermosa, tanto cuidado habia de tener en qué amigos llevaba à su casa, como en mirar con qué amigas su muger conversaba; porque lo que no se hace, ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos à sus mugeres), se conciertan, y facilitan en casa de la amiga, ò la parienta, de quien mas satisfaccion se tiene. Tambien decia Lotario, que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo, que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciese, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido à la muger tiene, ò no le advierte, ò no le dice, por no enojarla, que haga, ù dexe de hacer algunas cosas, que el hacerlas, ò no, le sería de honra, ù de vituperio; de lo qual, siendo del amigo advertido, facilmente pondria remedio en todo. ¿Pero dónde se hallará amigo tan discreto, tan leal, y verdadero, como aquí Lotario le pide? No lo sé yo por cierto; solo Lotario era este, que con toda solicitud, y adver-

vertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar, y acortar los dias del concierto de ir à su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso, y à los ojos vagabundos, y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombre, y bien nacido, de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una muger tan hermosa como Camila; que puesto que su bondad, y valor podia poner freno à toda maldiciente lengua, todavia no queria poner en duda su crédito, ni el de su amigo; y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba, y entretenia en otras cosas, que él daba à entender ser inescusables. Así que en quexas del uno, y disculpas del otro se pasaban muchos ratos, y partes del dia. Sucedió, pues, que uno, que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la Ciudad, Anselmo dixo à Lotario las semejantes razones.

Bien sé, amigo Lotario, que à las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres, como fueron los mios, y al darme con mano franca los bienes, así los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo cor-

res-

responder con agradecimiento, que llegue al bien recibido, y sobre todo al que me hizo en darme à tí por amigo, y à Camila por muger propia, dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, en el que puedo. Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen, y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado, y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo; porque no sé de qué dias à esta parte me fatiga, y aprieta un deseo tan estraño, y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo, y me riño à solas, y procuro callarlo, y encubrirlo de mis propios pensamientos: y así me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurára decirlo à todo el mundo: y pues que en efecto él ha de salir à plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiando que con él, y con la diligencia que pondrás como amigo mio verdadero en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegria por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenian à Lotario las razones

nes de Anselmo, y no sabía en qué habia de parar tan larga prevencion, ò preámbulo: y aunque iba revolviendo en su imaginacion qué deseo podria ser aquel, que à su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy lexos del blanco de la verdad; y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension, le dixo que hacía notorio agravio à su mucha amistad en andar buscando rodéos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenía cierto que se podia prometer de él, ò yá consejos para remediallos, ò yá remedio para cumplillos. Así es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es pensar si Camila, mi esposa, es tan buena, y tan perfecta como yo pienso; y no puedo enterarme en esta verdad, sino es probándola, de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí (¡ò amigo!) que no es una muger mas buena de quanto es, ò no es solicitada; y que aquella sola es fuerte, que no se dobla à las promesas, à las dádivas, à las lágrimas, y à las contínuas impor-

portunidades de los solícitos amantes. ¿Porque qué hay que agradecer (decia él) que una muger sea buena, si nadie la dice que sea mala? ¿Qué mucho que esté recogida, y temerosa la que no la dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido, que en cogiéndola en la primera desenvoltura la ha de quitar la vida? Así que la que es buena por temor, ò por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima, en que tendré à la solicitada, y perseguida, que salió con la corona del vencimiento. De modo, que por estas razones, y por otras muchas, que te pudiera decir para acreditar, y fortalecer la opinion que tengo, deseo que Camila, mi esposa, pase por estas dificultades, y se acrisole, y quilate en el fuego de verse requerida, y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos: y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma de esta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura: podré yo decir que está colmado el vacío de mis deseos: diré que me cupo en suerte la muger fuerte de quien el Sabio dice que quién la hallará. Y quando esto suceda al revés de lo que pien-

pienso, con el gusto de vér que acerté en mi opinion, llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia. Y presupuesto que ninguna cosa de quantas me dixeres en contra de mi deseo ha de ser de algun provecho para dexar de ponerle por la obra, quiero (ò amigo Lotario!) que te dispongas à ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto; que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar à una muger honesta, honrada, recogida, y desinteresada. Y muéveme, entre otras cosas, à fiar de tí esta tan ardua empresa, el vér que si de tí es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento à todo trance, y rigor, sino à solo tener por hecho lo que no se ha de hacer por buen respeto; y así no quedaré yo ofendido mas de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocáre ha de ser eterno como el de la muerte. Así que si quieres que yo tenga vida, que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esa amorosa batalla, no tibia, ni perezosamente, sino

con

con el ahinco, y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fueron las razones que Anselmo dixo à Lotario; à todas las quales estuvo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas que le dixo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y viendo que no decia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirára otra cosa, que jamás hubiera visto, que le causára admiracion, y espanto, le dixo: No me puedo persuadir ¡ò amigo Anselmo! à que no sean burlas las cosas que me has dicho, que à pensar que de veras las decias, no consintiera que tan adelante pasáras; porque con no escucharte previniera tu larga harenga: sin duda imagino, ò que no me conoces, ò yo no te conozco. Pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado, que tampoco yo soy el Lotario que debia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir à aquel Lotario que tú conoces: porque

los

los buenos amigos han de probar à sus amigos, y valerse de ellos, como dixo un Poeta, *usque ad aras*: que quiso decir, que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿quánto mejor es que lo sienta el christiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? Y quando el amigo tiráse tanto la barra, que pusiese à parte los respetos del cielo por acudir à los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras, y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra, y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo ¿quál de estas dos cosas tienes en peligro, para que yo me aventure à complacerte, y à hacer una cosa tan detestable como me pides? Ninguna por cierto; antes me pides, segun yo entiendo, que procure, y solicíte quitarte la honra, y la vida, y quitármela à mí juntamente: porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto; y siendo el instrumento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, te vengo à quitar la honra,

y

y por el mismo consiguiente la vida. Escucha, amigo Anselmo, y tén paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, que tiempo quedará para que tú me repliques, y yo te escuche. Que me place, dixo Anselmo: dí lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo: Paréceme (¡ò Anselmo!) que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, à los quales no se les puede dar à entender el error de su secta con las acotaciones de la santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fé; sino que les han de traer exemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, y con demostraciones mathemáticas, que no se pueden negar, como quando dicen: Si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales. Y quando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos, y ponérselo delante de los ojos; y aun con todo esto no basta nadie con ellos à persuadirles las verda-

des

des de nuestra sacra religion: y este mismo término, y modo me convendrá usar contigo; porque el deseo que en ti ha nacido vá tan descaminado, y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo mal gastado el que ocupare en darte à entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre; y aun estoy por dexarte en tu desatino, en pena de tu mal deseo: mas no me dexa usar de este rigor la amistad que te tengo, la qual no consiente que te dexe puesto en tan manifiesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime, Anselmo, ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar à una retirada ¿: persuadir à una honesta? ofrecer à una desinteresada? servir à una prudente? Sí que me lo has dicho. Pues si tú sabes que tienes muger retirada, honesta, desinteresada, y prudente, ¿qué buscas? Y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, ¿qué mejores títulos piensas darle despues que los que ahora tiene? O qué será mas despues de lo que es ahora? O es que tú no la tienes por la que dices, ò tú no sabes lo que pides. Si no la tienes por lo

 que

que dices, ¿para qué quieres probarla, sino como à mala, hacer de ella lo que mas te viniere en gusto? Mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la misma verdad, pues despues de hecha, se ha de quedar con la estimacion que primero tenia: así que es razon concluyente, que el intentar las cosas, de las quales antes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso, y temerarios; y mas quando quieren intentar aquellas à que no son forzados, ni compelidos, y que de muy lexos trahen descubierto que el intentarles es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ò por el mundo, ò por entrambos à dos. Las que se acometen por Dios, son las que acometieron los Santos, acometiendo à vivir vida de Angeles en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta estrañeza de gente, por adquirir estos que llaman bienes de fortuna: y las que se intentan por Dios, y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos Soldados, que apenas vén en el contrario muro abierto tanto es-

pa-

pacio quanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, quando puesto à parte todo temor, sin hacer discurso, ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su Fé, por su Nacion, y por su Rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria, y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes, y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar, y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres: porque puesto que salgas con ella como deseas, no has de quedar ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora; y si no sales, te has de vér en la mayor miseria que imaginar se pueda, porque no te ha de aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte, y deshacerte que la sepas tú mismo. Y para confirmacion de esta verdad te quiero decir una estancia que hizo el famoso Poëta Luis Tansilo en el fin de su primera parte

de las Lágrimas de San Pedro, que dice así:

Crece el dolor, y crece la vergüenza
En Pedro, quando el dia se ha mostrado;
Y aunque allí no vé à nadie, se avergüenza
De sí mismo, por ver que habia pecado:
Que à un magnánimo pecho à haber vergüenza,
No solo ha de moverlo el ser mirado,
Que de sí se avergüenza quando yerra,
Si bien otro no vé que cielo, y tierra.

Así que no escusarás con el secreto tu dolor; antes tendrás que llorar contínuo, si no lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple Doctor, que nuestro Poëta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se escusó de hacerla el prudente Reynaldos: que puesto que aquella sea ficcion poética, tiene en sí encerrados secretos morales, dignos de ser advertidos, entendidos, è imitados. Quanto mas, que con lo que ahora pienso decirte acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime, Anselmo, si el cielo, ò la buena suerte te hubiera hecho señor, y legítimo poseedor de un finíssimo diamante, de cu-

cuya bondad, y quilates estuviesen satisfechos quantos lapidarios le viesen, y que todos à una voz, y de comun parecer dixesen, que llegaba en quilates, bondad, y fineza à quanto se podia estender la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyeses así, sin saber otra cosa en contrario, ¿ sería justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un yunque, y un martillo, y allí à pura fuerza de golpes, y brazos probar si es tan duro, y tan fino como dicen? Y mas si lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra hiciese resistencia à tan necia prueba, no por eso se le añadiria mas valor, ni mas fama: ¿ y si se rompiese, cosa que podria ser, no se perdia todo? Sí por cierto, dexandoà su dueño en estimacion de que todos le tuviesen por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimacion, como en la agena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre; pues aunque se quede con su entereza, no puede subir à mas valor del que ahora tiene: y si faltáse, y no resistiese, considera desde ahora quál quedarias sin ella, y

con quánta razon te podrias quexar de tí mismo, por haber sido causa de su perdicion, y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la muger casta, y honrada, y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que de ellas se tiene: y pues la de tu esposa es tal, que llega al extremo de bondad que sabes; ¿para qué quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la muger es animal inperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece, y cayga, sino quitárselos, y despejarle el camino de qualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera à alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que quando quieren cazarle los cazadores, usan de este artificio, que sabiendo las partes por donde suele pasar, y acudir, las atajan con lodo, y despues ojeándole, le encaminan hácia aquel lugar; y así como el arminio llega al lodo, se está quedo, y se dexa prender, y cautivar, à trueco de no pasar por el cieno y perder, y ensuciar su

blan-

blancura, que la estima en mas que la libertad, y la vida. La honesta, y casta muger es arminio, y es mas que nieve blanca, y limpia la virtud de la honestidad; y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde, y conserve, ha de usar de otro estilo diferente, que con el arminio se tiene; porque no le han de poner delante el cieno de los regalos, y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud, y fuerza natural, que pueda por sí misma atropellar, y pasar por aquellos embarazos, y es necesario quitárselos, y ponerle delante la limpieza de la virtud, y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es asimismo la buena muger como espejo de cristal luciente, y claro; pero está sujeto à empañarse, y obscurecerse con qualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta muger el estilo que con las reliquias, adorarlas, y no tocarlas. Hase de guardar, y estimar la muger buena como se guarda, y estima un hermoso jardin, que está lleno de flores, y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee, ni manosee; basta que desde lexos, y por

entre las verjas de hierro gocen de su fragrancia, y hermosura. Finalmente quiero decirte unos versos, que se me han venido à la memoria, que los oí en una Comedia moderna, que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo à otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardáse, y encerráse, y entre otras razones le dixo estas:

Es de vidrio la muger;
Pero no se ha de probar
Si se puede, ò no quebrar,
Porque todo puede ser.
Y es muy facil el quebrarse;
Y no es cordura ponerse
A peligro de romperse
Lo que no puede soldarse.
Y en esta opinion estén
Todos, y en razon la fundo,
Que si hay Danaés en el mundo,
Hay pluvias de oro tambien.

Quanto hasta aquí te he dicho, ò Anselmo, ha sido por lo que à tí te toca; y ahora es bien que se oiga algo de lo que à mí me conviene; y si fuere largo, perdó-

dóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra: cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite à tí. Que me la quieres quitar à mí está claro; pues quando Camila vea que yo la solicíto, como pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra, y mal amigo, pues intento, y hago una cosa tan fuera de aquello à que el ser quien soy, y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite à tí, no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicíto, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad, que me dió atrevimiento à descubrirle mi mal deseo; y teniéndose por deshonrada, te toca à tí, como cosa suya, su misma deshonra. Y de aquí nace lo que comunmente se platíca, que el marido de la muger adúltera, puesto que él no lo sepa, ni haya dado ocasion para que su muger no sea la que debe, ni haya sido en su mano, ni en su descuido, y poco recato estorvar su desgracia; con todo le llaman, y le nombran con nombre de vituperio, y baxo: y en cier-

cierta manera le miran los que la maldad de su muger saben con menosprecio, en cambio de mirarle con lástima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa porque con justa razon es deshonrado el marido de la muger mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea; y no te canses de oírme, que todo ha de redundar en tu provecho. Quando Dios crió à nuestro primer padre en el Paraíso Terrenal, dice la Divina Escritura que infundió Dios sueño en Adán; y que estando durmiendo, le sacó una costilla del lado siniestro, de la qual formó à nuestra madre Eva; y así como Adán despertó, y la miró, dixo: Esta es carne de mi carne, y hueso de mis huesos. Y Dios dixo: Por esta dexará el hombre à su padre, y madre, y serán dos en una carne misma. Y entónces fue instituído el divino Sacramento del Matrimonio, con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos: y tiene tanta fuerza, y virtud este milagroso Sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne;

y

y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de una voluntad. Y de aqui viene, que como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ò los defectos que se procura, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño: porque así como el dolor del pie, ù de qualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne misma; y la cabeza siente el daño del tobillo sin que ella se le haya causado: así el marido es participante de la deshonra de la muger, por ser una misma cosa con ella. Y como las honras, y deshonras del mundo sean todas, y nazcan de carne, y sangre, y las de la muger mala sean de este género, es forzoso que al marido le quepa parte de ellas, y sea tenido por deshonrado, sin que él lo sepa. Mira, pues, ¡ò Anselmo! al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive. Mira por quán vana, è impertinente curiosidad quieres revolver los humores, que ahora están sosegados en el pecho de tu casta esposa. Advierte que lo que aventu-

ras

ras à ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dexaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo quanto he dicho no basta à moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra, y desventura, que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso, y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso, y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dixo: Con la atencion que has visto he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido decirme, y en tus razones, exemplos, y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes, y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas: y asimismo veo, y confieso, que si no sigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyendo del bien, y corriendo tras el mal. Presupuesto esto, has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mugeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbon, y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, quanto mas para comerse; así que es me-

menester usar de algun artificio para que yo sane: esto se podrá hacer con facilidad, solo con que comiences, aunque tibia, y fingidamente, à solicitar à Camila, la qual no ha de ser tan tierna, que à los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra; y con solo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes à nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra: y estás obligado à hacer esto por una razon sola; y es, que estando yo, como estoy, determinado de poner en plática esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino à otra persona, con que podria aventurar el honor, que tú procuras que no pierda; y quando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco, ò nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu credito al sér primero. Y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dexes de hacer aunque mas inconvenientes se te pongan delante; pues,

co-

como yá he dicho, con solo que comiences daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué mas exemplos traherle, ni qué mas razones mostrarle, para que no la siguiese: y viendo que le amenazaba que daria à otro cuenta de su mal deseo, por evitar mayor mal, determinó de contentarle, y hacer lo que le pedia, con propósito, è intencion de guiar aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos de Camila, quedáse Anselmo satisfecho; y así le respondió que no comunicáse su pensamiento con otro alguno, que él tomaba à su cargo aquella empresa, la qual comenzaría quando à él le diese mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna, y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento como si alguna grande merced le hubiera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos, que desde otro dia siguiente se comenzáse la obra, que él le daria lugar, y tiempo como à sus solas pudiese hablar à Camila, y asimismo le daria dineros, y joyas que darla, y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que quando él no quisiese tomar trabajo de hacer-

cerlos; él mismo los haria. A todo se ofreció Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensaba: y con este acuerdo se volvieron à casa de Anselmo, donde hallaron à Camila con ansia, y cuidado, esperando à su esposo, porque aquel dia tardaba en venir mas de lo acostumbrado. Fuese Lotario à su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento, como Lotario fue pensativo, no sabiendo qué traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio. Pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar à Anselmo, sin ofender à Camila, y otro dia vino à comer con su amigo, y fue bien recibido de Camila; la qual le recibia, y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dixo à Lotario, que se quedáse allí con Camila, en tanto que él iba à un negocio forzoso, que dentro de hora y media volvería. Rogóle Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció à hacerle compañia; mas nada aprovechó con Anselmo, antes importunó à Lotario, que se quedáse, y le aguardáse, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia.

cia. Dixo tambien à Camila que no dexáse solo à Lotario en tanto que él volviese. En efecto, él supo tan bien fingir la necesidad, ò necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuese Anselmo, y quedaron solos à la mesa Camila, y Lotario, porque la demás gente de casa toda se habia ido à comer. Vióse Lotario puesto en la estacada, que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura à un esquadron de Caballeros armados: mirad si es razon que le temiera Lotario. Pero lo que hizo fue poner el codo sobre el brazo de la silla, y la mano abierta en la mexilla; y pidiendo perdon à Camila del mal comedimiento, dixo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió que mejor reposaria en el estrado, que en la silla, y así le rogó se sentáse à dormir en él. No quiso Lotario: y allí se quedó dormido, hasta que volvió Anselmo; el qual, como halló à Camila en su aposento, y à Lotario durmiendo, creyó que como se habia tardado tanto, yá habrian tenido los dos lugar para hablar, y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario des-

pertase, para volverse con él fuera, y preguntarle de su ventura. Todo sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y así le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario, que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo; y así no habia hecho otra cosa, que alabar à Camila de hermosa, diciéndola, que en toda la Ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura, y discrecion: y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiéndola à que otra vez le escucháse con gusto: usando en esto del artificio que el demonio usa, quando quiere engañar à alguno, que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se transforma en Angel de luz, siéndolo él de tinieblas; y poniendole delante apariencias buenas, al cabo descubre quién es, y sale con su intencion, si à los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho à Anselmo, y dixo, que cada dia daria el mismo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió, pues, que se pasaron mu-

chos dias, que sin decir Lotario palabra à Camila, respondia à Anselmo, que la hablaba, y jamas podia sacar de ella una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aun dar una señal de sombra de esperanza; antes decia, que le amenazaba, que si aquel mal pensamiento no se le quitaba, que se lo habia de decir à su esposo. Bien está, dixo Anselmo: hasta aquí ha resistido Camila à las palabras: es menester vér cómo resiste à las obras. Yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcais, y aun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con que cebarla, que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, à esto de traerse bien, y andar galanas: y si ella resiste à esta tentacion, yo quedaré satisfecho, y no os daré mas pesadumbre. Lotario respondió, que yá que habia comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendia salir de ella cansado, y vencido. Otro dia recibió los quatro mil escudos, y con ellos quatro mil confusiones, porque no sabía qué decirse para mentir de nuevo; pero en efecto determinó de decirle que Camila esta-

ba

ba tan entera à las dádivas, y promesas como à las palabras; y que no habia para qué cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en valde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó, que habiendo dexado Anselmo solos à Lotario, y à Camila, como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando, y escuchando lo que los dos trataban; y vió, que en mas de media hora Lotario no habló palabra à Camila, ni se la hablára, si allí estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que quanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion, y mentira: y para vér si esto era así, salió del aposento, y llamando à Lotario à parte le preguntó qué nuevas habia, y de qué temple estaba Camila. Lotario le respondió que no pensaba mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan áspera, y desabridamente, que no tendria ánimo para volver à decirle cosa alguna. ¡Ah! dixo Anselmo: ¡Lotario, Lotario, y quán mal correspondes à lo que me debes, y à lo mucho que de tí confio! Ahora he estado mirando por el lugar que concede la entrada

de esta llave, y he visto que no has dicho palabra à Camila: por donde me doy à entender, que aun las primeras le tienes por decir; y si esto es así, como sin duda lo es, ¿para qué me engañas? ¿O por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi deseo? No dixo mas Anselmo; pero bastó lo que habia dicho para dexar corrido, y confuso à Lotario; el qual casi lo juzgó por punto de honra el haber sido hallado en mentira. Juró à Anselmo, que desde aquel momento tomaba tan à su cargo el contentarle, y no mentirle, qual lo veria, si con curiosidad lo espiaba: quanto mas, que no sería menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacerle, le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo; y para darle comodidad mas segura, y menos sobresalto, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose à la de un amigo suyo, que estaba en una Aldea no lexos de la Ciudad; con el qual amigo concertó que le enviáse à llamar con muchas veras, para tener ocasion con Camila de su partida. ¡Desdichado, y mal advertido de tí, Anselmo! ¿qué es lo que haces? ¿qué
es

es lo que trazas? ¿qué es lo que ordenas? Mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonra, y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila: quieta y sosegadamente la posees: nadie sobresalta tu gusto: sus pensamientos no salen de las paredes de su casa: tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya, y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad, y recogimiento te dá sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene, y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra, y buscar nuevas vetas de nuevo, y nunca visto tesoro, poniéndote à peligro, que toda venga abaxo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dixo mejor un Poëta, diciendo:

Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo encerrado salida,
Y en el traidor lealtad;

Pero mi suerte, de quien
Jamás espero algun bien,
Con el cielo ha estatuido,
Que pues lo imposible pido,
Lo posible aun no me dén.

Fuese otro dia Anselmo à la Aldea, dexando dicho à Camila que el tiempo que él estuviese ausente, vendria Lotario à mirar por su casa, y à comer con ella, que tuviese cuidado de tratarle como à su misma persona. Afligióse Camila, como muger discreta, y honrada, de la orden que su marido le dexaba; y díxole, que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupáse la silla de su mesa; y que si lo hacía por no tener confianza, que ella sabía gobernar su casa, que probase por aquella vez, y veria por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó, que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que baxar la cabeza, y obedecerle. Camila dixo que así lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y à otro dia vino à su casa Lotario, donde fue recibido de Camila con amoroso, y honesto acogimiento; la qual jamás se puso en parte

don-

donde Lotario la viese à solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados, y criadas, especialmente de una doncella suya, llamada Leonela, à quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y quando se casó con Anselmo la traxo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dixo nada, aunque pudiera, quando se levantaban los manteles, y la gente se iba à comer con mucha priesa, porque así lo tenia mandado Camila: y aun tenia órden Leonela, que comiese primero que Camila, y que de su lado jamás se quitáse; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas, y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas las veces el mandamiento de su señora; antes los dexaba solos, como si aquello le hubieran mandado. Mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponia freno à la lengua de Lotario. Pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos; porque si la len-

gua callaba, el pensamiento discurria, y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad, y de hermosura que Camila tenia, bastantes à enamorar una estátua de marmol, quanto mas à un corazon de carne. Mirábale Lotario en el lugar, y espacio que habia de hablarla, y consideraba quán digna era de ser amada: y esta consideracion comenzó poco à poco à dar asalto à los respetos que à Anselmo tenia; y mil veces quiso ausentarse de la Ciudad, y irse donde jamás Anselmo le viese à él, ni él viese à Camila; mas yá le hacía impedimento, y detenia el gusto que hallaba en mirarla. Haciase fuerza, y peleaba consigo mismo por desechar, y no sentir el contento que le llevaba à mirar à Camila. Culpábase à solas de su desatino: llamábase mal amigo, y mal christiano. Hacía discursos, y comparaciones entre él, y Anselmo, y todos paraban en decir, que mas habia sido la locura, y confianza de Anselmo, que su poca fidelidad; y que si así tuviera disculpa para con Dios, como para con los hombres de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto, la hermosura, y la bondad de Camila, juntamen-

mente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra: y sin mirar à otra cosa, que aquella à que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los quales estuvo en contínua batalla por resistir à sus deseos, comenzó à requebrar à Camila con tanta turbacion, y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba, y entrarse en su aposento, sin responderle palabra alguna. Mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor; antes tuvo en mas à Camila: la qual, habiendo visto en Lotario lo que jamás pensára, no sabía qué hacerse; y pareciendole no ser cosa segura, ni bien hecha darle ocasion, ni lugar à que otra vez la habláse, determinó de enviar aquella misma noche, como en efecto lo hizo, à un criado suyo con un villete à Anselmo, donde le escribió estas razones.

CAPITULO XXXIV.

Donde se prosigue la Novela del Curioso Impertinente.

CARTA DE CAMILA A ANSELMO.

ASí como suele decirse que parece mal el exército sin su General, y el castillo sin Castellano; digo yo que parece muy peor la muger casada, y moza sin su marido, quando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venís, me habré de ir à entretener en casa de mis padres, aunque dexe sin guarda la vuestra: porque la que me dexasteis, si es que quedó con tal título, creo que mira mas por su gusto, que por lo que à vos os toca; y pues sois discreto, no tengo mas que deciros, ni aun es bien que mas os diga.

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia yá comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba; y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió à Camila de palabra, que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha

cha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero: porque ni se atrevia à estár en su casa, ni menos irse à la de sus padres: porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin se resolvió en lo que le estuvo peor, que fue en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario, por no dar qué decir à sus criados; y yá le pesaba de haber escrito lo que escribió à su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido à no guardarle el decoro que debia; pero fiada en su bondad, se fió en Dios, y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando à todo aquello que Lotario decirla quisiese, sin dar mas cuenta à su marido, por no ponerle en alguna pendencia, y trabajo: y aun andaba buscando manera cómo disculpar à Lotario con Anselmo quando le preguntáse la ocasion que le habia movido à escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados, ni provechosos, estuvo

otro

otro dia escuchando à Lotario, el qual cargó la mano de manera que comenzó à titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir à los ojos, para que no diesen muestras de alguna amorosa compasion, que las lágrimas, y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente à él le pareció que era menester en el espacio, y lugar que daba la ausencia de Anselmo apretar el cerco à aquella fortaleza: y así acometió à su presuncion con las alabanzas de su hermosura; porque no hay cosa que mas presto rinda, y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la misma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce, viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió, y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dió al través con el recato de Camila, y vino à triunfar de lo que menos se pensaba, y mas deseaba. Rindióse Camila: Camila se rin-

rindió : ¿ pero qué mucho , si la amistad de Lotario no quedó en pie ? Exemplo claro que nos muestra , que solo se vence la pasion amorosa con huirla , y que nadie se ha de poner à brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora , porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos , y nuevos amantes. No quiso Lotario decir à Camila la pretension de Anselmo , ni que él le habia dado lugar para llegar à aquel punto , porque no tuviese en menos su amor , y pensase que así acaso , y sin pensar , y no de propósito la habia solicitado. Volvió de allí à pocos dias Anselmo à su casa , y no echó de vér lo que faltaba en ella , que era lo que en menos tenia, y mas estimaba. Fuese luego à vér à Lotario , y hallóle en la suya : abrazáronse los dos , y el uno preguntó por las nuevas de su vida , ù de su muerte. Las nuevas que te podré dar ¡ ò amigo Anselmo ! dixo Lotario , son de que tienes una muger , que dignamente puede ser exemplo , y corona de todas las mugeres buenas. Las palabras que le he dicho , se

las

las ha llevado el ayre : los ofrecimientos se han tenido en poco : las dádivas no se han admitido : de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad, y vive el comedimiento, y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable, y bien afortunada à una honrada muger. Vuelve à tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo, sin haber tenido necesidad de tocar à ellos, que la entereza de Camila no se rinde à cosas tan baxas, como son dádivas, ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas que las hechas. Y pues à pie enjuto has pasado el mar de las dificultades, y sospechas, que de las mugeres suelen, y pueden temerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto de la bondad, y fortaleza del navio que el cielo te dió en suerte, para que en él pasases la mar de este mundo, sino haz cuenta que estás yá en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y déxate estár, hasta que te ven-

vengan à pedir la deuda, que no hay hidalguia humana que de pagarla se escuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó como si fueran dichas por algun Oráculo: pero con todo eso le rogó que no dexáse la empresa, aunque no fuese mas de por curiosidad, y entretenimiento, aunque no se aprovecháse de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entónces: y que solo queria que le escribiese algunos versos en su alabanza debaxo del nombre de Clori; porque él le daria à entender à Camila, que andaba enamorado de una dama, à quien le habia puesto aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que à su honestidad se le debia; y que quando Lotario no quisiera tomár trabajo de escribir los versos, que él los haria. No será menester eso, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las Musas, que algunos ratos del año no me visiten. Dile tú à Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré, que si no tan buenos como el sugeto merece, serán por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron de este acuerdo el Imper-

pertinente, y el traidor amigo; y vuelto Anselmo à su casa, preguntó à Camila lo que ella yá se maravillaba que no le hubiese preguntado, que fue, que le dixese la ocasion, por que le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desembueltamente que quando él estaba en casa; pero que yá estaba desengañada, y creia que habia sido imaginacion suya, porque yá Lotario huía de verla, y de estár con ella à solas. Díxole Anselmo, que bien podia estár segura de aquella sospecha, porque él sabía que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la Ciudad, à quien él celebraba debaxo del nombre de Clori; y que aunque no lo estubiera, no habia que temer de la verdad de Lotario, y de la mucha amistad de entrambos. Y à no estár avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho à Anselmo, por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos; mas por estár yá advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los

los tres sobre mesa, rogó Anselmo à Lotario dixese alguna cosa de las que habia compuesto à su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada; porque quando algun amante loa à su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobrio hace à su buen crédito. Pero sea lo que fuere, lo que sé decir es que ayer hice un Soneto à la ingratitud de esta Clori, que dice así:

En el silencio de la noche, quando
Ocupa el dulce sueño à los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo, y à mi Clori dando.
Y al tiempo, quando el Sol se vá mostrando
Por las rosadas puertas Orientales,
Con suspiros, y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando:
Y quando el Sol de su estrellado asiento
Derechos rayos à la tierra envia,
El llanto crece, y doblo los gemidos:
Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfia
Al cielo sordo, à Clori sin oídos.

Bien le pareció el soneto à Camila; pero mejor à Anselmo, pues le alabó, y dixo

que era demasiadamente cruel la dama, que à tan claras verdades no correspondia. A lo que dixo Camila: ¿ Luego todo aquello que los Poëtas enamorados dicen es verdad ? En quanto Poëtas no la dicen, respondió Lotario; mas en quanto enamorados siempre quedan tan cortos, como verdaderos. No hay duda en eso, replicó Anselmo, todo por apoyar, y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como yá enamorada de Lotario. Y así con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido que sus deseos, y escritos à ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro Soneto, ù otros versos sabía, los dixese. Sí sé, respondió Lotario; pero no creo que es tan bueno como el primero, ò por mejor decir, menos malo; y podreislo bien juzgar, pues es este que se sigue:

Yo sé que muero, y si no soy creido,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto
Verme à tus pies ¡ ò bella ingrata! muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podré yo verme en la region de olvido,
De vida, gloria, y de favor desierto,

Y allí verse podrá en mi pecho abierto
Cómo tu rostro hermoso está esculpido:
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance que me amenaza mi porfia,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
¡ Ay de aquel que navega el cielo obscuro
Por mar no usado, y peligrosa via,
A donde norte, ò puerto no se ofrece!

Tambien alabó este segundo Soneto Anselmo, como habia hecho el primero, y de esta manera iba añadiendo eslabon à eslabon à la cadena con que se enlazaba, y trazaba su deshonra; pues quando mas Lotario le deshonraba, entonces le decia que estaba mas honrado: y con esto todos los escalones que Camila baxaba hácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud, y de su buena fama. Sucedió en esto que hallándose una vez, entre otras, sola Camila con su doncella, la dixo: Corrida estoy, amiga Leonela, de vér en quán poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprára Lotario la entera posesion que le dí tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza, ò ligereza, sin que eche de vér

la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dé pena eso, señora mia, respondió Leonela, que no está la monta, ni es causa para menguar la estimacion darse lo que se dá presto, si en efecto lo que se dá es bueno, y ello por sí digno de estimarse: y aun suele decirse que el que luego dá, dá dos veces. Tambien se suele decir, dixo Camila, que lo que cuesta poco se estima en menos. No corre por tí esa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela, y otras anda: con éste corre, y con aquel vá despacio: à unos entibia, y à otros abrasa: à unos hiere, y à otros mata. En un mismo punto comienza la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba, y concluye. Por la mañana suele poner el cerco à una fortaleza, y à la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista. Y siendo así, ¿de qué te espantas, ù de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido à Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyése lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que An-

sel-

selmo le tuviese de volver, y con su presencia quedáse imperfecta la obra: porque el amor no tiene otro mejor ministro para executar lo que desea, que es la ocasion: de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien, mas de experiencia, que de oidas; y algun dia te lo diré, señora, que yo tambien soy de carne, y de sangre moza. Quanto mas, señora Camila, que no te entregaste, ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones, en las promesas, y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella, y en sus virtudes quán digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es así, no te asalten la imaginacion esos escrupulosos, y melindrosos pensamientos; sino asegúrate que Lotario te estima, como tú le estimas à él, y vive con contento, y satisfaccion de que yá que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor, y de estima. Y que no solo tiene las quatro eses, que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un abecedario entero. Si no, escúchame, y verás cómo te lo digo de coro. El es, segun yo
 veo,

veo, y à mí me parece, Agradecido, Bueno, Caballero, Dadivoso, Enamorado, Firme, Gallardo, Honrado, Ilustre, Leal, Mozo, Noble, Onesto, Principal, Quantioso, Rico, y las eses que dicen: luego Tácito, y Verdadero. La X no le quadra, porque es letra áspera: la Y yá se está dicha; y la Z Zelador de tu honra. Ríóse Camila del abecedario de su doncella, y túvola por mas práctica en las cosas de amor, que ella decia: y así lo confesó ella, descubriendo à Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma Ciudad; de lo qual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla, si pasaban sus pláticas à mas que serlo. Ella con poca vergüenza, y mucha desenvoltura, le respondió, que sí pasaban: porque es cosa yá cierta, que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza à las criadas; las quales quando vén à las amas echar traspies, no se les dá nada à ellas de coxear, ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila sino rogar à Leonela no dixese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratáse sus cosas con secreto, porque no viniesen à

noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haría; mas cumpliólo de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella habia de perder su crédito: porque la deshonesta, y atrevida Leonela, despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse à dar entrada, y poner dentro de casa à su amante, confiada que aunque su señora le viese, no habia de osar descubrirle: que este daño acarrean entre otros los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan à encubrirles sus deshonestidades, y vilezas, como aconteció con Camila, que aunque vió una, y muchas veces que su Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dábale lugar à que lo encerráse, y quitábale todos los estorvos para que no fuese visto de su marido: pero no los pudo quitar, que Lotario no lo viese una vez salir al romper del Alva; el qual sin conocer quién era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma; mas quando le vió caminar, embozarse, y encubrise con cuidado, y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera

ra la perdicion de todos, si Camila no lo remediára. Pensó Lotario que aquel hombre, que habia visto salir tan à deshora de casa de Anselmo, no habia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela estaba en el mundo. Solo creyó que Camila de la misma manera que habia sido facil, y ligera con él, lo era para otro; que estas añadiduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el crédito de su honra con el mismo à quien se entregó rogada, y persuadida; y cree, que con mayor facilidad se entrega à otros, y dá infalible crédito à qualquiera sospecha que de esto le venga: y no parece sino que le faltó à Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos; pues sin hacer ninguno, que bueno fuese, ni aun razonable, sin mas ni mas, antes que Anselmo se levantáse, impaciente, y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roía, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le habia ofendido, se fue à Anselmo, y le dixo: Sábete, Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mismo, haciéndome fuerza à no de-

cir-

cirte lo que yá no es posible, ni justo, que mas te encubra. Sábete, que la fortaleza de Camila está yá rendida, y sujeta à todo aquello que yo quisiere hacer de ella: y si he tardado en descubrite esta verdad, ha sido por vér si era algun liviano antojo, ò si lo hacía por probarme, y vér si eran con propósito firme tratados los amores, que con tu licencia con ella he comenzado. Creí asimismo que ella, si fuera la que debia, y la que entrambos pensábamos, yá te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que quando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recámara, donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad, que allí le solia hablar Camila); y no quiero que precipitadamente corras à hacer alguna venganza, pues no está aún cometido el pecado, sino con pensamiento; y podria ser que desde éste, hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudáse el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento. Y así yá que en todo, ò en parte has seguido siempre mis consejos, sigue, y guarda uno, que ahora te daré,

pa-

para que sin engaño, y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos, ò tres dias, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay, y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad; y entonces verás por tus mismos ojos, y yo por los mios lo que Camila quiere: y si fuere la maldad que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad, y discrecion podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspenso, y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oir, porque yá tenia à Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y comenzaba à gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dixo: Tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad: en todo he seguido tu consejo: haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que vés que conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario, y en apartándose

de

de él, se arrepintió totalmente de quanto le habia dicho, viendo quán neciamente habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel, y tan deshonrado. Maldecia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabía qué medio tomarse para deshacer lo hecho, ò para darle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo à Camila; y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola; y ella así como vió que le podia hablar, le dixo: Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte, que parece que quiere rebentar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace: pues ha llegado la desvergüenza de Leonela à tanto, que cada noche encierra à un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia tan à costa de mi crédito, quanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir à horas tan inusitadas de mi casa: y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar, ni reñir: que el ser ella secretario de nuestros tratos me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos; y temo que de aquí ha de nacer

cer algun mal suceso. Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentirle que el hombre que habia visto salir era de Leonela, y no suyo; pero viéndola llorar, y afligirse, y pedirle remedio, vino à creer la verdad, y en creyéndola acabó de estár confuso, y arrepentido del todo. Pero con todo esto respondió à Camila, que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela. Díxole asimismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos habia dicho à Anselmo, y como estaba concertado de esconderse en la recámara, para vér desde allí à la clara la poca lealtad que ella le guardaba. Pidióle perdon de esta locura, y consejo para poder remediarla, y salir bien de tan revuelto laberinto, en que su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo, y muy discretas razones le riñó, y afeó su mal pensamiento, y la simple, y mala determinacion que habia tenido: pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien, y para el mal, mas que el varon, puesto que le vá faltando quando

do de propósito se pone à hacer discursos; luego al instante halló Camila el modo de remediar tan irremediable negocio al parecer; y dixo à Lotario, que procuráse que otro dia se escondiese Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado que en estando Anselmo escondido, él viniese quando Leonela le llamáse, y que à quanto ella le dixese, le respondiese, como respondiera, aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabáse de declarar su intencion, porque con mas seguridad, y aviso guardáse todo lo que viese ser necesario. Digo, dixo Camila, que no hay mas que guardar, sino responderme como yo os preguntáre: no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa de que no quisiese seguir el parecer que à ella tan bueno le parecia, y siguiese, ò buscáse otros, que no podian ser tan buenos. Con esto se fue Lotario; y Anselmo otro dia con la escusa de ir à aque-

aquella Aldea de su amigo, se partió, y volvió à esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila, y Leonela. Escondido, pues, Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por sus ojos hacer anatomia de las entrañas de su honra, se iva à pique de perder el sumo bien, que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras yá, y ciertas Camila, y Leonela, que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara; y apenas hubo puesto los pies en ella Camila, quando dando un grande suspíro, dixo: ¡Ay Leonela amiga! ¿no sería mejor que antes que llegáse à poner en execucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorvarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido, y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la pena de la agena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos, y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento à descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo, y en deshonra mia.

Pon-

Ponte, Leonela, à esa ventana, y llámale, que sin duda alguna él debe de estár en la calle esperando poner en efecto su mala intencion. Pero primero se pondrá la cruel, quanto honrada mia. ¡ Ay señora mia! respondió la sagaz, y advertida Leonela, ¿ y qué es lo que quieres hacer con esa daga? ¿ Quieres por ventura quitarte la vida, ò quitársela à Lotario? Qualquiera de estas cosas que quieras, ha de redundar en pérdida de tu crédito, y fama: mejor es que disimules tu agravio, y no dés lugar que este mal hombre entre ahora en casa, y nos halle solas. Mira, señora, que somos flacas mugeres, y él es hombre, y determinado; y como viene con aquel mal propósito ciego, y apasionado, quizá antes que tú pongas en execucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida. Mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar à este desuellacaras en su casa. Y yá, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿ qué hemos de hacer de él despues de muerto? Qué, amiga? respondió Camila, dexarémosle, para que Anselmo le entierre; pues será justo que tenga por descargo el trabajo que

que tomáre en poner debaxo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo à la lealtad que à mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y à cada palabra que Camila decia, se le mudaban los pensamientos. Mas quando entendió que estaba resuelta à matar à Lotario, quiso salir, y descubrirse, porque tal cosa no hiciese; pero detúvole el deseo de vér en qué paraba tanta gallardía, y honesta resolucion, con propósito de salir à tiempo que la estorvase. Tomóle en esto à Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba, comenzó Leonela à llorar muy amargamente, y à decir: ¡Ay desdichada, y miserable de mí, si fuese tan sin ventura, que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mugeres, y el exemplo de la castidad! con otras cosas à estas semejantes, que ninguno la escuchára, que no la tuviera por la mas lastimada, y leal doncella del mundo, y à su señora por otra nueva, y perseguida Penelope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en

sí

sí dixo : ¿ Porqué no vás, Leonela , à llamar al mas desleal amigo de amigos que vió el Sol, ò cubrió la noche? Acaba, corre , aguija , camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas , y maldiciones la justa venganza que espero. Yá voy à llamarle , señora mia , dixo Leonela ; mas hasme de dar primero esa daga , porque no hagas cosa en tanto que falto , que dexes con ella que llorar toda la vida à todos los que bien te quieren. Vé segura, Leonela amiga , que no haré , respondió Camila ; porque yá que sea atrevida , y simple à tu parecer en volver por mi honra , no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia , de quien dicen que se mató, sin haber cometido error alguno , y sin haber muerto primero à quien tuvo la culpa de su desgracia : yo moriré , si muero; pero ha de ser vengada , y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir à este lugar à llorar sus atrevimientos , nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese à llamar à Lotario ; pero en fin salió , y entretanto que volvia, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma : ¡Valga-

me Dios! ¿no fuera mas acertado haber despedido à Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como yá le he puesto, que me tenga por deshonesta, y mala siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda; pero no quedára yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan à manos lavadas, y tan à paso llano se volviera à salir de donde sus malos pensamientos le entraron. Pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo deseo. Sepa el mundo (si acaso llegáre à saberlo) que Camila, no solo guardó la lealtad à su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió à ofenderle. Mas con todo creo que fuera mejor dar cuenta de esto à Anselmo; pero yá se la apunté à dar en la carta que le escribí à la Aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé, debió de ser porque de puro bueno, y confiado no quiso, ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento, que contra su honra fuese; ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamás, si su insolencia no llegá-

gára à tanto, que las manifiestas dádivas, las largas promesas, y las contínuas lágrimas no me lo manifestáran. ¿Mas para qué hago yo ahora estos discursos? ¿Tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? No por cierto. Afuera, pues, traidor: aquí venganzas: éntre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el cielo me dió por mio, y limpia he de salir de él; y quando mucho saldré bañada de mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo. Y diciendo esto, se paseaba por la sala con la daga desambaynada, dando tan desconcertados, y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era muger delicada, sino un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detrás de unos tapices, donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y yá le parecia que lo que habia visto, y oído, era bastante satisfaccion para mayores sospechas, y yá quisiera que la prueba de venir Lotario faltára, temeroso de algun mal repentino suceso; y estando yá para manifestarse, y sa-

salir para abrazar, y desengañar à su esposa, se detuvo, porque vió que Leonela volvia con Lotario de la mano: y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante de ella, le dixo: Lotario, advierte lo que te digo: Si à dicha te atrevieres à pasar de esta raya que vés, ni aun llegar à ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga, que en las manos tengo: y antes que à esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradáre. Lo primero quiero, Lotario, que me digas si conoces à Anselmo mi marido, y en qué opinion le tienes; y lo segundo quiero saber tambien si me conoces à mí. Respóndeme à esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto que Camila le dixo que hiciese esconder à Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y así correspondió con su intencion tan discretamente, y tan à tiempo, que hicieran los dos pasar aquella mentira por mas que cierta ver-

dad:

dad : y así respondió à Camila de esta manera : No pensé yo (hermosa Camila) que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo : si lo haces por dilatarme la prometida merced , desde mas lexos pudieras entretenerla , porque tanto mas fatiga el bien deseado , quanto la esperanza está mas cerca de poseerlo : pero porque no digas que no respondo à tus preguntas , digo que conozco à tu esposo Anselmo , y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años ; y no quiero dexar de decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad por no hacerme testigo del agravio , que el amor hace que le haga , poderosa disculpa de mayores yerros. A tí te conozco , y tengo en la misma opinion que él te tiene ; que à no ser así , por menos prendas que las tuyas no habia yo de ir contra lo que debo à ser quien soy , y contra las santas leyes de la verdadera amistad , ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mí rompidas , y violadas. Si eso confiesas, respondió Camila , enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado : ¿ con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel

en quien tú te debieras mirar, para que vieras con quán poca ocasion le agravias? Pero yá caygo ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que à tí mismo te debes, que debe de haber sido alguna desemboltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuido de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quién recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no, dime: ¿quándo ¡ò traidor! respondí à tus ruegos con alguna palabra, ò señal, que pudiese despertar en tí alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿Quándo tus amorosas palabras no fueron deshechas, y reprehendidas de las mias con rigor, y con asperezas? ¿Quándo tus muchas promesas, y mayores dádivas fueron de mí creídas, ni admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme à mí la la culpa de tu impertinencia, pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado; y así quiero castigarme, y darme

la

la pena que tu culpa merece: y porque vieses, que siendo conmigo tan inhumana, no era posible dexar de serlo contigo, quise traherte à ser testigo del sacrificio que pienso hacer à la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco recato que he tenido de huir la ocasion, si alguna te dí para favorecer, y canonizar tus malas intenciones. Torno à decir que la sospecha que tengo que algun descuido mio engendró en tí tan desvariados pensamientos, es lo que mas me fatiga, y la que yo mas deseo castigar con mis propias manos; porque castigandome otro verdugo, quizá sería mas pública mi culpa: pero antes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero, y tengo, viendo allá donde quiera que fuere la pena que dá la justicia desinteresada, y que no se dobla, al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increible fuerza, y ligereza arremetió à Lotario con la daga desembaynada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho,

que casi él estuvo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas, ò verdaderas; porque le fue forzoso valerse de su industria, y de su fuerza, para estorvar que Camila no le diese; la qual tan vivamente fingia aquel estraño embuste, y falsedad, que por darle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre; porque viendo que no podia herir à Lotario, ò fingiéndolo, dixo: Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, à lo menos no será tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga: y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga, que Lotario la tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró, y escondió por mas arriba de la islilla del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dexó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela, y Lotario suspensos, y atónitos de tal suceso, y todavia dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo à Camila tendida en tierra, y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, despavorido, y sin aliento, à sacar la daga, y en vér la pequeña herida, salió del temor que hasta entónces tenia, y

de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia, y mucha discrecion de la hermosa Camila; y por acudir con lo que à él le tocaba, comenzó à hacer una larga, y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echándose muchas maldiciones, no solo à él, sino al que habia sido causa de haberle puesto en aquel término. Y como sabía que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas, que el que le oyera, le tuviera mucha mas lástima que à Camila, aunque por muerta la juzgára. Leonela la tomó en brazos, y la puso en el lecho, suplicando à Lotario fuese à buscar quien secretamente à Camila curáse; y pidióle asimismo consejo, y parecer de lo que dirian à Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese antes que estuviese sana. El respondió que dixesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo, que de provecho fuese; solo le dixo que procuráse tomarle la sangre, porque él se iba à donde gentes no le viesen: y con muestras de mucho dolor, y sentimiento se salió de casa; y quando se vió solo, y en parte donde nadie le veía, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila, y de los ade-

ma-

manes tan propios de Leonela. Consideraba quán enterado habia de quedar Anselmo de que tenia por muger à una segunda Porcia, y deseaba verse con él, para celebrar los dos la mentira, y la verdad mas disimulada, que jamás pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre à su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste; y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastáran à hacer creer à Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse à las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde, y de poco ánimo, pues le habia faltado el tiempo, que fuera mas necesario tenerle para quitarse la vida, que tan aborrecida tenia. Pedia consejo à su doncella, si diria, ò no todo aquel suceso à su querido esposo; la qual le dixo, que no se lo dixese, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho riesgo suyo; y que la buena muger estaba obligada à no dar ocasion à su marido à que riñese, sino à qui-

tar-

tarle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila que le parecia muy bien su parecer, y que ella le siguiria; pero que en todo caso convenia buscar que decir à Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podia dexar de vér. A la que Leonela respondia, que ella, ni aun burlando, sabía mentir. Pues yo, hermana, replicó Camila, ¿qué tengo de saber? que no me atreveré à forjar, ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida à esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena, señora: de aquí à mañana, respondió Leonela, pensaré lo que le digamos; y quizá por ser la herida donde es la podrás encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer à nuestros tan justos, y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mia: procura sosegar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada; y lo demás déxalo à mi cargo, y al de Dios, que siempre acude à los buenos deseos. Atentísimo habia estado Anselmo à escuchar, y vér representar la tragedia de la muerte de su honra,

la qual con tan estraños, y eficaces afectos la representaron los personages de ella, que pareció que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y ir à verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa, que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar, y comodidad à que saliese, y él sin perderla salió, y luego fue à buscar à Lotario, el qual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dixo, y las alabanzas que dió à Camila: todo lo qual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegria; porque se le representaba à la memoria quán engañado estaba su amigo, y quán injustamente él le agraviaba: y aunque Anselmo veía que Lotario no se alegraba, creía era por haber dexado à Camila herida, y haber él sido la causa. Y así entre otras razones le dixo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaba de concierto de encubrírsela à él; y que segun esto, no

ha-

habia de qué temer, sino que allí adelante se gozáse, y alegráse con él, pues por su industria, y medio él se veía levantado à la mas alta felicidad, que acertára à desearse; y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dixo que él por su parte ayudaria à levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado, que pudo haber en el mundo. El mismo llevaba por la mano à su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama. Recibíale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió à plaza la maldad con tanto artificio hasta allí encubierta; y à Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPITULO XXXV.

Donde se dá fin à la Novela del Curioso Impertinente, y se cuenta la brava y descomunal Batalla, que D. Quixote tuvo con unos cueros de vino.

POco mas quedaba por leer de la Novela, quando del camaranchon donde reposaba Don Quixote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo à voces: Acudid, señores, presto, y socorred à mi señor, que anda envuelto en la mas reñida, y travada batalla que mis ojos han visto. Vive Dios que ha dado una cuchillada al Gigante enemigo de la señora Princesa Micomicona, que le ha rajado la cabeza cercen à cercen, como si fuera un nabo. ¿Qué decís, hermano? dixo el Cura (dexando de leer lo que de la Novela quedaba): ¿estais en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el Gigante dos mil leguas de aquí? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quixote decia à voces: Tente, ladron, malandrin, follon, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra. Y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes; y dixo Sancho: No tienen que pararse à escuchar, sino en-

entren à despartir la pelea, ò ayudar à mi amo; aunque yá no será menester, porque sin duda alguna el Gigante está yá muerto, y dando cuenta à Dios de su pasada, y mala vida: que yo ví correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada, y caída à un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, dixo à esta sazon el Ventero, si Don Quixote, ò Don diablo, no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, que à su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre à este buen hombre. Y con esto entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron à Don Quixote en el mas estraño trage del mundo. Estaba en camisa, la qual no era tan cumplida, que por delante le acabáse de cubrir los muslos, y por detrás tenia seis dedos menos: las piernas eran muy largas, flacas, llenas de vello, y no nada limpias: tenia en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del Ventero: en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama, con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabía bien el por qué; y en la derecha desembaynada la espada, con la qual daba cuchilladas à

todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algun Gigante: y es lo bueno que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo, y soñando que estaba en batalla con el Gigante, que fue tan intensa la imaginacion de la aventura que iba à fenecer, que le hizo soñar que yá habia llegado al Reyno de Micomicon, y que yá estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el Gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino: lo qual visto por el Ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con Don Quixote, y à puño cerrado le comenzó à dar tantos golpes, que si Cardenio, y el Cura no se le quitáran, él acabára la guerra del Gigante; y con todo aquello no despertaba el pobre Caballero, hasta que el Barbero traxo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo qual despertó Don Quixote; mas no con tanto acuerdo que echáse de vér de la manera que estaba. Dorotea, que vió quán corto, y sutilmente estaba vestido, no quiso entrar à vér la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andaba Sancho

bus-

buscando la cabeza del Gigante por todo el suelo ; y como no la hallaba , dixo: Yá yo sé que todo lo de esta casa es encantamiento , que la otra vez en este mismo lugar donde ahora me hallo me dieron muchos mogicones, y porrazos , sin saber quién me los daba, y nunca pude vér à nadie ; y ahora no parece por aquí esta cabeza, que ví cortar con mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. ¿Qué sangre , ni qué fuentes dices, enemigo de Dios , y de sus Santos? dixo el Ventero. ¿ No vés, ladron , que la sangre, y la fuente no es otra cosa que estos cueros , que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento , que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó? No sé nada, respondió Sancho ; solo sé que vendré à ser tan desdichado , que por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi Condado, como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto , que su amo durmiendo : tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El Ventero se desesperaba de vér la flema del escudero , y el maleficio del señor , y juraba que no habia de ser como la vez pasada , que se le fueron sin pa-

gar; y que ahora no le habian de valer los privilegios de su Caballería para dexar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar à los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos à Don Quixote; el qual, creyendo que habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la Princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del Cura, diciendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta, y famosa señora, vivir de hoy mas segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura, y yo tambien de hoy mas soy quito de la palabra que os dí; pues con el ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo, y respiro, tan bien la he cumplido. ¿No lo dixe yo? dixo oyendo esto Sancho: Sí que no estaba yo borracho: mirad si tiene puesto yá en sal mi amo el Gigante: ciertos son los toros: mi Condado está de molde. ¿Quién no habia de reir con los disparates de los dos, amo, y mozo? Todos reian, sino el Ventero que se daba à Satanás. Pero en fin, tanto hicieron el Barbero, Cardenio, y el Cura, que con no poco trabajo dieron con Don Quixote en la cama; el qual se quedó dormi-

mido con muestras de grandísimo cansancio. Dexáronle dormir, y salieron al portal de la venta à consolar à Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del Gigante: aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al Ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros; y la Ventera decia en voz, y en grito: En mal punto, y en hora menguada entró en mi casa este Caballero Andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta. La vez pasada se fue con el costo de una noche de cena, cama, paja, y cebada para él, para su escudero, un rocin, y un jumento, diciendo que era Caballero Aventurero, que mala aventura le dé Dios à él, y à quantos Aventureros hay en el mundo; y que por esto no estaba obligado à pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la Caballería Andantesca: y ahora por su respeto vino estotro señor, y me llevó mi cola, y hámela vuelto con mas de dos quartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido: y por fin, y remate de todo, romper mis cueros, y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre. Pues

no se piense, que por los huesos de mi padre, y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un quarto sobre otro, ò no me llamaría yo como me llamo, ni sería hija de quien soy. Estas, y otras razones tales decia la Ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba, y de quando en quando se sonreía. El Cura lo sosegó todo, prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros, como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló à Sancho Panza, diciéndole que cada, y quando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al Gigante, le prometia, en viéndose pacífica en su Reyno, de darle el mejor Condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró à la Princesa que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del Gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba à la cintura; y que si no parecia, era porque todo quanto en aquella casa pasaba, era por via de encantamiento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dixo

xo que asi lo creía, y que no tuviese pena que todo se haría bien, y sucedería à pedir de boca. Sosegados todos, el Cura quiso acabar de leer la Novela, porque vió que faltaba poco: Cardenio, Dorotea, y todos los demás le rogaron la acabáse: él que à todos quiso dar gusto, y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento, que así decia:

Sucedió, pues, que por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta, y descuidada; y Camila de industria hacia mal rostro à Lotario, porque Anselmo entendiese al revés de la voluntad que le tenia: y para mas confirmacion de su hecho, pidió licencia Lotario para no venir à su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recibia; mas el engañado Anselmo le dixo, que en ninguna manera tal hiciese: y de esta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el que tenia Leonela de verse calificada para con sus amores llegó à tanto, que sin mirar à otra cosa se iba tras él à rienda suelta, fiada en que su señora la encubria,

y aun la advertia del modo que con poco rezelo pudiese ponerle en execucion. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar à vér quién los daba, sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso en mas voluntad de abrirla; y tanta fuerza hizo, que la abrió, y entró dentro, à tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana à la calle: y acudiendo con presteza à alcanzarle, ò conocerle, no pudo conseguir lo uno, ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él, diciéndole: Sosiégate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de aquí saltó, porque es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo; antes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir à Leonela, diciéndola que le dixése la verdad, si no, que la mataría. Ella con el miedo, sin saber lo que se decia, le dixo: No me mates, señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, si no muerta eres. Por ahora será imposible, dixo Leonela, segun estoy de turbada: déxame hasta mañana, que entonces sabrás de mí lo que te ha de admirar: y está seguro que

el

el que saltó por esta ventana es un mancebo de esta Ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que le pedia, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estár de su bondad tan satisfecho, y seguro; y así se salió del aposento, y dexó encerrada en él à Leonela, diciendo, que de allí no saldría hasta que le dixese lo que tenia que decirle. Fue luego à vér à Camila, y à decirla, como le dixo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas, y de mucha importancia. Si se turbó Camila, ò no, no hay para qué decirlo, porque fue tanto el temor, y espanto que cobró, creyendo verdaderamente, (y era de creer) que Leonela habia de decir à Anselmo todo lo que sabía de su poca fé, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salía falsa ò no: y aquella misma noche, quando le pareció que Anselmo dormia, juntó las majores joyas que tenia, y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida salió de casa, y se fue à la de Lotario, à quien contó lo que pasaba, y pidió que la pusiese en cobro, ò que se

ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso à Lotario fue tal, que no le sabía responder palabra, ni menos sabía resolverse en lo que haría. En fin acordó de llevar à Camila à un monasterio, en quien era Priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la destreza que el caso pedia la llevó Lotario, y la dexó en el Monasterio, y él asimismo se ausentó luego de la Ciudad, sin dar parte à nadie de su ausencia. Quando amaneció, sin echar de vér Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó, y fue à donde la habia dexado encerrada. Abrió, y entró en el aposento, pero no halló en él à Leonela; solo halló puestas unas sábanas añudadas à la ventana, indicio, y señal, que por allí se habia descolgado, è ido. Volvió luego muy triste à decirselo à Camila, y no hallándola en la cama, ni en toda la casa, quedó asombrado. Preguntó à los criados por ella; pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertó acaso, andando à buscar à Camila, que vió sus cofres abiertos, y que de ellos faltaban las mas de sus jo-

joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura: y así como estaba, sin acabarse de vestir, triste, y pensativo, fue à dar cuenta de su desdicha à su amigo Lotario; mas quando no le halló, y sus criados le dixeron, que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio. Y para acabar de concluir con todo, volviéndose à su casa, no halló en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenia, sino la casa desierta, y sola. No sabía qué pensar, qué decir, ni qué hacer, y poco à poco se iba volviendo el juicio. Contemplábase, y mirábase en un instante sin muger, sin amigo, y sin criados: desamparado à su parecer del cielo, que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin al cabo de una gran pieza à irse à la Aldea de su amigo, donde habia estado quando dió lugar à que se maquináse toda apuella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió à caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hubo andado la mitad, quando

aco-

acosado de sus pensamientos, le fue forzoso apearse, y atar su caballo à un arbol, à cuyo tronco se dexó caer, dando tiernos, y dolorosos suspiros; y allí se estuvo hasta que casi anochecia, y à aquella hora vió que venia un hombre à caballo de la Ciudad, y despues de haberle saludado, le preguntó ¿ qué nuevas habia en Florencia? El Ciudadano respondió: Las mas estrañas que muchos dias há se han oido en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia à San Juan, se llevó esta noche à Camila, muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el Gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto no sé puntualmente, cómo pasó el negocio; solo sé que toda la Ciudad está admirada de este suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha, y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban los dos amigos. ¿ Sábese por ventura, dixo Anselmo, el camino que llevan Lotario, y Camila? Ni por pienso, dixo el Ciudadano, puesto que el Gobernador ha

ha usado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vais, señor, dixo Anselmo. Con él quedeis, respondió el Ciudadano: y fuese.

Con tan desdichadas nuevas casi casi llegó à términos Anselmo, no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó à casa de su amigo, que aún no sabía su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido, y seco, entendió que de algun grave mal venía fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hízose así, y dexáronle acostado, y solo, porque él así lo quiso, y aun que le cerrasen las puertas. Viéndose, pues, solo, comenzó à cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció que se le iba acabando la vida; y así ordenó dexar noticia de la causa de su estraña muerte: y comenzando à escribir, antes que acabáse de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dexó la vida en las manos del dolor, que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era yá tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar à saber si pasaba adelante su indispo-

posicion, y hallóle tendido boca abaxo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mitad sobre el bufete, encima del qual estaba el papel escrito, y abierto, y él tenia aún la pluma en la mano. Llegóse el huésped à él habiéndole llamado primero; y travándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse, y congojóse en gran manera, y llamó à la gente de casa para que viesen la desgracia à Anselmo sucedida: y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el qual contenia estas razones:

Un necio, è impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren à los oidos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada à hacer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiciese: y pues yo fuí el fabricador de mi deshonra, no hay para que...............

Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de vér que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo à los parientes de Anselmo de su muerte; los quales

les yá sabian su desgracia, y el Monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar à su esposo en aquel forzoso viage, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese, que aunque se vió viuda, no quiso salir del Monasterio, ni menos hacer profesion de Monja, hasta que de allí à no muchos dias le vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla, que en aquel tiempo dió Mr. de Lautrech al Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Cordoba en el Reyno de Napoles, donde habia ido à parar el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profesion, y acabó en breves dias la vida à las rigurosas manos de tristezas, y melancolías. Este fue el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dixo el Cura, me parece esta Novela pero no me puedo persuadir que esto sea verdad: y si es fingido, fingió mal el Autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan, y una dama, pudiérase llevar; pero entre marido, y mu-

ger algo tiene de imposible: y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPITULO XXXVI.

Que trata otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

ESTANDO en esto, el Ventero, que estaba à la puerta de la venta, dixo: Esta, que viene, es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí, gaudeamus tenemos. ¿Qué gente es? dixo Cardenio. Quatro hombres, respondió el Ventero, vienen à caballo à la gineta, con lanzas, y adargas, y todos con antifaces negros, y juntos con ellos viene una muger vestida de blanco, en un sillon, asimismo cubierto el rostro, y otros dos mozos de à pie. ¿Vienen muy cerca? preguntó el Cura. Tan cerca, respondió el Ventero, que yá llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quixote: y casi no habian tenido lugar para esconderse, quando entraron en la venta todos los que el Ventero habia dicho; y apeandose los quatro de à caballo, que de muy gentil talle,

y

y disposicion eran, fueron à apear à la muger que en el sillon venía; y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba à la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna, solo que al sentarse la muger en la silla dió un profundo suspiro, y dexó caer los brazos como persona enferma, y desmayada: los mozos de à pie llevaron los caballos à la caballeriza. Viendo esto el Cura, deseoso de saber qué gente era aquella, que con tal trage, y tal silencio estaba, se fue donde paraban los mozos, y à uno de ellos le preguntó lo que saber deseaba: el qual respondió: Pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta; solo sé, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó à tomar en sus brazos à aquella señora que habeis visto: y esto dígolo porque todos los demás le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena, y manda. ¿Y la señora quién es? preguntó el Cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro; suspirar

sí

sí la he oído muchas veces, y dar unos gemidos, que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero, y yo no há mas de dos dias que los acompañamos; porque habiéndoles encontrado en el camino, nos rogaron, y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucia, ofreciéndose à pagarnóslo muy bien. ¿Y habeis oido nombrar à alguno de ellos? preguntó el Cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla; porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros, y sollozos de la pobre señora, que nos mueven à lástima; y sin duda tenemos creido que ella vá forzada donde quiera que vá: y segun se puede colegir por su hábito, ella es Monja, ò vá à serlo, que es lo mas cierto, y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el mongío, vá triste, como parece. Todo podria ser, dixo el Cura; y dexándolos, se volvió à donde estaba Dorotea, la qual, como habia oído suspirar à la embozada, movida de natural compasion, se llegó à ella, y la dixo: ¿Qué

mal

mal sentís, señora mia? Mirad si es alguno de que las mugeres suelen tener uso, y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. A todo esto callaba la lastimada señora; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavia se estaba en su silencio, hasta que llegó el Caballero embozado (que dixo el mozo que los demás obedecian), y dixo à Dorotea: No os canseis, señora, en ofrecer nada à esa muger, porque tiene por costumbre no agradecer cosa que por ella se hace; ni procureis que os responda, si no quereis oir alguna mentira de su boca. Jamás la dixe (dixo à esta sazon la que hasta allí habia estado callando), antes por ser tan verdadera, y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura: y de esto vos mismo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace à vos ser falso, y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara, y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quixote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz, dixo: ¡Valgame Dios! ¿Qué es esto que oygo? ¿Qué

voz es esta, que ha llegado à mis oidos? Volvió la cabeza à estos gritos aquella señora, toda sobresaltada; y no viendo quién las daba, se levantó en pie, y fuese à entrar en el aposento; lo qual visto por el Caballero, la detuvo, sin dexarla mover un paso. A ella con la turbacion, y desasosiego se le cayó el tafetan con que traía cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable, y un rostro milagroso, aunque descolorido, y asombrado; porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba la vista, con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juicio: cuyas señales, sin saber por qué las hacía, pusieron gran lástima en Dorotea, y en quantos la miraban. Teníala el Caballero fuertemente asida por las espaldas; y por estár tan ocupado en tenerla, no pudo acudir à alzarse el embozo, que se le caía, como en efecto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea (que abrazada con la señora estaba), vió que el que abrazada à sí mismo la tenia, era su esposo Don Fernando: y apenas le hubo conocido, quando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo, y tristísimo ay, se

dexó caer de espaldas desmayada; y à no hallarse allí junto el Barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el Cura à quitarla el embozo para echarle agua en el rostro; y así como la descubrió, la conoció Don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla: pero no porque dexáse con todo esto de tener à Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la qual habia conocido en el suspíro à Cardenio, y él habia conocido à ella. Oyó asimismo Cardenio el ay, que dió Dorotea quando se cayó desmayada; y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vió fue à Don Fernando, que tenia abrazada à Luscinda. Tambien Don Fernando conoció luego à Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio, y Dorotea quedaron mudos, y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos, y mirábanse todos, Dorotea à Don Fernando, Don Fernando à Cardenio, Cardenio à Luscinda, y Luscinda à Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fue Luscinda, hablando à Don Fer-

nando de esta manera: Dexadme, señor Don Fernando, por lo que debeis à ser quien sois, yá que por otro respeto no lo hagais, dexadme llegar al muro de quien yo soy yedra, y al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas, ni vuestras dádivas. Notad cómo el cielo por desusados, y à nosotros encubiertos caminos, me ha puesto à mi verdadero esposo delante: y bien sabeis por mil costosas experiencias, que solo la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria. Sean, pues, parte tan claros desengaños para que volvais (yá que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida; que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fé que le mantuve hasta el último trance de la vida. Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era: que viendo que Don Fernando aún no la dexaba de sus brazos, ni respondia à sus razones,

es-

esforzándose lo mas que pudo, se levantó, y fue à hincarse de rodillas à sus pies; y derramando mucha cantidad de hermosas, y lastimeras lágrimas, así le comenzó à decir:

Si yá no es, señor mio, que los rayos de este Sol, que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan, y ofuscan los de tus ojos, yá habrás echado de vér, que la que à tus pies está arrodillada, es la sin ventura (hasta que tú quieras), y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, à quien tú por tu bondad, ò por tu gusto quisiste levantar à la alteza de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los límites de la honestidad vivió vida tan contenta, hasta que à las voces de tus importunidades, y al parecer justos, y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato, y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de tí tan mal agradecida, qual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo à tí de la manera que te veo. Pero con todo esto no querria que cayése en tu imaginacion pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiendome traído solo los

del dolor, y sentimiento de verme de tí olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera, que aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dexes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa à la hermosura, y nobleza por quien me dexas, la incomparable voluntad que te tengo. Tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio; ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio: y mas facil será, si en ello miras, reducir tu voluntad à querer à quien te adora, que no encaminar la que te aborrece à que bien te quiera. Tú solicitaste mi escudo, tú rogaste à mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué à toda tu voluntad; no te queda lugar, ni acogida de llamarte à engaño. Y si esto es así, como lo es, y tú eres tan christiano como Caballero: ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por lo que soy, que soy tu verdadera, y legítima esposa, quiéreme à lo menos, y admiteme por tu esclava: que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa, y bien afortunada.

No permitas con dexarme, y desampararme, que se hagan, y junten corrillos en mi deshonra. No dés tan mala vejez à mis padres, pues no lo merecen los leales servicios, que como buenos vasallos à los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas, ò ninguna nobleza hay en el mundo, que no haya corrido por este camino; y que la que se toma de las mugeres no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: quanto mas que la verdadera nobleza consiste en la virtud; y si ésta à tí te falta negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con mas ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es, que quieras, ò no quieras, yo soy tu esposa: testigo son tus palabras, que no han, ni deben ser mentirosas, si yá es que te precias de aquello porque me desprecias: testigo será la firma que hiciste; y testigo el cielo, à quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias. Y quando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces, callando, en mitad de tus alegrias, volviendo por esta verdad que te

he dicho, y turbando tus mejores gustos, y contentos. Estas, y otras razones dixo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento, y lágrimas, que los mismos que acompañaban à Don Fernando, y quantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla Don Fernando sin replicarle palabra, hasta que ella dió fin à las suyas, y principio à tantos sollozos, y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion, y hermosura: y aunque quisiera llegarse à ella, y decirle algunas palabras de consuelo, no la dexaban los brazos de Don Fernando, que apretada la tenian; el qual lleno de confusion, y espanto, al cabo de un buen espacio, que atentamente estuvo mirando à Dorotea, abrió los brazos, y dexando libre à Luscinda, dixo: Venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dexó Don Fernando, iba à caer en el suelo; mas hallándose Cardenio allí junto, que à las espal-


T. II.
200

das de Don Fernando se habia puesto, porque no le conociese, pospuesto todo temor, y aventurado à todo riesgo, acudió à sostener à Luscinda; y cogiéndola entre sus brazos, le dixo: Si el piadoso cielo gusta, y quiere que yá tengas algun descanso, leal, firme, y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro que en estos brazos, que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron, quando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. A estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos; y habiendo comenzado à conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido, y sin tener cuenta à ningun honesto respeto, le echó los brazos al cuello; y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo: Vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño de esta vuestra cautiva, aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan à esta vida, que en la vuestra se sustenta. Estraño espectáculo fue este para Don Fernando, y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Pareciòle à Dorotea que Don Fernando habia perdído el color del rostro, y que hacía ade-

ademán de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano à ponerla en la espada; y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas, y teniéndole apretado, que no le dexaba mover; y sin cesar un punto de sus lágrimas le decia: ¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes à tus pies à tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ò te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ò si te convendrá querer levantar à igual à tí mismo à la que pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad, y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañados de licor amoroso, y el rostro, y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplíco, que este tan notorio desengaño, no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud, y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo, todo el tiempo que el cielo quisiere concedérseles; y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre, y noble pecho, y verá el mundo que

que tiene consigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada à Luscinda, no quitaba los ojos de Don Fernando, con determinacion que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse, y ofender como mejor pudiese à todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costáse la vida: pero à esta sazon acudieron los amigos de Don Fernando, el Cura, y el Barbero, que à todo habian estado presentes, sin que faltáse el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban à Don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea; y que siendo verdad, como sin duda ellos creían que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedáse defraudada en sus tan justas esperanzas: que considerase que no acaso, como parecia, sino con particular providencia del cielo, se habian todos juntado en el lugar donde menos ninguno pensaba: que advirtiese, dixo el Cura, que sola la muerte podia apartar à Luscinda de Cardenio: que aunque los dividiesen filos de aguda espada, ellos tendrian por felicísima su muerte: que en

los casos irremediables era suma cordura, forzándose, y venciéndose à sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el cielo yá les habia concedido: que pusiese los ojos asimismo en la beldad de Dorotea, y vér yá que pocas, ò ninguna podian igualar, quanto mas hacerle ventaja; y que juntáse à su hermosura su humildad, y el extremo del amor que le tenia: y sobre todo advirtiese que si se preciaba de Caballero, y de christiano, que no podia hacer otra cosa que cumplirle la palabra dada: y que cumpliéndosela, cnmpliria con Dios, y satisfaria à las gentes discretas, las quales saben, y conocen que es prerrogativa de la hermosura, aunque esté en sugeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse, è igualarse à qualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la levanta, è iguala à sí mismo: y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efecto à estas razones añadieron todos otras tales, y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernan-

nando, en fin, como alimentado con ilustre sangre, se ablandó, y se dexó vencer de la verdad, que él no pudiera negar, aunque quisiera: y la señal que dió de haberse rendido, y entregado al bien parecer que se le habia propuesto, fue baxarse, y abrazar à Dorotea, diciéndola: Levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada à mis pies la que yo tengo en mi alma: y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del cielo, para que viendo yo en vos la fé con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego es, que no me reprehendais mi mal término, y mi mucho descuido, pues la misma ocasion, y fuerza que me movió para aceptaros por mia, esa misma me impelió para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, volved, y mirad los ojos de la yá contenta Luscinda, y en ellos hallareis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló, y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura, y contenta luengos, y felices años con su Cardenio, que yo rogaré al cielo que me los dexe vivir con mi Dorotea. Y diciendo esto, la tor-

nó à abrazar, y à juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fue necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor, y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda, y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron à derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun grave, y mal acaso à todos habia sucedido. Hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dixo que no lloraba él sino por vér que Dorotea no era, como él pensaba, la Reyna Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos; y luego Cardenio, y Luscinda se fueron à poner de rodillas ante Don Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que Don Fernando no sabía que responderles; y así los levantó, y abrazó con muestras de mucho amor, y mucha cortesía. Preguntó luego à Dorotea le dixese ¿cómo habia venido à aquel Lugar tan lexos del suyo? Ella con breves, y discretas razones contó lo que antes

tes habia referido à Cardenio; de lo qual gustó tanto Don Fernando, y los que con él venian, que quisieran que duràra el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y así como hubo acabado, dixo Don Fernando lo que en la Ciudad le habia acontecido, despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser suya: añadió que la quiso matar, y lo hiciera, si de sus padres no fuera impedido; y que así se salió de su casa despechado, y corrido con determinacion de vengarse con mas comodidad: y que otro dia supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se habia ido; y que en resolucion al cabo de algunos meses vino à saber como estaba en un Monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio: y que así como lo supo, escogiendo para su compañia aquellos tres Caballeros, vino al Lugar donde estaba, à la qual no habia querido hablar, temeroso que en sabiendo que él estaba allí, habia de haber mas guarda en el Monasterio: y así aguar-

dan-

dando un dia à que la porteria estuviese abierta, dexó à los dos à la guarda de la puerta, y él con otro habian entrado en el Monasterio buscando à Luscinda, à la qual hallaron en el claustro hablando con una Monja; y arrebatándola, sin darle lugar à otra cosa, se habia venido con ella à un Lugar, donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traerla: todo lo qual habian podido hacer bien à su salvo por estár el Monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo: y últimamente dixo que así como Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos; y que despues de vuelta en sí, no habia hecho otra cosa sino llorar, y suspirar, sin hablar palabra alguna; y que así acompañados del silencio, y lágrimas, habian llegado à aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan, y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPITULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

TOdo esto escuchaba Sancho con no poco dolor de su ánima, viendo que se le desparecian, è iban en humo las esperanzas de su dictado, y que la linda Princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el Gigante en Don Fernando, y su amo se estaba durmiendo à sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseía: Cardenio estaba en el mismo pensamiento; y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida, y haberle sacado de aquel intrincado laberinto, donde se hallaba tan à pique de perder el crédito, y el alma: y finalmente quantos en la venta estaban, estaban contentos, y gozosos del buen suceso que habian tenido con tan travados, y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el Cura, como discreto, y à cada uno daba el parabien del bien alcan-

zado; pero quien mas se jubilaba, y contentaba era la Ventera por la promesa que Cardenio, y el Cura le habian hecho de pagarle todos los daños, è intereses que por cuenta de Don Quixote le hubiesen venido. Solo Sancho, como yá se ha dicho, era el afligido, el desventurado, y el triste; y así con melancólico semblante entró à su amo, el qual acababa de despertar, à quien dixo: Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar à ningun Gigante, ni de volver à la Princesa su Reyno, que yá todo está hecho, y concluido. Eso creo yo bien, respondió Don Quixote, porque he tenido con el Gigante la mas descomunal, y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un revés, zas, le derribé la cabeza en el suelo; y fue tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho, porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el Gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerra-

ba

ba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llevólo todo Satanás. ¿Qué es lo que dices, loco? replicó Don Quixote: ¿estás en tu seso? Levántese vuestra merced, dixo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá à la Reyna convertida en una dama particular, llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me maravillaria de nada de eso, replicó Don Quixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dixe yo que todo quanto aquí sucedia eran cosas de encantamiento, y no sería mucho que ahora fuese lo mismo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa de ese jaez; mas no lo fue, sino real, y verdaderamente: y ví yo que el Ventero, que aquí está hoy dia, tenia del un cabo de la manta, y me empujaba hácia el cielo con mucho donayre, y brio, y con tanta risa como fuerza; y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple, y pecador, que no hay encantamiento alguno, sino mucho molimiento, y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dixo Don

Quixote: dame de vestir, y déxame salir allá fuera, que quiero vér los sucesos, y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestía contó el Cura à Don Fernando, y à los demás las locuras de Don Quixote, y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estár por desdenes de su señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron, y rieron, por parecerles, lo que à todos parecia, ser el mas estraño género de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dixo mas el Cura, que pues yá el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su designio adelante, que era menester inventar, y hallar otro para poderle llevar à su tierra. Ofrecióse Cardenio à proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria, y representaria la persona de Dorotea. No, dixo Don Fernando, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy lexos de aquí el Lugar de este buen Caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. No está mas de dos jornadas de aquí, dixo el Cura. Pues aunque

que estuviera mas, respondió Don Fernando, gustára yo de caminarlas à trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto Don Quixote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela, y arrimado à su tronco, ò lanzon. Suspendió à Don Fernando, y à los demás la estraña presencia de Don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco, y amarillo, la desigualdad de sus armas; y su mesurado continente; y estuvieron callando hasta vér lo que él decia, el qual con mucha gravedad, y reposo, puesto los ojos en la hermosa Dorotea, dixo:

Estoy informado (hermosa señora) de este mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro sér se ha deshecho, porque de Reyna, y gran señora, que soliades ser, os habeis vuelto en una particular doncella: si esto ha sido por órden del Rey Nigromante vuestro padre, temeroso de que yo no os diese la necesaria, y debida ayuda, digo que no supo, ni sabe de la Misa la media, y que fue poco versado en las historias Caballerescas; porque si él las hubiera leído, y pasado tan atentamente, y con tanto es-

pacio como yo las pasé, y leí, hallára à cada paso como otros Caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas dificultosas, no siéndolo mucho matar à un gigantillo, por arrogante que sea; porque no há muchas horas que yo me ví con él: y quiero callar, porque no me digan que miento; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá quando menos lo pensemos. Vos os visteis con dos cueros, que no con un Gigante, dixo à esta sazon el Ventero; al qual mandó Don Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de Don Quixote en ninguna manera; y Don Quixote prosiguió diciendo: Digo en fin, alta, y desheredada señora, que si por la causa que he dicho vuestro padre ha hecho este metamorfoseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno; porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no abra camino mi espada, con la qual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré à vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dixo mas Don Quixote, y esperó à que la Princesa le respondiese; la qual, como yá sabía la determinacion de Don Fernando, de que se pro-

si-

siguiese adelante en el engaño hasta llevar à su tierra à Don Quixote, con mucho donayre, y gravedad le respondió: Quien quiera que os dixo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado, y trocado de mi sér, no os dixo lo cierto, porque la misma que ayer fui me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dexado de ser la que antes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso, è invencible brazo, que siempre he tenido. Así que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido, y prudente, pues con su ciencia halló camino tan facil, y tan verdadero para remediar mi desgracia; que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertára à tener la ventura que tengo: y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos de ella los mas de estos señores que están presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque yá hoy se podrá hacer poca jornada, y

en lo demás del buen suceso que espero, lo dexaré à Dios, y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea; y en oyéndolo Don Quixote, se volvió à Sancho, y con muestras de mucho enojo le dixo: Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor vellacuelo que hay en España. Dime, ladron, vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora que esta Princesa se habia vuelto en una doncella, que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté à un Gigante, era la puta que te parió, con otros disparates, que me pusieron en la mayor confusion que jamás he estado en todos los dias de mi vida? Voto (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en tí, que ponga sal en la mollera à todos quantos mentirosos escuderos hubiere de Caballeros Andantes de aquí adelante en el mundo. Vuestra merced se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca à la mutacion de la señora Princesa Micomicona; pero en lo que toca à la cabeza del Gigante, ò à lo menos à la horadacion de los cueros, y à lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios; por-

porque los cueros allí están heridos à la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y si no, al freir de los huevos lo verá: quiero decir que lo verá quando aquí su merced el señor Ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demás de que la señora Reyna se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me vá mi parte, como à cada hijo de vecino. Ahora yo te digo, Sancho, dixo D. Quixote, que eres un mentecato; y perdóname, y basta. Basta, dixo Don Fernando, y no se hable mas en esto; y pues la señora Princesa dice, que se camine mañana, porque yá hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion, hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor Don Quixote, porque queremos ser testigos de las valerosas, è inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso de esta grande empresa, que à su cargo lleva. Yo soy el que tengo de serviros, y acompañaros, respondió Don Quixote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene; la qual procuraré que salga verdadera, ò me

me costará la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento, y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quixote, y Don Fernando; pero à todo puso silencio un pasagero, que en aquella sazon entró en la venta; el qual en su trage mostraba ser Christiano recien venido de tierra de Moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas, y sin cuello: los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color: trahía unos borceguíes datilados, y un alfange morisco puesto en un tahalí, que atravesaba en el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento una muger à la morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeza: trahía un bonetillo de brocado; y vestia una almalafa, que desde los hombros à los pies la cubria. Era el hombre de robusto, y agraciado talle, de edad de poco mas de quarenta años, algo moreno de rostro, largo de vigotes, y la barba muy bien puesta: en resolucion él mostraba en su postura que si estuviera bien vestido, le juzgáran por persona de calidad, y bien nacida. Pidió en entrando un aposento;

y

y como le dixeron que en la venta no le habia, mostró recibir pesadumbre; y llegándose à la que en el trage parecia Mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la Ventera, su hija, y Maritornes, llevadas del nuevo, y para ellas nunca visto trage, rodearon à la Mora: y Dorotea, que siempre fue agraciada, comedida, y discreta, pareciendole que así ella, como el que la trahía, se congojaban por la falta del aposento, le dixo: No os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustáredes de pasar con nosotras, señalando à Luscinda, quizá en el discurso de este camino habreis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada à esto la emboza- da, ni hizo otra cosa que levantarse de donde se habia sentado; y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser Mora, y que no sabía hablar christiano. Llegó en esto el Cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces habia es-

estado; y viendo que todas tenian cercada à la que con él venía, y que ella à quanto le decian callaba, dixo: Señoras mias, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna, sino conforme à su tierra, y por esto no debe de haber respondido, ni responde à lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecerle por esta noche nuestra compañia, y parte del lugar donde nos acomodáremos, en el qual se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga à servir à todos los estrangeros que de ello tuvieren necesidad, especialmente siendo muger à quien se sirve. Por ella, y por mí, respondió el Cautivo, os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho, y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de vér que ha de ser muy grande. Decidme, señor, dixo Dorotea, ¿esta señora es Christiana, ò Mora? Porque el trage, y el silencio nos hace pensar que es lo que no querriamos que fuese. Mora es en el trage, y en el cuerpo; pero en el alma es muy grande

Chris-

Christiana, respondió el Cautivo, porque tiene grandísimos deseos de serlo. ¿Luego no es bautizada? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondió el Cautivo, despues que salió de Argel, su patria, y tierra, y hasta ahora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligáse à bautizarla, sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra Madre la Santa Iglesia manda: pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su hábito, y el mio. Estas razones pusieron gana en todos los que escuchándole estaban de saber quién fuese la Mora, y el Cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entónces, por vér que aquella sazon era mas para procurarles descanso, que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano, y la llevó à sentar junto à sí, y le rogó que se quitáse el embozo. Ella miró al Cautivo, como si le preguntára le dixese lo que decian, y lo que ella haría. El en lengua Arábiga, le dixo que le pedian se quitáse el embozo, y que lo hiciese; y así se lo quitó, y descubrió un rostro tan hermoso,

que

que Dorotea la tuvo por mas hermosa que à Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que à Dorotea, y todos los circunstantes conocieron que si alguna se podria igualar al de las dos, era el de la Mora, y aún hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerrogativa, y gracia de reconciliar los ánimos, y atraher las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir, y acariciar à la hermosa Mora. Preguntó Don Fernando al Cautivo, ¿cómo se llamaba la Mora? El qual respondió que Lela Zorayda. Y así como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al Christiano, y dixo con mucha priesa, llena de congoja, y donayre: No, no Zorayda, Maria, Maria; dando à entender que se llamaba Maria, y no Zorayda. Estas palabras, y el grande afecto con que la Mora las dixo hicieron derramar mas de una lágrima à algunos de los que la escucharon, especialmente à las mugeres, que de su naturaleza son tiernas, y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndola: Sí, sí, Maria, Maria: à lo qual respondió la Mora: Sí, sí, Maria; Zorayda macange: que quiere decir, no.

Yá

Yá en esto serian las quatro de la tarde, y por órden de los que venian con Don Fernando habia el Ventero puesto diligencia, y cuidado en aderezarles de merendar lo mejor que à él le fuese posible. Llegada, pues, la hora, sentáronse todos à una larga mesa, como de tinelo, porque no la habia redonda, ni quadrada en la venta, y dieron la cabecera, y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, à Don Quixote, el qual quiso que estuviese à su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentaron Luscinda, y Zorayda, y frontero de ellas Don Fernando, y Cardenio, y luego el Cautivo, y los demás Caballeros, y al lado de las señoras el Cura, y el Barbero; y así cenaron con mucho contento, y acrecentóseles mas, viendo que dexando de comer Don Quixote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió à hablar tanto como habló quando cenó con los Cabreros, comenzó à decir: Verdaderamente, si bien se considera, señores mios, grandes, è inauditas cosas vén los que profesan la órden de la Andante Caballería. Si no, ¿quál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta de este castillo entrá-

trára, y de la suerte que estamos nos viere, que juzgue, y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora, que está à mi lado, es la gran Reyna, que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura, que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar sino que este arte, y exercicio excede à todas aquellas, y aquellos que los hombres inventaron; y tanto mas se ha de tener en estima, quanto à mas peligros está sujeto. Quítenseme de delante los que dixeren que las letras hacen ventaja à las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que se dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y à lo que ellos mas se atienen es, que los trabajos del espíritu exceden à los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se exercitan, como si fuese su exercicio oficio de ganapanes, para el qual no es menester mas que buenas fuerzas; ò como si en esto, que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los quales piden para executarlos mucho entendimiento; ò como si no trabajáse el ánimo del guerrero, que tiene à su cargo un

un exército, ò la defensa de una Ciudad sitiada, así con el espíritu, como con el cuerpo. Si no, vease si se alcanza con las fuerzas corporales à saber, y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo, pues, así que las armas requieren espíritu, como las letras, ¿veamos ahora quál de los dos espíritus, el del letrado, ò el del guerrero, trabaja mas? Y esto se vendrá à conocer por el fin, y paradero à que cada uno se encamina; porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin, y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar, y encaminar las almas al cielo, que à un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar): hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar à cada uno lo que es suyo, entender, y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso, alto, y digno de grande alabanza; pero no de

tanta como merece aquel à que las armas atienden; las quales tienen por objeto, y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los Angeles la noche que fue nuestro dia, quando cantaron en los ayres: Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra à los hombres de buena voluntad: y la salutacion que el mejor Maestro de la tierra, y del cielo enseñó à sus allegados, y favorecidos, fue decirles que quando entrasen en alguna casa dixesen: Paz sea en esta casa; y otras muchas veces les dixo: Mi paz os doy, mi paz os dexo, paz sea con vosotros: bien como joya, y prenda dada, y dexada de tal mano: joya, que sin ella en la tierra, ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo mismo es decir armas que guerra. Presupuesta, pues, esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora à los trabajos del cuerpo del letrado, y al del profesor de las armas, y vease quáles son mayores. De tal mane-

nera, y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quixote, que obligó que por entónces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviese por loco; antes como todos los mas eran Caballeros, à quien son anexas las armas, le escuchaban de muy buena gana; y él prosiguió diciendo: Digo, pues, que los trabajos del estudiante son estos. Principalmente pobreza (no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser); y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia mas que decir de su mala ventura; porque quien es pobre, no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, yá en hambre, yá en frio, yá en desnudez, yá en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar à la sopa; y no les falta algun ageno brasero, ò chimenea, que si no calienta, à lo menos entibia su frio; y en fin por la noche duermen debaxo de cubierto. No quiero llegar à otras menudencias, conviene à sa-

saber, de la falta de camisas, y no sobra de zapatos, la ralidad, y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto quando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino, que he pintado, áspero, y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando à caer acá, llegan al grado que desean; el qual alcanzado, à muchos hemos visto (que habiendo pasado por estas Sirtes, y por estas Scilas, y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna) digo que los hemos visto mandar, y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas, y damascos: premio justamente merecido de su virtud. Pero contrapuestos, y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atras en todo, como ahora diré.

CAPITULO XXXVIII.

Que trata del curioso discurso que hizo Don Quixote de las Armas, y las Letras.

PRosiguiendo Don Quixote, dixo: Pues co-

comenzamos en el estudiante por la pobreza, y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza; porque está atenido à la miseria de su paga, que viene, ò tarde, ò nunca, ò à lo que garveáre por sus manos, con notable peligro de su vida, y de su conciencia: y à veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala, y de camisa; y en la mitad del Invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacio, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues aguardad que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda; la qual, sino es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella à su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas: lléguese, pues, à todo esto el dia, y la hora de recibir el grado de su exercicio: lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas, para curarle al-

gun valazo, que quizá le habrá pasado las sienes, ò le dexará estropeado de brazo, ò pierna: y quando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde, y conserve sano, y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno, y otro reencuentro, una, y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, quán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella. Sin duda habeis de responder, que no tienen comparacion, ni se pueden reducir à cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse. Así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero à esto se puede responder, que es mas facil premiar à dos mil letrados, que à treinta mil soldados; porque aquellos se premian con darles oficios, que por fuerza se han de dar à los de su profesion, y à estos no se

pue-

puede premiar sino con la misma hacienda del señor à quien sirven; y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dexemos esto à parte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos à la preeminencia de las armas con las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada uno de su parte alega: y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes, y está sujeta à ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que son letras, y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas; porque con las armas se defienden las Repúblicas, se conservan los Reynos, se guardan las Ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios: y finalmente, si por ellas no fuese, las Repúblicas, los Reynos, las Monarquías, las Ciudades, los caminos de mar, y tierra estarian sujetos al rigor, y à la confusion, que trae consigo la guerra, el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios, y de sus fuerzas. Y es razon averiguada, que aquello que mas cuesta, se

estima, y debe estimar en mas. Alcanzar alguno à ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudéz, vahidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas à estas adherentes, que en parte yá las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos à ser buen soldado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque à cada paso está à pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad, y pobreza puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta, ò guarda en algun rebellin, ò caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia à su Capitan de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo, temiendo, y esperando quándo improvisamente ha de subir à las nubes sin alas, y baxar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala, ò hace ventaja el de embestirse dos galeras por

las

las proas en mitad del mar espacioso, las quales enclavijadas, y travadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos pies de tabla del espolon; y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte, que le amenazan, quantos cañones de artilleria se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza; y viendo que al primer descuido de los pies irá à visitar los profundos senos de Neptuno; con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone à ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al baxél contrario. Y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caído, donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, quando otro ocupa su mismo lugar: y si éste tambien cae en el mar, que como à enemigo le aguarda, otro, y otro le succede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía, y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, à cuyo inventor tengo para mí que

en

en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la qual dió causa à que un infame, y cobarde brazo quite la vida à un valeroso Caballero, y que sin saber cómo, ò por donde en la mitad del corage, y brio, que enciende, y aníma à los valientes pechos, llega una desmandada vala (disparada de quien quizá huyó, y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina), corta, y acaba en un instante los pensamientos, y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y así considerando esto, estoy por decir, que en el alma me pesa de haber tomado este exercicio de Caballero Andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos: porque aunque à mí ningun peligro me pone miedo, todavia me pone rezelo pensar si la pólvora, y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso, y conocido por el valor de mi brazo, y filos de mi espada por todo el descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto à mayores peligros me he puesto, que se pusieron los Caballeros Andantes de

de los pasados siglos. Todo este largo preámbulo dixo Don Quixote en tanto que los demás cenaban, olvidándose de llevar bocado à la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza que cenáse, que despues habia lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian sobrevino nueva lástima de vér que un hombre, que al parecer tenia buen entendimiento, y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra, y pizmienta Caballería. El Cura le dixo que tenia mucha razon en todo quanto habia dicho en favor de las armas; y que él, aunque letrado, y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de merendar, levantaron los manteles, y entretanto que la Ventera, su hija, y Maritornes aderezaban el camaranchon de Don Quixote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mugeres solas en él se recogiesen, Don Fernando rogó al Cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podia ser sino que fuese peregrino, y gustoso, segun las muestras que habia comenzado à dar, viniendo en compañia de

Zorayda. A lo qual respondió el Cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia que el cuento no habia de ser tal, que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso, por no faltar en obedecerle, lo contaria. El Cura, y todos los demás lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron: y él viéndose rogar de tantos, dixo que no eran menester ruegos à donde el mandar tenia tanta fuerza: y así estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, à quien podrá ser que no lleguen los mentirosos, que con curioso, y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dixo, hizo que todos se acomodasen, y le prestasen un grande silencio; y él viendo que yá callaban, y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable, y reposada comenzó à decir de esta manera.

CAPITULO XXXIX.

Donde el Cautivo cuenta su vida, y sucesos.

EN un Lugar de las Montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fue mas agradecida, y liberal la naturaleza, que

que la fortuna, aunque en la estrechez de aquellos Pueblos todavia alcanzaba mi padre fama de rico; y verdaderamente lo fuera, si así se diera maña à conservar su hacienda, como se la daba en gastarla: y la condicion que tenia de ser liberal, y gastador le procedió de haver sido soldado los años de su juventud: que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo; y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se vén raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado, y que tiene hijos, que le han de succeder en el nombre, y en el sér. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones, y todos de edad de poder elegir estado. Viendo, pues, mi padre, que segun él decia, no podia irse à la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento, y causa que le hacía gastador, y dadivoso, que fue privarse de la hacienda, sin la qual el mismo. Alexandro pareciera estrecho. Y así llamándonos un dia à todos tres à solas en un aposento, nos dixo unas razones semejantes à las que aho-
ra

ra diré: Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber, y decir que sois mis hijos; y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy à la mano en lo que toca à conservar vuestra hacienda. Pues para que entendais desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que há muchos dias que la tengo pensada, y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais yá en edad de tomar estado, ò à lo menos de elegir exercicio tal, que quando mayores os honre, y aproveche: y lo que he pensado es hacer de mi hacienda quatro partes: las tres os daré à vosotros à cada uno lo que le tocáre, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo para vivir, y sustentarme los dias que el cielo fuere servido darme de vida. Pero querria, que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, à mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves, sacadas de la luenga, y discreta experiencia, y el que yo digo, dice

ce: Iglesia, ò mar, ò casa Real; como si mas claramente dixera: Quien quisiere valer, y ser rico siga à la Iglesia, ò navegue, exercitando el arte de la mercancía, ò entre à servir à los Reyes en sus casas, porque dicen: Mas vale migaja de Rey: que merced de Señor. Digo esto, porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al Rey en la guerra, pues es dificultoso entrar à servirle en su casa; que yá que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor, y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo vereis por la obra, decidme ahora si quereis seguir mi parecer, y consejo en lo que os he propuesto. Y mandándome à mí, por ser el mayor, que respondiese, despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastáse todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla; vine à concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el exercicio de las armas, sirviendo en él à Dios, y à mi Rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimien-

mientos, y escogió el irse à las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y à lo que yo creo el mas discreto, dixo que queria seguir la Iglesia, ò irse à acabar sus comenzados estudios à Salamanca. Así como acabamos de concordarnos, y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abrazó à todos, y con la brevedad que dixo, puso por obra quanto nos habia prometido, dando à cada uno su parte, que à lo que se me acuerda fueron à cada uno tres mil ducados en dinero, pues un nuestro tio compró toda la hacienda, y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa. En un mismo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre; y en aquel mismo, pareciéndome à mí ser inhumanidad que mi padre quedáse viejo, y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomáse los dos mil ducados, porque à mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi exemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que à mi padre le quedaron quatro mil en dineros, y mas tres mil, que à lo que parece valia la hacienda que

le

le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raíces. Digo en fin que nos despedimos de él, y de aquel nuestro tio, que he dicho, no sin mucho sentimiento, y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber, todas las veces que hubiese comodidad para ello, nuestros sucesos prósperos, ò adversos. Prometímosselo; y abrazándonos, y echándonos su bendicion, el uno tomó el viage de Salamanca, el otro el de Sevilla, y yo el de Alicante, à donde tuve nuevas que habia una nave Genovesa, que cargaba allí lana para Génova. Este año hará veinte y dos que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido de él, ni de mis hermanos nueva alguna: y lo que en este discurso de tiempo he pasado, lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante: llegué con próspero viage à Génova: fui desde allí à Milan, donde me acomodé de armas, y de algunas galas de Soldado, y de allí quise ir à asentar mi plaza al Piamonte; y estando yá de camino para Alexandría de la Palla, tuve nuevas que el gran Duque de Alba pasaba à Flandes. Mudé propósito:

fuime con él: servíle en las jornadas que hizo: halléme en la muerte de los Condes de Eguemon, y de Hornos: alcancé à ser Alferez de un famoso Capitan de Guadalaxara, llamado Diego de Urbina: y al cabo de algun tiempo que llegué à Flandes se tuvo nueva de la liga que la Santidad del Papa Pio Quinto, de felice recordacion, habia hecho con Venecia, y España contra el enemigo comun, que es el Turco; el qual en aquel mismo tiempo habia ganado con su armada la famosa Isla de Chipre, que estaba baxo el dominio de los Venecianos: pérdida lamentable, y desdichada. Súpose cierto que venía por General de esta liga el Serenísimo Don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey Don Felipe: dibulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacía: todo lo qual me incitó, y conmovió el ánimo, y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y aunque tenia barruntos, y casi premisas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese sería promovido à Capitan, lo quise dexar todo, y venirme, como me vine, à Italia: y quiso mi buena suerte que el señor Don Juan de Austria acababa de llegar à Génova,

que

que pasaba à Nápoles à juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin que yo me hallé en aquella felicísima jornada yá hecho Capitan de Infantería, à cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte mas que mis merecimientos: y aquel dia, que fue para la Christiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo, y todas las Naciones del error en que estaban, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar: en aquel dia, digo, donde quedó el orgullo, y soberbia Otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo, porque mas ventura tuvieron los Christianos que allí murieron, que los que vivos, y vencedores quedaron, yo solo fui el desdichado; pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los Romanos siglos, alguna naval corona, me ví aquella noche, que siguió à tan famoso dia, con cadenas à los pies, y esposas à las manos; lo que sucedió de esta suerte. Habiendo el Uchalí, Rey de Argel, atrevido, y venturoso corsario, embestido, y rendido la Capitana de Malta, que solos tres Caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la Capitana de

Juan Andrea à socorrerla, en la qual yo iba con mi Compañia; y haciendo lo que debia en ocasion semejante, salté en la galera contraria, la qual desviándose de la que le habia embestido, estorvó que mis Soldados me siguiesen; y así me hallé solo entre mis enemigos, à quien no pude resistir por ser tantos: en fin me rindieron, lleno de heridas; y como yá habeis, señores, oído decir que el Uchalí se salvó con toda su esquadra, vine yo à quedar cautivo en su poder, y solo fui el triste entre tantos alegres, y el Cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil Christianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la Turquesa armada. Leváronme à Constantinopla, donde el Gran Turco Selin hizo General de la mar à mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el Estandarte de la Religion de Malta. Halléme en el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la Capitana de los tres fanales: ví, y noté la ocasion, que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada Turquesa; porque todos los Leventes, y

Genízaros, que en ella venian, tuvieron por cierto que les habian de embestir dentro del mismo puerto, y tenian à punto su ropa, y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado à nuestra armada. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa, ni descuido del General, que à los nuestros regía, sino por los pecados de la Christiandad, y porque quiere, y permite Dios que tengamos siempre verdugos, que nos castiguen. En efecto, el Uchalí se recogió à Modon, que es una Isla que está junto à Navarino; y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo hasta que el señor Don Juan se volvió. En este viage se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era Capitan un hijo de aquel famoso corsario Barba Roxa: tomóla la Capitana de Nápoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los Soldados, por aquel venturoso, y jamás vencido Capitan Don Alvaro de Bazan, Marques de Santa Cruz. Y no quiero dexar de decir lo que sucedió en la presa de Presa. Era tan cruel el hijo

de Barba Roxa, y trataba tan mal à sus Cautivos, que así como los que venian al remo vieron que la galera Loba les iba entrando, y que los alcanzaba, soltaron todos à un tiempo los remos, y asieron de su Capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco de popa à proa, le dieron tantos bocados, que à poco mas que pasó del arbol, yá habia pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian. Volvimos à Constantinopla, y el año siguiente, que fue el de setenta y tres, se supo en ella como el señor Don Juan habia ganado à Tunez, y quitado aquel Reyno à los Turcos, y puesto en posesion de él à Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver à reynar en él tenia Muley Hamida, el Moro mas cruel, y mas valiente que tubo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco; y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con los Venecianos, que mucho mas que él la deseaban: y el año siguiente de setenta y quatro acometió à la Goleta, y al Fuerte, que junto à Tunez habia dexa-

xado medio levantado el señor Don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna : à lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia à mi padre. Perdióse en fin la Goleta, y perdióse el Fuerte, sobre las quales plazas hubo de Soldados Turcos pagados setenta y cinco mil, y de Moros, y Alárabes de toda la Africa mas de quatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones, y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos, y à puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta, y el Fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los quales hicieron en su defensa todo aquello que debian, y podian; sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque à dos palmos se hallaba agua, y los Turcos no la hallaron à dos varas, y así con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza; y tirándoles à caballe-

ro, ninguno podia parar, ni asistir à la defensa. Fue comun opinion que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero; y los que esto decian hablaban de lexos, y con poca experiencia de casos semejantes: porque si en la Goleta, y en el Fuerte apenas habia siete mil Soldados, ¿cómo podia tan poco número (aunque mas esforzados fuesen) salir à campaña, y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? ¿Ycómo es posible dexar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas quando la cercan muchos enemigos, porfiados, y en su misma tierra? Pero à muchos les pareció, y así me pareció à mí, que fue particular gracia, y merced que el cielo hizo à España, en permitir que se asoláse aquella oficina, y capa de maldades, y aquella gomia, ò esponja, y polilla de la infinidad de dineros, que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del Invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna (como lo es, y será) que aquellas piedras la sustentáran. Perdióse tambien el Fuerte;

pe-

pero fuéronle ganando los Turcos palmo à palmo, porque los Soldados que lo defendian, pelearon tan valerosa, y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos: señal cierta, y clara de su esfuerzo, y valor, y de lo bien que se habian defendido, y guardado sus plazas. Rindióse à partido un pequeño Fuerte, ò Torre, que estaba en mitad del estaño à cargo de Don Juan Zanoguera, Caballero Valenciano, y famoso soldado. Cautivaron à Don Pedro Portocarrero, General de la Goleta, el qual hizo quanto fue posible por defender su fuerza; y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron asimismo al General del Fuerte, que se llamaba Gabrio Cerbellon, Caballero Milanes, grande ingeniero, y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las quales fue una Pagan de Oria, Caballero del Hábito de San Juan, de condicion generosa, como lo mostró la suma liberalidad que usó con

su hermano el famoso Juan Andrea de Oria: y lo que mas hizo lastimosa su muerte fue haber muerto à manos de unos Alárabes, de quien se fió, viendo yá perdido el Fuerte, que se ofrecieron llevarle en hábito de Moro à Tabarca, que es un puertezuelo, ò casa, que en aquellas riberas tienen los Genoveses, que se exercitan en la pesquería del coral; los quales Alárabes le cortaron la cabeza, y se la traxeron al General de la armada Turquesa, el qual cumplió con ellos nuestro refran castellano: Que aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece: y así se dice que mandó el General ahorcar à los que le traxeron el presente, porque no se le habian traydo vivo. Entre los Christianos, que en el Fuerte se perdieron, fue uno llamado Don Pedro de Aguilar, natural de no sé que Lugar del Andalucia, el qual habia sido Alferez en el Fuerte, soldado de mucha cuenta, y de raro entendimiento: especialmente tenia particular gracia en lo que llaman Poesía. Dígolo, porque su suerte le traxo à mi galera, y à mi banco, y à ser esclavo de mi mismo Patron; y antes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este Caballero dos

So-

Sonetos, à manera de epitafios, el uno à la Goleta, y el otro al Fuerte; y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que antes causará gusto que pesadumbre. En el punto que el Cautivo nombró à Don Pedro de Aguilar, Don Fernando miró à sus camaradas, y todos tres se sonrieron; y quando llegó à decir de los Sonetos, dixo el uno: Antes que vuestra merced pase adelante, le suplíco me diga ¿qué se hizo ese Don Pedro de Aguilar, que ha dicho? Lo que sé es, respondió el Cautivo, que al cabo de dos años, que estuvo en Constantinopla se huyó en trage de arnaute con un Griego espia, y no sé si vino en libertad; aunque creo que sí, porque de allí à un año ví yo al Griego en Constantinopla, bien que no le pude preguntar el suceso de aquel viage. Pues vino à España, respondió el Caballero; porque ese Don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro Lugar bueno, rico, casado, y con tres hijos. Gracias sean dadas à Dios, dixo el Cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme à mi parecer, contento que se iguale à alcanzar la libertad perdida Y mas, repli-

có

có el Caballero, que yo sé los Sonetos que mi hermano hizo. Dígalos, pues, vuestra merced, dixo el Cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place, respondió el Caballero: y el de la Goleta decia así:

CAPITULO XL.

Donde se prosigue la historia del Cautivo.

SONETO.

ALmas dichosas, que del mortal velo
Libres, y esentas, por el bien que obrasteis,
Desde la baxa tierra os levantasteis
A lo mas alto, y lo mejor del cielo;
Y ardiendo en ira, y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza exercitasteis,
Que propia, y sangre agena colocasteis
El mar vecino, y arenoso suelo:
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos, llevan la vitoria:
Y esta vuestra mortal, triste caída,
Entre el muro, y el hierro os vá adquiriendo
Fama que el mundo os dá, y el cielo gloria.

De esa misma manera los sé yo, dixo el Cautivo. Pues el del Fuerte, si mal no me

me acuerdo, dixo el Caballero, dice así:

SONETO.

De entre esta tierra esteril derribada,
De estos terrones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil Soldados
Subieron vivas à mejor morada;
Siendo primero en vano exercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin por pocos, y cansados
Dieron la vida al filo de la espada:
Y este es el suelo, que contínuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos, y presentes;
Mas no mas justas de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostubo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los Sonetos; y el Cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron: y prosiguiendo su cuento dixo: Rendidos, pues, la Goleta, y el Fuerte, los Turcos dieron órden de desmantelar la Goleta, porque el Fuerte quedó tal, que no hubo que poner por tierra: y para hacerlo con mas brevedad, y menos trabajo, la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo

que

que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas; y todo aquello que habia quedado en pie de la fortificacion nueva, que habia hecho el Fratín, con mucha facilidad vino à tierra. En resolucion la armada volvió à Constantinopla triunfante, y vencedora, y de allí à pocos meses murió mi amo el Uchalí, al qual llamaban Uchàlí Fartax, que quiere decir en lengua Turquesa *el renegado tiñoso*, porque lo era, y es costumbre entre los Turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, ù de alguna virtud que en ellos haya: y esto es porque no hay entre ellos sino quatro apellidos de linage, que descienden de la Casa Otomana, y los demás, como tengo dicho, toman nombre, y apellido, yá de las tachas del cuerpo, y yá de las virtudes del ánimo: y este Tiñoso bogó al remo, siendo esclavo del Gran Señor, catorce años, y à mas de los treinta y quatro de su edad renegó de despecho de que un Turco, estando al remo, le dió un bofeton, y por poderse vengar dexó su fé: y fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios, y caminos que los privados del Gran Turco suben, vino à ser Rey de Argel, y des-

pues

pues à ser General de la mar, que es el tercer cargo que hay en aquel Señorío. Era Calabrés de nacion, y moralmente fue hombre de bien, y trataba con mucha humanidad à sus cautivos, de los que llegó à tener tres mil; los quales despues de su muerte se repartieron, como él lo dexó en su testamento, entre el Gran Señor (que tambien es hijo heredero de quantos mueren, y entra à la parte con los demás hijos que dexa el difunto), y entre sus renegados; y yo cupe à un renegado Veneciano, que siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto, que fue uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino à ser el mas cruel renegado que jamás se ha visto. Llamábase Azanaga, y llegó à ser muy rico, y à ser Rey de Argel, con el qual yo vine de Constantinopla algo contento, por estár tan cerca de España, no porque pensase escribir à nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel, que en Constantinopla, donde yá habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon, ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me des-

desamparó la esperanza de tener libertad: y quando lo que fabricaba, pensaba, y ponia por obra, no correspondia el suceso à la intencion, luego sin abandonarme fingia, y buscaba otra esperanza, que me sustentáse, aunque fuese debil, y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prision, ò casa, que los Turcos llaman Baño, donde encierran los cautivos Christianos, así los que son del Rey, como de algunos particulares, y los que llaman del Almacen, que es como decir cautivos del Consejo, que sirven à la Ciudad en las obras públicas que hace, y en otros oficios: y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun, y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. A estos baños, como tengo dicho, suelen llevar sus cautivos algunos particulares del Pueblo, principalmente quando son de rescate, porque allí los tienen holgados, y seguros, hasta que llega la Redencion. Tambien los cautivos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demás chusma, sino quando éste se tarde, que entónces por hacerles que escriban por él con mas ahinco,

co,

co, les hacen trabajar, è ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo. Yo, pues, era uno de los de rescate; que como se supo que era Capitan, puesto que dixe mi poca posibilidad, y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los Caballeros, y gente para rescatar. Pusiéronme una cadena mas por señal de rescate, que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño con otros muchos Caballeros, y gente principal, señalados, y tenidos por de rescate. Y aunque la hambre, y desnudez pudiera fatigarnos à veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir, y ver à cada paso las jamás vistas, ni oidas crueldades que mi amo usaba con los Christianos. Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba à éste, desorejaba à aquel, y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los Turcos conocian que lo hacía no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Solo libró bien con él un Soldado Español, llamado F. de Saavedra, al qual con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por mu-

chos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dixo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez; y si no fuera porque el tiempo no dá lugar, yo dixera ahora algo de lo que este Soldado hizo, que fuera parte para entreteneros, y admiraros, harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo, pues, que encima del patio de nuestra prision caían las ventanas de la casa de un Moro rico, y principal; las quales como de ordinario son las de los Moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun éstas se cubrian con zelosias muy espesas, y apretadas. Acaeció, pues, que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas, por entretener el tiempo, estando solos, porque todos los demás Christianos habian ido à trabajar, alcé acaso los ojos, y ví que por aquellas cerradas ventanillas, que he dicho, parecia una caña, y al remate de ella puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando, y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos à

to-

tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fue à ponerse con gran presteza debaxo de la caña, por ver si la soltaban, ò lo que hacian; pero así como se llegó, alzaron la caña, y la movieron à los dos lados, como si dixeran no con la cabeza. Volvióse el Christiano, y tornáronla à baxar, y hacer los propios movimientos que primero. Fue otro de mis compañeros, y sucedióle lo mismo que al primero. Finalmente fue el tercero, y avínole lo que al primero, y al segundo. Viendo yo esto, no quise dexar de probar la suerte; y así como llegué à ponerme debaxo de la caña, la dexaron caer, y dió à mis pies dentro del baño: acudí luego à desatar el lienzo, en el qual ví un ñudo, y dentro de él venian diez zianiys, que son unas monedas de oro baxo, que usan los Moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para que decirlo, pues fue tanto el contento como la admiracion de pensar de dónde podia venirnos aquel bien, especialmente à mí; pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino à mí, claro decian que à mí se hacía la merced. Tomé mi buen dinero,

quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y ví que por ella salia una muy blanca mano, que la abrian, y cerraban muy apriesa. Con eso entendimos, ò imaginamos que alguna muger, que en aquella casa vivia, nos debia de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que los agradecíamos, hicimos zalemas à uso de Moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí à poco sacaron por la misma ventana una pequeña cruz, hecha de cañas, y luego la volvieron à entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna Christiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacía: pero la blancura de la mano, y las axorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser Christiana renegada, à quien de ordinario suelen tomar por legítimas mugeres sus mismos amos, y aun lo tienen à ventura, porque las estiman en mas que à las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy lexos de la verdad del caso; y así todo nuestro entretenimiento desde allí adelante era mirar, y tener por norte à la ventana donde nos habia

bia aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna: y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna Christiana renegada, jamás hubo quien nos dixese otra cosa, sino que allí vivia un Moro principal, y rico, llamado Agrimorato, Alcayde que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad. Mas quando mas descuidados estábamos de que por allí habian de llover mas zianiys, vimos à deshora parecer la caña, y otro lienzo en ella con otro ñudo mas crecido: y esto fue à tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo, y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo de los mismos tres que estábamos; pero à ninguno se rindió la caña sino à mí, porque en llegando yo, la dexaron caer. Desaté el ñudo, y hallé quarenta escudos de oro Españoles, y un papel escrito en Arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todos nuestras zalemas, tornó à parecer la

mano, hice señas que leeria el papel, y cerraron la ventana. Quedamos todos confusos, y alegres con lo sucedido: y como ninguno de nosotros entendia el Arábigo, era grande el deseo que teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin yo me determiné à fiarme de un Renegado, natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban à guardar el secreto que le encargáse: porque suelen algunos renegados, quando tienen intencion de volverse à tierra de Christianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fé en la forma que pueden como el tal renegado es hombre de bien, que siempre ha hecho bien à Christianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion: otros se sirven de ellas acaso, y de industria, que viniendo à robar à tierra de Christianos, si à dicha se pierden, ò los cautivan, sacan sus firmas, y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian; el qual era de quedarse

en

en tierra de Christianos, y que por eso venian en corso con los demás Turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia, sin que se les haga daño; y quando ven la suya, se vuelven à Berberia à ser lo que antes eran. Otros usan de estos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de Christianos. Pues uno de los renegados, que he dicho, era este amigo, el qual tenia firmas de todos nuestros camaradas, donde le acreditábamos quanto era posible: y si los Moros le halláran estos papeles, le quemáran vivo. Supe que sabía muy bien Arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo. Pero antes que del todo me declaráse con él, le dixe que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole, y construyéndole, mormurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia. Díxome que muy bien, y que si queria que me lo declaráse palabra por palabra, que le diese tinta, y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedia, y él poco à poco lo fue traduciendo; y en acabando dixo: Todo lo que

vá aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco: y se ha de advertir, que à donde dice Lela Marien, quiere decir nuestra Señora la Virgen Maria. Leímos el papel, y decia así:

Quando yo era niña, tenia mi padre una esclava, la qual en mi lengua me mostró la Zalá Christianesca, y me dixo muchas cosas de la Lela Marien. La Christiana murió, y yo sé que no fue al fuego, sino con Alá, porque despues la ví dos veces, y me dixo que me fuese à tierra de Christianos à vér à Lela Marien, que me queria mucho. No sé yo cómo vaya: muchos Christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido Caballero, sino tú. Yo soy muy hermosa, y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo. Mira tú si puedes hacer cómo nos vamos, y serás mi marido, si quieres; y si no quisieres, no se me dará nada, que Lela Marien me dará con quien me case. Yo escribí esto: mira à quien lo dás à leer; no te fies de ningun Moro, porque son todos marfuces. De esto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras à nadie, porque si mi padre lo sabe, me echará luego en un pozo, y me cubrirá de

pie-

piedras. En la caña pondré un hilo : ata allí la respuesta; y si no tienes quien te escriba Arábigo, dímelo por señas, que Lela Marien hará que te entienda. Ella, y Alá te guarde; y esa cruz, que yo beso muchas veces, que así me lo mandó la Cautiva.

Mirad, señores, si era razon que las razones de este papel nos admirasen, y alegrasen: y así lo uno, y lo otro fue de manera, que el Renegado entendió, que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente à alguno de nosotros se habia escrito: y así nos rogó, que si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos de él, y se lo dixésemos, que él aventuraria su vida por nuestra libertad; y diciendo esto, sacó del pecho un Crucifixo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella Imagen representaba, en quien él, aunque pecador, y malo, bien, y fielmente creía, de guardarnos lealtad, y secreto en todo quanto quisiesemos descubrirle; porque le parecia, y casi adivinaba, que por medio de aquella, que aquel papel habia escrito, habia él, y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gre-

gremio de la Santa Iglesia su Madre, de quien como miembro podrido estaba dividido, y apartado por su ignorancia, y pecado. Con tantas lágrimas, y con muestras de tanto arrepentimiento dixo esto el Renegado, que todos de un mismo parecer consentimos, y venimos en declararle la verdad del caso; y así le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó encargado de tener especial, y gran cuidado de informarse quién en ella vivia. Acordamos asimismo que sería bien responder al villete de la Mora: y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el Renegado escribió las razones que yo le fui notando, que puntualmente fueron las que diré; porque de todos los puntos sustanciales, que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efecto lo que à la Mora se le respondió fue esto:

El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita Marien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en el corazon que te vayas à tierra

de

de Christianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte à entender cómo podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena que sí hará. De mi parte, y de la de todos estos Christianos, que están conmigo, te ofrezco hacer por tí todo lo que pudiéremos hasta morir. No dexes de escribirme, y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre; que el grande Alá nos ha dado un Christiano Cautivo, que sabe hablar, y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Así que sin tener miedo nos puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que dices, que si fueres à tierra de Christianos que has de ser mi muger, yo te lo prometo como buen Christiano; y sabe que los Christianos cumplen lo que prometen mejor que los Moros. Alá, y Marien su Madre sean en tu guarda, señora mia.

Escrito, y cerrado este papel, aguardé dos dias à que estuviese el baño solo, como solia, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo, por vér si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la ví, aunque no podia ver quién la ponia, mostré el papel, como

mo dando à entender que pusiesen el hilo: pero yá venía puesto en la caña, al qual até el papel, y de allí à poco tornó à parecer nuestra estrella con la blanca vandera de paz del atadillo: dexáronla caer, y alcéla yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata, y de oro mas de cincuenta escudos, los quales cincuenta veces mas doblaron nuestro contento, y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro Renegado, y nos dixo que habia sabido que en aquella casa vivia el mismo Moro que à nosotros nos habian dicho que se llamaba Aguimorato, riquísimo por todo extremo, el qual tenia una sola hija, heredera de toda su hacienda, que era comun opinion en toda la Ciudad ser la mas hermosa muger de la Berberia, y que muchos de los Vireyes, que allí venian, la habian pedido por muger, y que ella nunca se habia querido casar; y que tambien supo que tuvo una Christiana cautiva, que yá se habia muerto: todo lo qual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el Renegado sobre qué órden se tendria para sacar à la Mora,

ra, y venirnos todos à tierra de Christianos; y en fin se acordó por entonces que esperásemos el aviso segundo de Zorayda, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse Maria: porque bien vimos que ella, y no otra alguna, era la que habia de dar medio à todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dixo el Renegado que no tuviesemos pena, que él perderia la vida, ò nos pondria en libertad. Quatro dias estuvo el baño con gente, que fue ocasion de que quatro dias tardáse en parecer la caña, al cabo de los quales en la acostumbrada soledad del baño pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclinóse à mí la caña, y lienzo: hallé en él otro papel, y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaba allí el Renegado, y dímosle à leer el papel dentro de nuestro rancho, el qual dixo que así decia:

Yo no sé, mi señor, cómo dar órden que nos vamos à España, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro: rescataos vos con ellos,

y

y vuestros amigos, y vaya uno à tierra de Christianos, y compre allá una barca, y vuelva por los demás, y à mí me hallará en el jardin de mi padre, que está à la puerta de Babazon, junto à la marina, donde tengo de estár todo este Verano con mi padre, y con mis criados: de allí de noche me podreis sacar sin miedo, y llevarme à la barca: y mira que has de ser mi marido, porque si no, yo pediré à Marien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú, y vé, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres Caballero, y Christiano. Procura saber el jardin; y quando te pasees por ahí, sabré que está el baño solo, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.

Esto decia, y contenia el segundo papel; lo qual visto por todos, cada uno se ofreció à querer ser el rescatado, y prometió de ir, y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecia à lo mismo. A todo lo qual se opuso el Renegado, diciendo que en ninguna manera consentiria que ninguno saliese de libertad, hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado quán mal cum-

cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio ; porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando à uno, que fuese à Valencia, ò Mallorca con dineros para poder armar una barca , y volver por los que le habian rescatado , y nunca habian vuelto , porque la libertad alcanzada, y el temor de no volver à perderla , les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia , nos contó brevemente un caso , que casi en aquella misma sazon habia acaecido à unos Caballeros Christianos , el mas estraño que jamás sucedió en aquellas partes , donde à cada paso suceden cosas de grande espanto , y de admiracion. En efecto él vino à decir que lo que se podia , y debia hacer, era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al Christiano , que se le diese à él para comprar allí en Argel una barca, con achaque de hacerse mercader, y tratante en Tetuan , y en aquella Costa ; y que siendo él señor de la barca, facilmente se daria traza para sacarlos del baño, y embarcarlos à todos. Quanto mas que si la Mora, como ella decia , daba
di-

dineros para rescatarlos à todos, que estando libres, era facilísima cosa embarcarse en la mitad del dia: y que la dificultad que se ofrecia mayor, era, que los Moros no consienten que Renegado alguno compre, ni tenga barca, sino es baxel grande para ir en corso, porque se temen, que el que compra barca, principalmente si es Español, no la quiere sino para irse à tierra de Christianos; pero que él facilitaria este inconveniente con hacer que un Moro Tagarino fuese à la parte con él en la compra de la barca, y en la ganancia de las mercancías; y con esta sombra él vendria à ser señor de la barca; con que daba por acabado todo lo demás. Y puesto que à mí, y à mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca à Mallorca, como la Mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que si no haciamos lo que él decia, nos habia de descubrir, y poner à peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zorayda, por cuya vida diéramos todos las nuestras: y así determinamos de ponernos en las manos de Dios, y en las del Renegado. Y en aquel mismo punto se le respondió à Zorayda,

di-

diciéndola, que haríamos todo quanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien, como si Lela Marien se lo hubiera dicho; y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio, ò ponerlo luego por obra. Ofrecímele de nuevo à ser su esposo, y con esto otro dia, que acaeció estár solo el baño, en diversas veces con la caña, y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel, donde decia, que el primer Iuma, que es el Viernes, se iba al jardin de su padre, y que antes que se fuese nos daría mas dinero; y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daría quanto le pidiésemos, que su padre tenia tantos, que no lo echaría menos; quanto mas que ella tenia las llaves de todo. Dímos luego quinientos escudos al Renegado para comprar la barca, y con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero à un Mercader Valenciano, que à la sazon se hallaba en Argel, el qual me rescató del Rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer baxel que viniese de Valencia pagaria mi rescate: porque si luego diera el dinero, fuera de dar sospechas al Rey, que habia muchos dias que mi rescate estaba

en Argel, y que el Mercader por sus grangerías lo habia callado. Finalmente mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví à que luego se desembolsáse el dinero. El Jueves antes del Viernes que la hermosa Zorayda se habia de ir al jardin, nos dió otros mil escudos, y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatáse, supiese luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscáse ocasion de ir allá, y verla. Respondíla en breves palabras que así lo haría, y que tuviese cuidado de encomendarnos à Lela Marien con todas aquellas oraciones que la Cautiva le habia enseñado. Hecho esto, dieron órden que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y porque viéndome à mí rescatado, y à ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zorayda; que puesto que el ser ellos quien eran me podia asegurar de este temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y así los hice rescatar por la misma órden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al Mercader, para que con certeza, y seguridad pu-

pudiese hacer la fianza; al qual nunca descubrimos nuestro trato, y secreto por el peligro que habia.

CAPILULO XLI.

Donde todavia prosigue el Cautivo su suceso.

NO se pasaron quince dias quando yá nuestro Renegado tenia comprada una muy buena barca capáz de mas de treinta personas: y para asegurar su hecho, y darle color quiso hacer, como hizo, un viage à un Lugar que se llamaba Sargel, que está treinta leguas de Argel, hácia la parte de Oran, en el qual hay mucha contratacion de higos, y pasas. Dos, ò tres veces hizo este viage en compañia del Tagarino que habia dicho. Tagarinos llaman en Berbería à los Moros de Aragon; y à los de Granada, Mudajares: y en el Reyno de Fez llaman à los Mudajares, Elches; los quales son la gente de quien aquel Rey mas se sirve en la guerra. Digo, pues, que cada vez que pasaba con su barca, daba fondo en una caleta, que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaba, y allí muy de propósito se ponia el Renegado con los Morillos que bo-

gaban el remo, ò yá à hacer la zalá, ò à, como por ensayarse de burlas, à lo que pensaba hacer de veras; y así se iba al jardin de Zorayda, y le pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle; y aunque él quisiera hablar à Zorayda, como él despues me dixo, y decille que él era el que por órden mia la habia de llevar à tierra de Christianos, que estuviese contenta, y segura, nunca le fue posible, porque las Moras no se dexan vér de ningun Moro, ni Turco, sino es que su marido, ò padre se lo manden: de Christianos cautivos se dexan tratar, y comunicar, aun mas de aquello que sería razonable; y à mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotára, viendo que su negocio andaba en boca de Renegados. Pero Dios que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro Renegado tenia; el qual viendo quán seguramente iba, y venía à Sargel, y que daba fondo quando, como, y à donde queria, y que el Tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba yá rescatado, y que solo faltaba buscar algunos Christianos que bogasen el remo, me dixo,

xo, que mirase yo quales queria traer conmigo, fuera de los rescatados, que los tuviese hablados para el primer Viernes, en el qual tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé à doce Españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la Ciudad: y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte baxeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo: y estos no se halláran, si no fuera que su amo se quedó aquel Verano, sin ir en corso à acabar una Galeota, que tenia en el Astillero: à los quales no les dixe otra cosa sino que el primer Viernes en la tarde se saliesen uno à uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardin de Aguimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. A cada uno dí este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen otros Christianos, no les dixesen sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que mas me convenia, y era la de avisar à Zorayda en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercibida, y sobreaviso, que no

se sobresaltáse, si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de Christianos podia volver: y así determiné de ir al jardin, y vér si podria hablarla; y con ocasion de coger algunas yerbas, un dia antes de mi partida fui allá, y la primera persona con quien encontré, fue con su padre; el qual me dixo en lengua que en toda la Berbería, y aún en Constantinopla se habla entre Cautivos, y Moros, que ni es Morisca, ni Castellana, ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos: digo, pues, que en esta manera de lenguage me preguntó, ¿qué buscaba en aquel su jardin, y de quién era? Respondíle que esclavo de Arnaute Mamí (y esto porque sabía yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo), y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente, si era hombre de rescate, ò no, y que quánto pedia mi amo por mí. Estando en estas preguntas, y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zorayda, la qual hacía mucho rato que me habia visto: y como las Moras en ninguna manera hacen
me-

melindre de mostrarse à los Christianos, ni tampoco se esquivan (como yá he dicho), no se le dió nada de venir à donde su padre conmigo estaba; antes luego quando su padre vió que venía, y despacio, la llamó, y mandó que llegáse. Demasiada cosa sería decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo, y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostró à mis ojos: solo diré, que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas, y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de sus pies, que descubiertas à su usanza traía, traía dos carcages (que así se llaman las manillas, ò axorcas de los pies en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dixo despues que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traía en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad, y muy buenas; porque la mayor gala, y bizarría de las Moras es adornarse de ricas perlas, y aljofar: y así hay mas perlas, y algofar entre Moros, que entre todas las demás naciones; y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel habia, y de

tener asimismo mas de doscientos mil escudos Españoles : de todo lo qual era señora esta, que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entónces hermosa, ò no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podrá conjeturar quál debia de ser en las prosperidades: porque yá se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias, y sazones, y requiere accidentes para disminuirse, ò acrecentarse; y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten, ò baxen, puesto que las mas veces la destruyen: digo en fin, que entónces llegó en todo extremo hermosa, ò à lo menos à mí me pareció serlo la mas que hasta entónces habia visto: y con esto viendo las obligaciones en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida à la tierra para mi gusto, y para mi remedio. Así como ella llegó, le dixo su padre en su lengua, como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venía à buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas, que tengo dicho, me preguntó ¿si era Caballero, y qué era la causa que no me rescataba? Yo respondí, que yá esta-

taba rescatado, y que èn el precio podia echar de vér en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos zoltamis. A lo qual ella respondió: En verdad que si tú fueras de mi padre, yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos: porque vosotros Christianos siempre mentís en quanto decís, y os haceis pobres, por engañar à los Moros. Bien podria ser eso, señora, le respondí; mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la trataré con quantas personas hay en el mundo. ¿Y quándo te vás? dixo Zorayda. Mañana creo yo, dixe; porque está aquí un baxel de Francia, que se hace mañana à la vela, y pienso irme con él. ¿No es mejor (replicó Zorayda) esperar à que vengan baxeles de España, y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondí yo; aunque si como hay nuevas que viene yá un baxel de España, es verdad, todavia yo le aguardaré: puesto que es mas cierto el partirme mañana; porque el deseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dexará esperar otra comodidad, si se tarda,

por

por mejor que sea. ¿Debes de ser sin duda casado en tu tierra , dixo Zorayda , y por eso deseas ir à ver à tu muger? No soy , respondí yo , casado ; mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. ¿Y es hermosa la dama à quien se la diste? dixo Zorayda. Tan hermosa es, respondí yo , que para encarecerla, y decirte la verdad, se parece à tí mucho. De esto se rió muy de veras su padre , y dixo : Gaula , Christiano , que debe de ser muy hermosa , si se parece à mi hija , que es la mas hermosa de todo este Reyno. Si no , mírala bien , y verás como te digo verdad. Serviános de intérprete à las mas de estas palabras , y razones el padre de Zorayda , como mas ladino , que aunque ella hablaba la bastarda lengua , que como he dicho , allí se usa , mas declaraba su intencion por señas , que por palabras. Estando en estas , y otras muchas razones, llegó un Moro corriendo , y dixo à grandes voces , que por las bardas , ò paredes del jardin habian saltado quatro Turcos, y andaban cogiendo la fruta , aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo , y lo mismo hizo Zorayda ; porque es comun, y casi natural el miedo que los Moros à

los

los Turcos tienen, especialmente à los soldados, los quales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los Moros que à ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo, pues, que dixo su padre à Zorayda: Hija, retirate à la casa, y encierrate en tanto que yo voy à hablar à estos canes: y tú, Christiano, busca tus yerbas, y vete en buen hora, y llévete Alá con bien à tu tierra. Yo me incliné, y él se fue à buscar los Turcos, dexándome solo con Zorayda, que comenzó à dar muestras de irse donde su padre la habia mandado. Pero apenas él se encubrió con los árboles del jardin, quando ella se volvió à mí, llenos los ojos de lágrimas, y me dixo: Amexí, Christiano, amexí? que quiere decir: ¿Váste, Christiano, váste? Yo la respondí: Señora sí; pero no en ninguna manera sin tí. El primer Iuma me aguarda; y no te sobresaltes quando nos veas, que sin duda alguna iremos à tierra de Christianos. Yo le dixe esto de tal manera, que ella me entendió muy bien todas las razones que entrambos pasamos; y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó à caminar hácia la casa: y quiso la suer-

suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenára de otra manera, que yendo los dos de la suerte, y postura que os he contado con un brazo al cuello, su padre que yá volvia de hacer ir à los Turcos, nos vió de la suerte, y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto. Pero Zorayda advertida, y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello; antes se llegó mas à mí, y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales, y muestras que se desmayaba; y yo asimismo dí à entender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo à donde estábamos, y viendo à su hija de aquella manera, la preguntó qué tenia; pero como ella no le respondiese, dixo su padre: Sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado; y quitándola del mio, la arrimó à su pecho, y ella dando un suspiro, y aún no enjutos los ojos de lágrimas, volvió à decir: Amexí, Christiano, amexí: Vete, Christiano, vete. A lo que su padre respondió: No importa, hija, que el Christiano no se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los Turcos yá son idos: no

te

te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre; pues, como yá te he dicho, los Turcos à mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron, como has dicho, dixe yo à su padre: mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quedate en paz, y con tu licencia volveré, si fuere menester, por yerbas à este jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Por todas las que quisieres podrás volver, respondió Aguimorato, que mi hija no dice esto porque tú, ni ninguno de los Christianos la enojaron, sino que por decir que los Turcos se fuesen, dixo que tú te fueses, ò porque yá era hora que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrambos; y ella arrancándosele el alma, al parecer, se fue con su padre: y yo con achaque de buscar las yerbas rodee muy bien, y à mi placer todo el jardin. Miré bien las entradas, y salidas, la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y dí cuenta de quanto habia pasado al Renegado, y à mis compañeros,

y yá no veía la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa, y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se pasó, y se llegó el dia, y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el órden, y parecer, que con discreta consideracion, y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos. Porque el Viernes que se siguió al dia que yo con Zorayda hablé en el jardin, Morrenago, que asi se llamaba el Renegado, al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zorayda estaba. Yá los Christianos, que habian de bogar el remo, estaban prevenidos, y escondidos por diversas partes de todos aquellos alderredores. Todos estaban suspensos, y alborozados, aguardándome, deseosos yá de embestir con el baxel, que à los ojos tenian; porque ellos no sabían el concierto del Renegado, sino que pensaban que à fuerza de brazos habian de haber, y ganar la libertad, quitando la vida a los Moros, que dentro de la barca estaban. Sucedió, pues, que así como yo me mostré, y mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron, se vinieron llegando à nostros.

Es-

Esto era yá à tiempo que la Ciudad estaba cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudábamos si sería mejor ir primero por Zorayda, ò rendir primero à los Moros vagarinos, que bogaban al remo en la barca: y estando en esta duda, llegó à nosotros nuestro Renegado, diciéndonos, que en qué nos deteniamos, que yá era hora, y que todos sus Moros estaban descuidados, y los mas de ellos durmiendo. Dixímosle en lo que reparábamos, y él dixo: Que lo que mas importaba era rendir primero el baxel, que se podia hacer con grandísima facilidad, y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zorayda. Pareciónos bien à todos lo que decia; y así sin detenernos mas, haciendo él la guia, llegamos al baxel; y saltando él dentro primero, metió mano à un alfanje, y dixo en Morisco: Ninguno de vosotros se mueva de aqui, si no quiere que le cueste la vida. Yá à este tiempo habian entrado dentro casi todos los Christianos. Los Moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera su Arraez, quedáronse espantados; y sin ninguno de todos ellos echar mano à las armas, que po-

pocas, ò casi ningunas tenian, se dexaron sin hablar alguna palabra maniatar de los Christianos, los quales con mucha presteza lo hicieron, amenazando à los Moros, que si alzaban por alguna via, ò manera la voz, que luego al punto los pasarian todos à cuchillo. Hecho yá esto, quedáronse en guarda de ellos la mitad de los nuestros: los que quedábamos, haciéndonos asimismo el Renegado la guia, fuimos al jardin de Aguimorato, y quiso la buena suerte que llegando à abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera; y así con gran quietud, y silencio llegamos à la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zorayda aguardándonos à una ventana y así como sintió gente, preguntó con voz baxa si eramos Nazarani, como si dixera, ò preguntára si éramos Christianos. Yo le respondí que sí, y que baxáse. Quando ella me conoció, no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra baxó en un instante, abrió la puerta, y mostróse à todos tan hermosa, y ricamente vestida, que no lo acierto à encarecer. Luego que yo la ví, la tomé una mano, y la comencé à besar; y el Re-

Renegado hizo lo mismo , y mis dos camaradas : y los demás , que el caso no sabian, hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos; que no parecia sino que le dábamos las gracias , y yá la reconociamos por señora de nuestra libertad. El Renegado le dixo en lengua Morisca si estaba su padre en el jardin ? Ella respondió que sí , y que dormia. Pues será menester despertarle , replicó el Renegado, y llevarémosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dixo ella : à mi padre no se le ha de tocar en ningun modo: y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedeis ricos , y contentos : esperaos un poco , y lo vereis. Y diciendo esto se volvió à entrar , añadiendo que muy presto volvería , y que nos estuviésemos quedos , sin hacer ningun ruido. Preguntéle al Renegado lo que con ella habia pasado ; el qual me lo contó , à quien yo dixe , que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zorayda quisiese ; la qual yá volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro , tantos , que apenas los podia

sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el interin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin; y asomándose à la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran Christianos; y dando muchas, grandes, y desaforadas voces, comenzó à decir en Arábigo: Christianos, Christianos: ladrones, ladrones: por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandísima, y temerosa confusion. Pero el Renegado viendo el peligro en que estabamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Aguimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de los nuestros, que yo no osé desamparar à Zorayda, que como desmayada se habia dexado caer en mis brazos. En resolucion los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento baxaron con Aguimorato, trayéndole atadas las manos, y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dexaba hablar palabra, amenazándole que el hablar le habia de costar la vida. Quando su hija le vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando quán de su

vo-

voluntad se habia puesto en nuestras manos; mas entónces, siendo mas necesarios los pies, con diligencia, y presteza nos pusimos en la barca, que yá los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas pasadas de la noche, quando yá estábamos todos en la barca, en la qual se le quitó al padre de Zorayda la atadura de las manos, y el paño de la boca; pero tornóle à decir el Renegado que no habláse palabra, que le quitarian là vida. El como vió alli à su hija, comenzó à suspirar ternísimamente, y mas quando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, quexarse, ni esquivarse, se estaba queda; pero con todo esto callaba, porque no pusiesen en efecto las muchas amenazas que el Renegado le hacía. Viéndose, pues, Zorayda yá en la barca, y que queriamos dar los remos al agua, y viendo allí à su padre, y à los demás Moros que atados estaban, le dixo al Renegado que me dixese le hiciese merced de soltar à aquellos Moros, y dar libertad à su padre, porque antes se arrojaria à la mar, que vér delante de sus ojos, y por

causa suya llevar cautivo à un padre, que tanto la habia querido. El Renegado me lo dixo, y yo respondí, que era muy contento; pero él respondió que no convenia, à causa que si allí los dexaba, apellidarian luego la tierra, alborotarian la Ciudad, y serian causa de que saliesen à buscarlos con algunas fragatas ligeras, y nos tomasen la tierra, y la mar de manera que no pudiésemos escaparnos: que lo que se podria hacer era darles libertad en llegando à la primera tierra de Christianos. En este parecer venimos todos; y Zorayda, à quien se le dió cuenta con las causas que nos movian à no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo: y luego con regocijado silencio, y alegre diligencia cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos à Dios de todo corazon, à navegar la vuelta de las Islas de Mallorca, que es la tierra de Christianos mas cerca; pero à causa de soplar un poco el viento tramontano, y estár la mar algo picada, no fue posible seguir la derrota de Mallorca, y nos fue forzoso dexarnos ir tierra à tierra la vuelta de Orán, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no

ser

ser descubiertos del Lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel: y asimismo temíamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancía de Tetuan; aunque cada uno por sí, y por todos juntos presumíamos que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andaban en corso, que no solo no nos perderíamos, mas que tomaríamos baxel, donde con mas seguridad pudiésemos acabar nuestro viage. Iba Zorayda, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver à su padre, y sentia yo que iba llamando à Lela Marien que nos ayudáse. Bien habríamos navegado treinta millas, quando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la qual vimos desierta, y sin nadie que nos descubriese; pero con todo eso nos fuimos à fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que yá estaba algo mas sosegada; y habiendo entrado casi dos leguas, dióse orden que se bogáse à quarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca: bien que los que bogaban dixeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que

les diesen de comer à los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose así, y en esto comenzó à soplar un viento largo, que nos obligó à hacer luego vela, y à dexar el remo, y enderezar à Orán, por no ser posible poder hacer otro viage. Todo esto se hizo con mucha presteza, y así à la vela navegamos mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con baxel que de corso fuese. Dimos de comer à los Moros vagarinos, y el Renegado les consoló diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dixo al padre de Zorayda; el qual respondió: Qualquiera otra cosa pudiera yo esperar, y creer de vuestra liberalidad, y buen término ¡ ò Christianos !; mas el darme libertad, no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusisteis vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo quién soy yo, y el interese que se os puede seguir de dármela; el qual interese, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí,

y

y por esa desdichada hija mia; ò si no, por ella sola, que es la mayor, y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto, comenzó à llorar tan amargamente, que à todos nos movió à compasion, y forzó à Zorayda que le miráse; la qual, viéndole llorar, así se enterneció, que se levantó de mis pies, y fue à abrazar à su padre; y juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos les acompañamos en él. Pero quando su padre la vió adornada de fiesta, y con tantas joyas sobre sí, la dixo en su lengua: ¿Qué es esto, hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediese esta terrible desgracia, en que nos vemos, te ví con tus ordinarios, y caseros vestidos, y ahora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre, y digna de solemnizarla con adornarte, y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe, y pude darte quando nos fue la ventura mas favorable? Respóndeme à esto, que me tiene mas suspenso, y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el Moro decia à su hija nos lo declaraba el Renegado, y ella no

le respondia palabra; pero quando él vió à un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el qual sabía él bien que le habia dexado en Argel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso, y preguntóle, que cómo aquel cofre habia venido à nuestras manos, y qué era lo que venía dentro? A lo qual el Renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiese, le dixo: No te canses, señor, en preguntar à Zorayda, tu hija, tantas cosas, porque con una que yo te responda, te satisfaré à todas; y así quiero que sepas que ella es Christiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas, y la libertad de nuestro cautiverio: ella vá aquí de su voluntad tan contenta à lo que yo imagino de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas à la luz, de la muerte à la vida, y de la pena à la gloria. ¿Es verdad lo que este dice, hija? dixo el Moro. Así es, respondió Zorayda. ¿Qué en efecto, replicó el viejo, tú eres Christiana, y la que ha puesto à su padre en poder de sus enemigos? A lo qual respondió Zorayda: La que es Christiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo

se

se estendió à dexarte, ni à hacerte mal, sino à hacerme à mí bien. ¿Y qué bien es el que te has hecho, hija? replicó el padre. Eso, respondió ella, pregúntaselo à Lelá Marien, que ella te lo sabrá decir mejor que no yo. Apenas hubo oido esto el Moro, quando con una increible presteza se arrojó de cabeza en el mar, donde sin alguna duda se ahogára, si el vestido largo, y embarazoso, que trahia, no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zorayda que le sacasen, y así acudimos luego todos; y asiéndole de la almalafa, le sacamos medio ahogado, y sin sentido, de que recibió tanta pena Zorayda, que como si fuera yá muerto, hacía sobre él un tierno, y doloroso llanto. Volvímosle boca abaxo, volvió mucha agua, y tornó en sí al cabo de dos horas, en las quales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos, por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte que llegamos à una cala, que se hace al lado de un pequeño promontorio, ò cabo, que de los Moros es llamado el de la Caba Rumia, que en nuestra lengua quiere decir la Mala Muger Christiana; y es tradicion entre los Moros

ros que en aquel lugar está enterrada la Caba, por quien se perdió España, porque Caba en su lengua quiere decir muger mala, y Rumia, Christiana; y aun tienen por mal agüero llegar allí à dar fondo, quando la necesidad les fuerza à ello, porque nunca le dan sin ella, bien que para nosotros no fue abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dexamos jamás los remos de la mano: comimos de lo que el Renegado habia proveído, y rogamos à Dios, y à nuestra Señora de todo nuestro corazon que nos ayudáse, y favoreciese, para que felizmente diésemos fin à tan dichoso principio. Dióse órden à suplicacion de Zorayda como echásemos en tierra à su padre, y à todos los demás Moros, que allí atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni podian sufrir sus blandas entrañas vér delante de sus ojos atado à su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometímosla de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexarlos en aquel lugar, que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones,

que

que no fuesen oídas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento tranquilo el mar, convidándonos à que tornásemos alegres à proseguir nuestro comenzado viage. Viendo esto, desatamos à los Moros, y uno à uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando à desembarcar al padre de Zorayda, que yá estaba en todo su acuerdo, dixo: ¿Por qué pensais, Christianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? ¿Pensais que es por piedad, que de mí tiene? No por cierto; sino que lo hace por el estorvo que le dará mi presencia, quando quiera poner en execucion sus malos deseos: ni penseis que la ha movido à mudar Religion entender ella que la vuestra à la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra. Y volviéndose à Zorayda, teniéndole yo, y otro Christiano de entrambos brazos asido, porque algun desatino no hiciese, le dixo: ¡O infame moza, y mal aconsejada muchacha! ¿à dónde vas ciega, y desatinada en poder de estos perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y maldi-

ditos sean los regalos, y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, dí priesa à ponerle en tierra, y desde allí à voces prosiguió con sus maldiciones, y lamentos, rogando à Mahoma rogáse à Alá que nos destruyese, confundiese, y acabáse; y quando por habernos hecho à la vela no pudimos oír sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos, y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera, que pudimos entender que decia: Vuelve, amada hija, vuelve à tierra, que todo te lo perdono: entrega à esos hombres ese dinero, que yá es suyo, y vuelve à consolar à este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dexará la vida, si tú le dexas. Todo lo qual escuchaba Zorayda, y todo lo sentia, y lloraba, y no supo decirle, ni responderle palabra, sino: Plegue à Alá, padre mio, que Lela Marien, que ha sido la causa de que yo sea Christiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos Christianos no deben nada à mi voluntad; pues aunque quisiera no venir con ellos,

y

y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priesa que me daba mi alma à poner por obra esta, que à mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dixo à tiempo que ni su padre la oía, ni nosotros yá le veíamos; y así consolando à Zorayda, atendimos todos à nuestro viage, el qual nos le facilitaba el propio viento de tal manera, que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España. Mas como pocas veces, ò nunca viene el bien puro, y sencillo, sin ser acompañado, ò seguido de algun mal que le turbe, ò sobresalte, quiso nuestra ventura, ò quizá las maldiciones que el Moro à su hija habia echado, que siempre se han de temer por qualquiera padre que sean: quiso, digo, que estando yá engolfados, y siendo yá casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto baxa, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba el trabajo de haberlos menester, con la luz de la Luna, que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un baxel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco à orza el timon delante
de

de nosotros atravesaba; y esto tan cerca, que nos fue forzoso amaynar por no embestirle, y ellos asimismo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto à bordo del baxel à preguntarnos quién éramos, y à dónde navegábamos, y de dónde veniamos; pero por preguntarnos esto en lengua Francesa, dixo nuestro Renegado: Ninguno responda, porque estos sin duda son corsarios Franceses, que hacen à toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra; y habiendo pasado un poco delante, que yá el baxel quedaba sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y à lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro arbol por medio, y dieron con él, y con la vela en la mar; y al momento disparando otra pieza, vino à dar la vala en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir à fondo, comenzamos todos à grandes voces à pedir socorro, y à rogar los del baxel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amaynaron entónces; y echando el esquife, ò barca à la mar, entraron

ron en él hasta doce Franceses, bien armados con sus arcabuces, y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro; y viendo quán pocos eramos, y como el baxel se hundia, nos recogieron, diciendo, que por haber usado la descortesia de no responderles, nos habia sucedido aquello. Nuestro Renegado tomó el cofre de las riquezas de Zorayda, y dió con él en el mar, sin que ninguno echáse de vér lo que hacía: en resolucion todos pasamos con los Franceses, los quales, despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo quanto teníamos, y à Zorayda le quitaron hasta los carcaxes, que trahia en los pies; pero no daba à mí tanta pesadumbre la que à Zorayda daban, como me la daba el temor que tenia de que habian de pasar del quitar de las riquísimas, y preciosísimas joyas, al quitar de la joya que mas valia, y ella mas estimaba; pero los deseos de aquella gente no se estendió à mas que al dinero, y de esto jamás se vé harta su codicia; la qual entónces llegó à tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitáran, si de
al-

algun provecho les fueran. Hubo parecer entre ellos de que à todos nos arrojasen à la mar embueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España con nombre de que eran Bretones, y si nos llevaban vivos, serian castigados, siendo descubierto su hurto; mas el Capitan, que era el que habia despojado à mi querida Zorayda, dixo, que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino pasar el Estrecho de Gibraltar de noche, ò como pudiese, è irse à la Rochela, de donde habia salido; y así tomaron por acuerdo darnos el esquife de su navio, y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia yá à vista de tierra de España, con la qual vista todas nuestras pesadumbres, y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser quando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua, y algun vizcocho; y el Capitan, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zorayda, le

dió

dió hasta quarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el baxel, dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quexosos: ellos se hicieron à lo largo, siguiendo la derrota del Estrecho; y nosotros, sin mirar à otro Norte, que à la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa à bogar, que à poner del Sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, à nuestro parecer, llegar antes que fuera muy de noche; pero por no parecer en aquella noche la Luna, y el cielo mostrarse obscuro, y por ignorar el parage en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como à muchos de nosotros les parecia, diciendo, que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas, y lexos de poblado, porque así aseguraríamos el temor que de razon se debia tener, que por allí anduviesen baxeles de corsarios de Tetuan, los quales anochecian en Berberia, y amanecian en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven à dormir à sus casas; pero de los contrarios pareceres el que se tomó

fue, que nos llegásemos poco à poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose así, y poco antes de la media noche sería quando llegamos al pie de una disformísima, y alta montaña, no tan junto al mar que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente: embestimos en la arena, salimos todos à tierra, besamos el suelo, y con lágrimas de alegrísimo contento, dimos todos gracias à Dios nuestro Señor por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viage: sacamos de la barca los bastimentos que tenia, y tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña, porque aun allí estábamos, y no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer que era tierra de Christianos la que yá nos sostenia. Amaneció mas tarde, à mi parecer, de lo que quisiéramos: acabamos de subir toda la montaña, por vér si desde allí algun poblado se descubria, ò algunas cabañas de pastores; pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tier-

ra

ra adentro, pues no podia ser menos sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia de ella; pero lo que à mí mas me fatigaba, era el vér ir à pie à Zorayda por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas le cansaba à ella mi cansancio, que la reposaba su reposo; y así nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomáse: y con mucha paciencia, y muestras de alegria, llevándola yo siempre de la mano, poco menos de un quarto de legua debíamos de haber andado, quando llegó à nuestros oídos el són de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado; y mirando todos con atencion si alguno parecia, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo, y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él alzando la cabeza, se puso ligeramente en pie, y à lo que despues supimos, los primeros que à la vista se le ofrecieron fueron el Renegado, y Zorayda; y como él los vió en hábito de Moros, pensó que todos los de la Berberia estaban sobre él; y metiéndose con estraña ligereza por el bosque adelante, comenzó à dar los mayores

gritos del mundo, diciendo: Moros, Moros hay en la tierra: Moros, Moros, arma, arma. Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabíamos qué hacernos; pero considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la Caballería de la Costa habia de venir luego à vér lo que era, acordamos que el Renegado se desnudáse de las ropas de Turco, y se vistiese un gilecuelco, ò casaca de Cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa; y así encomendándonos à Dios, fuimos por el mismo camino, que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre quándo habia de dar sobre nosotros la Caballería de la Costa: y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrian pasado dos horas, quando habiendo yá salido de aquellas malezas à un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza corriendo à media rienda à nosotros se venian; y así como los vimos, nos estuvimos quedos aguardándolos; pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los Moros, que buscaban, tanto pobre Christiano, quedaron confusos, y uno de ellos nos preguntó, ¿si éramos no-

nosotros acaso la ocasion por que un pastor habia apellidado alarma? Sí, dixe yo; y queriendo comenzar à decirle mi suceso, y de donde veníamos, y quién éramos, uno de los Christianos, que con nosotros venía, conoció al ginete, que nos habia hecho la pregunta, y dixo, sin dexarme à mí decir mas palabra: Gracias sean dadas à Dios, señores, que à tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Velez-Málaga, si yá los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme, que vos, señor, que nos preguntais quién somos, sois Pedro de Bustamante, tio mio. Apenas hubo dicho esto el Christiano Cautivo, quando el ginete se arrojó del caballo, y vino à abrazar al mozo, diciéndole: Sobrino de mi alma, y de mi vida, yá te conozco, y yá te he llorado por muerto yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aún viven; y Dios ha sido servido de darles vida, para que gocen el placer de verte. Yá sabíamos que estabas en Argel; y por las señales, y muestras de tus vestidos, y la de todos los de esta compañia comprehendo, que ha-

 beis

beis tenido milagrosa libertad. Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron que éramos Christianos Cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo, para llevarnos à la Ciudad de Velez-Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos de ellos volvieron à llevar la barca à la Ciudad, diciéndoles dónde la habíamos dexado: otros nos subieron à las ancas; y Zorayda fue en las del caballo del tio del Christiano. Saliónos à recibir todo el Pueblo, que yá de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de vér Cautivos libres, ni Moros Cautivos, porque toda la gente de aquella Costa está hecha à vér à los unos, y à los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zorayda, la qual en aquel instante, y sazon estaba en su punto, así con el cansancio del camino, como con la alegria de verse en tierra de Christianos, sin sobresalto de perderse; y esto la habia sacado al rostro tales colores, que, sino es que la aficion entonces me engañára, osára decir, que mas hermosa criatura no habia en el mundo,

do, à lo menos que yo la hubiese visto. Fuimos derechos à la Iglesia à dar gracias à Dios por la merced recibida; y así como en ella entró Zorayda, dixo, que allí habia rostros, que se parecian à los de Lela Marien. Diximosla que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo le dió el Renegado à entender lo que significaban, para que ella las adoráse, como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Marien, que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento, y un natural facil, y claro, entendió luego quanto acerca de las imágenes se le dixo. Desde allí nos llevaron, y repartieron à todos en diferentes casas del Pueblo; pero al Renegado, Zorayda, y à mí nos llevó el Christiano, que vino con nosotros, en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor, como à su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Velez: al cabo de los quales el Renegado, hecha su informacion de quanto le convenia, se fue à la Ciudad de Granada à reducirse, por medio de la Santa Inquisicion, al gremio santísimo de la Iglesia: los demás Christianos libertados se fueron

cada uno donde mejor le pareció: solos quedamos Zorayda, y yo, con solos los escudos, que la cortesía del Frances le dió à Zorayda, de los quales compré este animal, en que ella viene; y sirviéndola yo hasta ahora de padre, y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de vér si mi padre es vivo, ò si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia; puesto que por haberme hecho el cielo compañero de Zorayda, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimára. La paciencia con que Zorayda lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse yá Christiana, es tanta, y tal, que me admira, y me mueve à servirla todo el tiempo de mi vida: puesto que el gusto que tengo de verme suyo, y de que ella sea mia, me le turba, y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogerla, y si habrán hecho el tiempo, y la muerte tal mudanza en la hacienda, y vida de mi padre, y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia; la qual si es agrada-

dable, y peregrina, juzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé decir, que quisiera habérosla contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros, mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPITULO XLII.

De lo demás que sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CAlló en diciendo esto el Cautivo, à quien Don Fernando dixo: Por cierto, señor Capitan, el modo con que habeis contado este estraño suceso, ha sido tal, que iguala à la novedad, y estrañeza del mismo caso. Todo es peregrino, raro, y lleno de accidentes, que maravillan, y suspenden à quien los oye: y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escucharle, que aunque nos hallára el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzára. Y en diciendo esto, Cardenio, y todos los demás se le ofrecieron con todo lo à ellos posible para servirle, con palabras, y razones tan amorosas, y tan verdaderas, que

el

el Capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofreció Don Fernando que si queria volverse con él, que él haría que el Marques su hermano fuese padrino del Bautismo de Zorayda, y que él por su parte le acomodaria de manera, que pudiese entrar en su tierra con la autoridad, y cómodo que à su persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el Cautivo; pero no quiso aceptar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaba yá la noche, y al cerrar de ella llegó à la venta un coche, con algunos hombres de à caballo. Pidieron posada, à quien la Ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque sea eso, dixo uno de los de à caballo, que habian entrado, no ha de faltar para el señor Oidor, que aquí viene. A este nombre se turbó la huéspeda, y dixo: Señor, lo que en ello hay es, que no tengo cama: si es que su merced el señor Oidor la trae, que sí debe de traer, entre en buen hora, que yo, y mi marido nos saldremos de nuestro aposento, por acomodar à su merced. Sea en buen hora, dixo el escudero. Pero à este tiempo yá habia

sa-

salido del coche un hombre, que en el trage mostró luego el oficio, y cargo que tenia; porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas que vestia, mostraron ser Oidor, como su criado habia dicho. Traía de la mano à una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa, y tan gallarda, que à todos puso en admiracion su vista. De suerte, que à no haber visto à Dorotea, à Luscinda, y Zorayda, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la de esta doncella dificilmente pudiera hallarse. Hallóse Don Quixote al entrar del Oidor, y de la doncella; y así como le vió, dixo: Seguramente puede vuestra merced entrar, y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho, y mal acomodado, no hay estrechura, ni incomodidad en el mundo, que no dé lugar à las armas, y á las letras; y mas si las armas, y letras traen por guia, y adalid à la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella, à quien deben no solo abrirse, y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse, y baxarse las montañas, para darle

le acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraiso, que aquí hallará estrellas, y soles, que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo. Aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quixote, à quien se puso à mirar muy de propósito: y no menos le admiraba su talle, que sus palabras; y sin hallar ningunas con que responderle, se tornó à admirar de nuevo, quando vió delante de sí à Luscinda, Dorotea, y Zorayda, que à las nuevas de los nuevos huéspedes, y à las que la Ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido à verla, y à recibirla. Pero Don Fernando, Cardenio, y el Cura le hicieron mas llenos, y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto el señor Oidor entró confuso, así de lo que veía, como de lo que escuchaba: y las hermosas de la venta dieron la bien llegada à la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de vér el Oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visage, y la postura de Don Quixote le desatinaba, y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tan-

tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado, que todas las mugeres se entrasen en el camaranchon yá referido, y que los hombres se quedasen fuera, como en guarda. Y así fue contento el Oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del Ventero, y con la mitad de la que el Oidor traía, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El Cautivo, que desde el punto que vió al Oidor, le dió saltos el corazon, y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó à uno de los criados que con él venian, cómo se llamaba, y si sabía de qué tierra era? El criado respondió que se llamaba el Licenciado Juan Perez de Viedma; y que habia oido decir que era de un Lugar de las Montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que él habia visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre: y alborozado, y contento, llamando à parte à Don Fernando, à Cardenio, y al Cura, les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel Oidor era su her-

hermano. Habíale dicho tambien el criado como iba proveído por Oidor à las Indias en la Audiencia de México. Supo tambien como aquella doncella era su hija, de cuyo parto se habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo qué modo tendria para descubrirse, ò para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaba, ò le recibia con buenas entrañas. Déxeseme à mí el hacer esa experiencia, dixo el Cura; quanto mas, que no hay pensar sino que vos, señor Capitan, sereis bien recibido, porque el valor, y prudencia, que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no dá indicios de ser arrogante, ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dixo el Capitan, yo querria no de improviso, sino por rodeos, dármele à conocer. Yá os digo, respondió el Cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Yá en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron à la mesa, excepto el Cautivo, y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En

la

la mitad de la cena dixo el Cura: Del mismo nombre de vuestra merced, señor Oidor, tuve yo un camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años; el qual camarada era uno de los valientes soldados, y Capitanes que habia en toda la Infanteria Española; pero tanto quanto tenia de esforzado, y valeroso, tenia de desdichado. ¿Y cómo se llamaba ese Capitan, señor mio? preguntó el Oidor. Llamábase, respondió el Cura, Ruiperez de Viedma, y era natural de un Lugar de las Montañas de Leon; el qual me contó un caso que à su padre con sus hermanos le habia sucedido, que à no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan en el Invierno al fuego: porque me dixo, que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos, mejores que los de Caton. Y sé yo decir, que el que escogió de venir à la guerra, le habia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor, y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió à ser Capitan de la Infanteria, y à verse en camino, y predicamento de ser

pres-

presto Maese de Campo: pero fuele la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar, y tener buena, allí la perdió, con perder la libertad en la felicísima jornada, donde tantos la cobraron, que fue en la batalla de Lepanto. Yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucesos nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino à Argel, donde sé que le sucedió uno de los mas estraños casos que en el mundo han sucedido. De aquí fue prosiguiendo el Cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zorayda à su hermano habia sucedido. A todo lo qual estaba tan atento el Oidor, que ninguna vez habia sido tan Oidor como entonces. Solo llegó el Cura al punto de quando los Franceses despojaron à los Christianos, que en la barca venian, y la pobreza, y necesidad en que su camarada, y la hermosa Mora habian quedado; de los quales no habia sabido en qué habian parado, ni si habian llegado à España, ò llevádolos los Franceses à Francia. Todo lo que el Cura decia estaba escuchando, algo de allí desviado, el Capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacía. El qual viendo que yá el Cura

ha-

habia llegado al fin de su cuento, dando un gran suspíro, y llenándosele los ojos de agua, dixo: ¡O, señor, si supiésedes las nuevas que me habeis contado, y como me tocan tan en parte, que me es forzoso dar muestras de ello con estas lágrimas, que contra toda mi discrecion, y recato, me salen por los ojos! Ese Capitan tan valeroso, que decís, es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte, y de mas altos pensamientos que yo, ni otro hermano menor mio, escogió el honroso, y digno exercicio de la guerra, que fue uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dixo vuestro camarada en la conseja que à vuestro parecer le oisteis. Yo seguí el de las letras, en las quales Dios, y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Perú tan rico, que con lo que ha enviado à mi padre, y à mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado à las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural: y yo asimismo he podido con mas decencia, y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aún mi padre muriendo, con el deseo de saber

de su hijo mayor, y pide à Dios con contínuas oraciones no cierre la muerte sus ojos, hasta que él vea con vida à los de su hijo: del qual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos, y aflicciones, ò prósperos sucesos, se haya descuidado de dar noticia de sí à su padre, que si él lo supiera, ò alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate: pero de lo que yo ahora me temo es de pensar si aquellos Franceses le habrán dado libertad, ò le habrán muerto, por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga mi viage, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía, y tristeza. ¡O buen hermano mio, y quién supiera ahora adónde estabas, que yo te fuera à buscar, y à librar de tus trabajos, aunque fuera à costa de los mios! ¡O quién llevára nuevas à nuestro viejo padre, de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berberia, que de allí te sacáran sus riquezas, las de mi hermano, y las mias! ¡O Zorayda hermosa, y liberal, quién pudiera pagarte el bien que à mi hermano hiciste! quién pudiera hallarse

se al renacer de tu alma, y à las bodas, que tanto gusto à todos nos dieran! Estas, y otras semejantes palabras decia el Oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oían, le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenia de su lástima. Viendo, pues, el Cura, que tan bien habia salido con su intencion, y con lo que deseaba el Capitan, no quiso tenerlos à todos mas tiempo tristes; y así se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zorayda, la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea, y la hija del Oidor. Estaba esperando el Capitan à vér lo que el Cura queria hacer, que fue, que tomándole à él asimismo de la otra mano, con entrambos à dos se fue donde el Oidor, y los demás Caballeros estaban, y dixo: Cesen, señor Oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertáre à desearse, pues teneis delante à vuestro buen hermano, y à vuestra buena cuñada. Este, que aquí veis, es el Capitan Viedma, y ésta la hermosa Mora, que tanto bien le hizo. Los Franceses, que os dixe, los pusieron en la estrecheza que veis,

para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el Capitan à abrazar à su hermano, y él le puso ambas manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado; mas quando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dixeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, quanto mas escribirse. Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos: allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos: allí abrazó el Oidor à Zorayda: allí la ofreció su hacienda: allí hizo que la abrazáse su hija: allí la Christiana hermosa, y la Mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos: allí Don Quixote estaba atento, sin hablar palabra, considerando estos tan estraños sucesos, atribuyéndolos todos à quimeras de la Andante Caballería: allí concertaron que el Capitan, y Zorayda se volviesen con su hermano à Sevilla, y avisasen à su padre de su hallazgo, y libertad, para que como pudiese viniese à hallarse en

las

las bodas, y bautismo de Zorayda, por no serle al Oidor posible dexar el camino que llevaba, à causa de tener nuevas que de allí à un mes partia la flota de Sevilla à la Nueva-España, y fuérale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion todos quedaron contentos, y alegres del buen suceso del Cautivo; y como yá la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse, y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quixote se ofreció à hacer la guarda del castillo, porque de algun Gigante, ù otro mal andante follon, no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura, que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al Oidor cuenta del humor estraño de Don Quixote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas, pues, las damas en su estancia, y los demás acomodádose como menos mal pudieron, Don Quixote se salió fuera de la venta à

hacer centinela del castillo, como lo habia prometido. Sucedió, pues, que faltando poco por venir el Alva, llegó à los oidos de las damas una voz tan entonada, y tan buena, que les obligó à que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea, que despierta estaba, à cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del Oidor. Nadie podia imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola, sin que la acompañáse instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, y otras en la caballeriza: y estando en esta confusion muy atentas, llegó à la puerta del aposento Cardenio, y dixo: Quien no duerme escuche, que oirá una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Yá lo oimos, señor, respondió Dorotea. Y con esto se fue Cardenio; y Dorotea poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que se cantaba era esto.

CAPITULO XLIII.

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros estraños acaecimientos en la venta sucedidos.

MArinero soy de amor,
Y en su piélago profundo
Navego sin esperanza
De llegar à puerto alguno.
Siguiendo voy à una estrella,
Que desde lexos descubro,
Mas bella, y resplandeciente
Que quantas vió Palinúro.
Yo no sé adónde me guia,
Y así navego confuso:
El alma à mirarla atenta,
Cuidadosa, y con descuido.
Recatos impertinentes,
Honestidad contra el uso,
Son nubes, que me la encubren,
Quando mas verla procuro.
¡O clara, y luciente estrella,
En cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
Será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba à este punto, le pareció à Dorotea, que no sería bien

que dexáse Clara de oír una tan buena voz; y así moviéndola à una, y à otra parte, la despertó, diciéndole: Perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oír la mejor voz, que quizá habras oído en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia; y volviendoselo à preguntar, ella se lo volvió à decir, por lo qual estuvo atenta Clara. Pero apenas hubo oído dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, quando la tomó un temblor tan estraño, como si de algun grave accidente de quartana estuviera enferma; y abrazándose estrechamente con Dorotea, le dixo: ¡Ay, señora de mi alma, y de mi vida! ¿para qué me despertaste? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora, era tenerme cerrados los ojos, y los oídos, para no vér, ni oír à ese desdichado músico. ¿Qué es lo que dices, niña? Mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas. No es sino señor de Lugares, respondió Clara; y el que él tiene en mi alma es con tanta seguridad, que si él no quiere dexarle, no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la

mu-

muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho à la discrecion, que sus pocos años prometian. Y así le dixo: Hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos, declaraos mas, y decidme ¿qué es lo que decís de alma, de Lugares, y de este músico, cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder, por acudir à vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oír al que canta, que me parece que con nuevos versos, y nuevo tono torna à su canto. Sea en buen hora, respondió Clara; y por no oírle se tapó con las manos entrambos oídos, de lo que tambien se admiró Dorotea. La qual, estando atenta à lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera:

Dulce esperanza mia,
Que rompiendo imposibles, y malezas,
Sigues firme la via,
Que tú misma te finges, y aderezas;
No te desmaye el verte
A cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos
Honrados triunfos ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que no contrastando à la fortuna,

En-

Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.
  Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo,
Pues no hay mas rica prenda,
Que la que se quilata por su gusto;
Y es cosa manifiesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.
  Amorosas porfias
Tal vez alcanzan imposibles cosas;
Y así aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso rezelo
De no alcanzar desde la tierra al cielo.

Aquí dió fin la voz, y principio à nuevos sollozos Clara. Todo lo qual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto, y de tan triste lloro. Y así le volvió à preguntar ¿ qué era lo que le queria decir denantes? Entonces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyése, abrazando estrechamente à Dorotea, puso su boca tan junto del oído de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida; y así le dixo: Este que canta, señora mia, es un hijo de un Caballero, natual del Reyno de Aragon, señor de dos Lugares, el qual vi-

vivia frontero de la casa de mi padre en la Corte: y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el Invierno, y zelosías en Verano, yo no sé lo que fue, ni lo que no, que este Caballero, que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la Iglesia, ò en otra parte. Finalmente él se enamoró de mí, y me lo dió à entender desde las ventanas de su casa con tantas señas, y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer, y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacía era una juntar la una mano con la otra, dándome à entender que se casaria conmigo; y aunque yo me holgaria mucho de que así fuera, como sola, y sin madre, no sabía con quién comunicarlo; y así lo dexé estár, sin darle otro favor, sino era, quando estaba mi padre fuera de casa, y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo, ò la zelosía, y dexarme vér toda, de lo que él hacía tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la qual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, à lo que entiendo, de pesadumbre; y así el dia que nos partimos nunca pude verle, para des-

pe-

pedirme de él siquiera con los ojos. Pero al cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada en un Lugar una jornada de aquí, le ví à la puerta de un meson, puesto en hábito de mozo de mulas tan natural, que si yo no le traxera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocerle. Conocíle, admiréme, y alegréme. El me miró à hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde, quando atraviesa por delante de mí en los caminos, y en las posadas dó llegamos; y como yo sé quién es, y considero que por amor de mí viene à pie, y con tanto trabajo, múerome de pesadumbre, y adonde él pone los pies, pongo yo los ojos. No sé con qué intencion viene, ni cómo ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced, quando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta lo saca de su cabeza, que he oído decir que es grande Estudiante, y Poëta. Y hay mas, que cada vez que le veo, y le oygo cantar, tiemblo toda, y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nues-

nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir de este músico, cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echaréis bien de vér que no es mozo de mulas, como decís, sino señor de almas, y Lugares, como yo os he dicho. No digais mas, señora Doña Clara, dixo à esta sazon Dorotea; y esto besándola mil veces: No digais mas, digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin, que tan honestos principios merecen. ¡Ay señora! dixo Doña Clara, ¿qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal, y tan rico, que le parecerá, que aun yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas esposa? Pues casarme yo à hurto de mi padre, no lo haré por quanto hay en el mundo. No querria sino que este mozo se volviese, y me dexáse: quizá con no verle, y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliviára la pena que ahora llevo; aunque sé decir, que este remedio, que me imagino, me ha de aprovechar bien poco. No

sé

sé qué diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha, y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad misma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el dia de San Miguel que vendrá dice mi padre que los cumplo. No pudo dexar de reirse Dorotea, oyendo quán como niña hablaba Doña Clara; à quien dixo: Reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios, y medrarémos, ò mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormian la hija de la Ventera, y Maritornes su criada; las quales, como yá sabian el humor de que pecaba Don Quixote, y que estaba fuera de la venta armado, y à caballo haciendo la guarda, determinaron las dos de hacerle alguna burla, ò à lo menos de pasar un poco el tiempo, oyendo sus disparates.

Es, pues, el caso, que en toda la venta no habia ventana, que saliese al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por de fuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y

vie-

vieron que Don Quixote estaba à caballo, recostado sobre su lanzon, dando de quando en quando tan dolientes, y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma: y asimismo oyeron que decia con voz blanda, regalada, y amorosa. ¡O mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin, y remate de la discrecion, archivo del mejor donayre, depósito de la honestidad, y ultimamente idea de todo lo provechoso, honesto, y deleytable que hay en el mundo! ¿qué fará ahora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo Caballero, que à tantos peligros, por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas de ella ¡ò luminaria de las tres caras! que quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ò paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ò yá puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando, cómo, salva su honestidad, y grandeza, ha de amansar la tormenta, que por ella este mi cuitado corazon padece: qué gloria ha de dar à mis penas, qué sosiego à mi cuidado, y finalmente qué vida à mi muerte, y qué premio à mis ser-

vi-

vicios. Y tú, Sol, que yá debes de estár apriesa ensillando tus caballos por madrugar, y salir à vér à mi señora, así como la veas, suplícote que de mi parte la saludes; pero guárdate que al verla, y saludarla, no le dés paz en el rostro, que tendré mas zelos de tí, que tú los tuviste de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo sudar, y correr por los llanos de Tesalia, ò por las riberas de Penéo, que no me acuerdo bien por donde corriste entonces zeloso, y enamorado. A este punto llegaba entonces Don Quixote en su lastimero razonamiento, quando la hija de la Ventera le comenzó à cecear, y à decirle: Señor mio, lléguese acá la vuestra merced, si es servido. A cuyas señas, y voz volvió Don Quixote la cabeza, y vió à la luz de la Luna, que entonces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que à él le pareció ventana, y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta: y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion, que otra vez como la pasada la doncella fermosa, hija del señor de aquel castilo, vencida de su amor,

tor-

tornaba à solicitarle ; y con este pensamiento , por no mostrarse descortés , y desagradecido , volvió las riendas à Rocinante , y se llegó al agujero , y así como vió à las dos mozas , dixo : Lástima os tengo , fermosa señora , de que hayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor , y gentileza , de lo que no debeis dar culpa à este miserable Andante Caballero , à quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad à otra que à aquella, que en el punto que sus ojos la vieron , la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme , buena señora , y recogeos en vuestro aposento , y no querais con significarme mas vuestros deseos que yo me muestre mas desagradecido : y si del amor que me teneis , hallais en mí otra cosa con que satisfaceros , que el mismo amor no sea , pedídmela , que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia de dárosla en continente , si bien me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa , que eran todos culebras , ò yá los mismos rayos del Sol encerrados en una redoma. No ha menester nada de eso mi señora,

señor Caballero, dixo à este punto Maritornes. ¿Pues qué ha menester ¡discreta dueña! vuestra Señora? preguntó Don Quixote. Sola una de vuestras hermosas manos, dixo Maritornes, para poder desahogar con ella el gran deseo que à este agujero la ha trahido, tan à peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada de ella fuera la oreja. Yá quisiera yo verlo, respondió Don Quixote; pero él se guardará bien de eso, si yá no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle à Maritornes que sin duda Don Quixote daría la mano, que le habia pedido; y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se baxó del agujero, y se fue à la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió à su agujero, à tiempo que Don Quixote se habia puesto de pies sobre la silla de Rocinante, por alcanzar à la ventana enrejada, donde se imaginaba estár la ferida doncella; y al darle la mano, dixo: Tomad, señora, esa mano, ò por mejor decir,


Em.l Monfort sculp.t

cir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, à quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aún la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis; sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura, y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo, que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dixo Maritornes; y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó à la muñeca; y baxándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar fuertemente. Don Quixote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dixo: Mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace; ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de Don Quixote yá no las escuchaba nadie; porque asi como Maritornes le ató, ella, y la otra se fueron muertas de risa; y le dexaron asido de ma-

nera, que fue imposible soltarse. Estaba, pues, como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor, y cuidado que si Rocinante se desviaba à un cabo, ò à otro, habia de quedar colgado del brazo; y así no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia, y quietud de Rocinante bien se podia esperar que estaría sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose Don Quixote atado, y que yá las damas se habian ido, se dió à imaginar que todo aquello se hacía por via de encantamiento, como la vez pasada, quando en aquel mismo castillo le molió aquel Moro encantado del harriero: y maldecia entre sí su poca discrecion, y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado à entrar en él la segunda; siendo advertimiento de Caballeros Andantes, que quando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo, por vér si podia

dia soltarse; mas estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano; bien es verdad que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese: y aunque él quisiera sentarse, y ponerse en la silla, no podia sino estár en pie, ò arrancarse la mano. Allí fue el desear la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamiento alguno: allí fue el maldecir su fortuna: allí fue el exâgerar la falta que haría en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado, que sin duda alguna habia creído que lo estaba: allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso: allí fue el llamar à su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño, y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido: allí llamó à los sabios Lirgandéo, y Alquife, que le ayudasen: allí invocó à su buena amiga Urganda, que le socorriese: y finalmente allí le tomó la mañana tan desesperado, y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna, teniéndose por encantado: y hacíale creer esto, vér que Roci-

nante poco, ni mucho se movia, y creía que de aquella suerte sin comer, beber, ni dormir habian de estár él, y su caballo hasta que aquel mal influxo de las estrellas se pasáse, ò hasta que otro mas sabio encantador le desencantáse. Pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó à amanecer, quando llegaron à la venta quatro hombres de à caballo, muy bien puestos, y aderezados con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron à la puerta de la venta, que aún estaba cerrada, con grandes golpes; lo qual visto por Don Quixote, desde donde aún no dexaba de hacer la centinela, con voz arrogante, y alta dixo: Caballeros, ò escuderos, ò quien quiera que seais, no teneis para que llamar à las puertas de este castillo, que asaz de claro está que à tales horas, ò los que están dentro duermen, ò no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el Sol esté tendido por todo el suelo: desviaos à fuera, y esperad que aclare el dia, y entónces veremos, si será justo, ò no que os abran. ¿Qué diablos de fortaleza, ò castillo es este, dixo uno, para obligarnos à aguardar esas ceremonias? Si sois el Ventero, mandad

dad

dad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada à nuestras cavalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de priesa. ¿Paréceos, Caballeros, que tengo yo talle de Ventero? respondió Don Quixote. No sé de qué teneis talle, respondió el otro; pero sé que decís disparates en llamar castillo à esta venta. Castillo es, replicó Don Quixote, y aún de los mejores de toda esta Provincia; y gente tiene dentro, que ha tenido cetro en la mano, y corona en la cabeza. Mejor fuera al revés, dixo el caminante, el cetro en la cabeza, y la corona en la mano: y será, si à mano viene, que debe de estár dentro alguna compañia de Representantes, de los quales es tener amenudo esas coronas, y cetros que decís; porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se aloxan personas dignas de corona, y cetro. Sabeis poco del mundo, replicó Don Quixote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la Caballería Andante. Cansábanse los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quixote pasaba; y así tornaron à llamar con grande furia, y fue de mo-

modo que el Ventero despertó, y aún todos quantos en la venta estaban, y así se levantó à preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo, que una de las cavalgaduras en que venian los quatro que llamaban, se llegó à oler à Rocinante, que melancólico, y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse à su estirado señor; y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dexar de resentirse, y tornar à oler à quien le llegaba à hacer caricias: y así no se hubo movido un tanto quanto, quando se desviaron los juntos pies de D. Quixote, y resvalando de la silla dieran con él en el suelo à no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor, que creyó, ò que la muñeca le cortaban, ò que el brazo se le arrancaba; porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra, que era en su perjuicio: porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase, y estribábase quanto podia para alcanzar al suelo: bien así como los que están en el tormento de la garrucha puestos à toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en es-

tirarse, engañados de la esperanza, que les representa que con poco mas que estiren, llegarán al suelo.

CAPITULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

En efecto fueron tantas las voces que Don Quixote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta, salió el Ventero despavorido à vér quién tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mismo. Maritornes, que yá habia despertado à las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fue al pajar, y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro, que à Don Quixote sostenia, y él dió luego en el suelo à vista del Ventero, y de los caminantes, que llegándose à él, le preguntaron qué tenia, que tales voces daba? El, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca; y levantándose en pie, subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon; y tomando buena parte del campo, volvió à medio galope, diciendo: Qualquiera que dixere que yo he sido con justo título encantado, como mi

mi señora la Princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le reto, y desafio à singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quixote; pero el Ventero, les quitó de aquella admiracion, diciéndoles que era Don Quixote, y que no habia que hacer caso de él, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al Ventero si acaso habia llegado à aquella venta un muchacho de hasta de edad de quince años, que venía vestido como mozo de mulas, de tales, y tales señas: dando las mismas que traía el amante de Doña Clara. El Ventero respondió, que habia tanta gente en la venta, que no habia echado de ver en el que preguntaban. Pero habiendo visto uno de ellos el coche donde habia venido el Oidor, dixo: Aquí debe de estár sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros à la puerta, y entren los demás à buscarle: y aún sería bien que uno de nosotros rodeáse toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrrales. Así se hará, respondió uno de ellos; y entrándose los dos dentro, uno se quedó à la puerta, y el otro se fue à

ro-

rodear la venta : todo lo qual veía el Ventero, y no sabía atinar para qué se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo, cuyas señas le habian dado. Yá à esta sazon aclaraba el dia, y así por esto, como por el ruido que Don Quixote habia hecho, estaban todos despiertos, y se levantaban, especialmente Doña Clara, y Dorotea, que la una con el sobresalto de tener tan cerca à su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote, que vió que ninguno de los quatro caminantes hacía caso de él, ni le respondian à su demanda, moria, y rabiaba de despecho, y saña: y si él hallára en las ordenanzas de su Caballería, que lícitamente podia el Caballero Andante tomar armas, y emprehender otra empresa, habiendo dado su palabra, y fé de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado. Pero por parecerle no convenirle, ni estarle bien comenzar nueva empresa, hasta poner à Micomicona en su Reyno, hubo de callar, y estarse quedo, esperando à vér en qué paraban

ban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los quales halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie le buscáse, ni menos de que le halláse. El hombre le trabó del brazo, y le dixo: Por cierto, señor Don Luis, que corresponde bien à quien vos sois el hábito que teneis; y que dice bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto, que no acertó, ò no pudo hablarle palabra por un buen espacio; y el criado prosiguió diciendo: Aquí no hay que hacer otra cosa, señor Don Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta à casa, si yá vuestra merced no gusta que su padre, y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. ¿Pues cómo supo mi padre, dixo Don Luis, que yo venía este camino, y en este trage? Un estudiante, respondió el criado, à quien disteis cuenta de vuestros pensamientos, fue el que lo des-

cu-

cubrió, movido à lástima de las que vió que hacía vuestro padre al punto que os echó menos; y así despachó à quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí à vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginarse puede, por el buen despacho con que tornaremos, llevandoos à los ojos que tanto os quieren. Eso será como yo quisiere, ò como el cielo lo ordenáre, respondió Don Luis. ¿Qué habeis de querer, ò qué ha de ordenar el cielo fuera de consentir en volveros? dixo el criado, porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones, que entre los dos pasaban, oyó el mozo de mulas junto à quien Don Luis estaba; y levantándose de allí, fue à decir lo que pasaba à Don Fernando, y à Cardenio, y à los demás, que yá vestido se habian; à los quales dixo como aquel hombre llamaba de Don à aquel muchacho, y las razones que pasaban, y como le queria volver à casa de su padre, y el mozo no queria: y con esto, y con lo que de él sabían de la buena voz que el cielo le habia dado, vinieron todos en gran deseo de saber mas particularmente quién era, y aún de ayudarle, si alguna fuerza le quisiesen hacer;

y así se fueron hácia la parte donde aún estaba hablando, y porfiando con su criado. Salia en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada; y llamando Dorotea à Cardenio à parte, le contó en breves razones la historia del Músico, y de Doña Clara, à quien él tambien dixo lo que pasaba de la venida à buscarle los criados de su padre; y no se lo dixo tan callando que lo dexáse de oir Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegára à tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dixo à Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Yá estaban todos los quatro que venian à buscar à Don Luis dentro de la venta, y rodeados de él, persuadiéndole, que luego sin detenerse un punto, volviese à consolar à su padre. El respondió que en ninguna manera lo podia hacer, hasta dar fin à un negocio en que le iba la vida, la honra, y el alma. Apretáronle entonces los criados diciéndole, que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian, quisiese, ò no quisiese. Eso no hareis vosotros, replicó Don Luis, sino es llevándome muerto, aunque de qualquie-

quiera manera que me lleveis, será llevarme sin vida. Yá à esta sazon habian acudido à la porfia todos los mas que en la venta estaban, especialmente Cardenio, Don Fernando, sus camaradas, el Oidor, el Cura, el Barbero, y Don Quixote, que yá le pareció que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como yá sabía la historia del mozo, preguntó à los que llevarle querian, ¿qué les movia à querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muévenos, respondió uno de los quatro, dar la vida à su padre, que por la ausencia de este Caballero queda à peligro de perderla. A esto dixo D. Luis: No hay para qué se dé cuenta aquí de mis cosas: yo soy libre, y volveré si me diere gusto; y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harásela à vuestra merced la razon, respondió el hombre; y quando ella no bastáre con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer à lo que venimos, y lo que somos obligados. Sepamos qué es esto de raíz, dixo à este tiempo el Oidor. Pero el hombre, que le conoció, como vecino de su casa, respondió: ¿No conoce vuestra merced, señor Oidor, à este caballero, que es el hijo de su ve-

vecino, el qual se ha ausentado de casa de su padre en el hábito tan indecente à su calidad, como vuestra merced puede vér? Miróle entónces el Oidor mas atentamente, y conocióle; y abrazándole dixo: ¿Qué niñerías son estas, señor Don Luis, ò qué causas tan poderosas que os hayan movido à venir de esta manera, y en este trage, que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le vinieron las lágrimas à los ojos, y no pudo responder palabra. El Oidor dixo à los quatro que se sosegasen, que todo se haria bien; y tomando por la mano à Don Luis, le apartó à una parte, y le preguntó ¿qué venida habia sido aquella? Y en tanto que le hacía esta, y otras preguntas, oyeron grandes voces à la puerta de la venta, y era la causa de ellas que dos huéspedes, que aquella noche habian aloxado en ella, viendo à toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscaban, habian intentado irse sin pagar lo que debian; mas el Ventero, que atendia mas à su negocio, que à los agenos, les asió al salir de la puerta, y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió à que le respondiesen con los

pu-

puños: y así le comenzaron à dar tal mano, que el pobre Ventero tuvo necesidad de dar voces, y pedir socorro. La Ventera, y su hija no vieron à otro mas desocupado para poder socorrerle que à Don Quixote, à quien la hija de la Ventera dixo: Socorra vuestra merced, señor Caballero, por la virtud que Dios le dió, à mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como à cibera. A lo qual respondió Don Quixote muy de espacio, y con mucha flema: Fermosa doncella, no há lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima à una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros es lo que ahora diré: Corred, y decid à vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se dexe vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia à la Princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita; que si ella me la dá, tened por cierto que yo le sacaré de ella. ¡Pecadora de mí! dixo à esto Maritornes, que estaba delante: primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, es-

tará yá mi señor en el otro mundo. Dexadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió Don Quixote, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré à pesar del mismo mundo que lo contradiga, ò por lo menos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedeis mas que medianamente satisfecha. Y sin decir mas, se fue à poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerosas, y andantescas, que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer, y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La Princesa se la dió de buen talante, y él luego embrazó su adarga, y poniendo mano à su espada, acudió à la puerta de la venta, adonde aún todavia traian los dos huéspedes à mal traer al Ventero; pero así como llegó, embrazó, y se estuvo quedo, aunque Maritornes, y la Ventera le decian que en qué se detenia, que socorriese à su señor, y marido. Deténgome, dixo Don Quixote, porque no me es lícito poner mano à la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí à mi escudero Sancho

cho, que à él toca, y atañe esta defensa, y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas, y moxicones muy en su punto, todo en daño del Ventero, y en rabia de Maritornes, la Ventera, y su hija, que se desesperaban de ver la cobardia de Don Quixote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor, y padre. Pero dexémosle aquí, que no faltará quien le socorra; ò si no, sufra, y calle el que se atreve à mas de lo que sus fuerzas le prometen, y volvámonos atras cincuenta pasos à ver qué fue lo que Don Luis respondió al Oidor, que le dexamos aparte, preguntándole la causa de su venida à pie, y de tan vil trage vestido; à lo qual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dixo: Señor mio, yo no sé deciros otra cosa, sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitó nuestra vecindad que yo viese à mi señora Doña Clara, hija vuestra, y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad; y si la vuestra, verdadero señor, y padre mio, no lo impide, en este mismo

dia ha de ser mi esposa. Por ella dexé la casa de mi padre , y por ella me puse en este trage , para seguirla donde quiera que fuese , como la saëta al blanco , ò como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces , que desde lexos ha visto llorar mis ojos. Yá , señor , sabeis la riqueza , y la nobleza de mis padres, y como yo soy único heredero : si os parece que estas son partes para que os aventureis à hacerme en todo venturoso , recibidme luego por vuestro hijo , que si mi padre , llevado de otros designios suyos , no gustáre de este bien , que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer , y mudar las cosas , que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo , y el Oidor , quedó en oirle suspenso , confuso , y admirado , así de haber oido el modo , y la discrecion con que Don Luis le habia descubierto su pensamiento , como de verse en punto que no sabía el que poder tomar en tan repentino , y no esperado negocio ; y así no respondió otra cosa , sino que se sosegase por entónces , y entretuviese à sus criados , que por aquel dia no se volvie-

viesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor à todos estuviese. Besóle las manos por fuerza Don Luis, y aun se las bañó con lágrimas: cosa que pudiera enternecer un corazon de marmol, no solo el del Oidor, que como discreto yá habia conocido quán bien le estaba à su hija aquel matrimonio, puesto que si fuera posible lo quisiera efectuar con voluntad del padre de Don Luis, el qual sabía que pretendia hacer título à su hijo. Yá à esta sazon estaban en paz los huéspedes con el Ventero, pues por persuasion, y buenas razones de D. Quixote, mas que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso; y los criados de D. Luis aguardaban el fin de la plática del Oidor, y la resolucion de su amo, quando el demonio, que no duerme, ordenó, que en aquel mismo punto entró en la venta el Barbero, à quien Don Quixote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo: el qual Barbero, llevando su jumento à la caballeriza, vió à Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda, y así como la vió, la conoció, y se atrevió à arremeter à Sancho,

diciendo: Há Don ladron, que aquí os tengo, venga mi vacia, y mi albarda, con todos mis aparejos que me robasteis. Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda, y con la otra dió un moxicon al Barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dexó el Barbero la presa que tenia hecha en el albarda, antes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido, y pendencia, y decia: Aquí del Rey, y de la Justicia, que sobre cobrar mi hacienda, me quiere este ladron, salteador de caminos, matar. Mentís, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor Don Quixote estos despojos. Yá estaba Don Quixote delante con mucho contento de vér quán bien se defendia, y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armarle Caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la órden de la Caballería. Entre otras cosas que el Barbero decia en el discurso de la pendencia, vino à decir: Seño-

ñores, así esta albarda es mia, como la muerte que debo à Dios, y así la conozco, como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dexará mentir; si no, pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame: y hay mas, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron tambien una vacia de azofar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener Don Quixote sin responder, y poniéndose entre los dos, y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto, hasta que la verdad se declaráse, dixo: Vean vuestras mercedes clara, y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama vacia à lo que fue, es, y será yelmo de Mambrino, el qual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor de él con legítima, y lícita posesion. En lo del albarda no me entrometo, que lo que en ello sabré decir es, que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo de este vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo: yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda no

sabré dar otra razon , sino es la ordinaria , que como esas transformaciones se vén en los sucesos de la Caballería. Para confirmacion de lo qual , corre , Sancho, hijo , y saca aquí el yelmo , que este buen hombre dice ser vacia. Pardiez , señor , dixo Sancho , si no tenemos otra prueba de nuesta intencion , que la que vuestra merced dice , tan vacia es el yelmo de Mambrino , como el jaez de este buen hombre albarda. Haz lo que te mando , replicó Don Quixote , que no todas las cosas de este castillo han de ser guiadas por encantamiento. Sancho fue à dó estaba la vacia , ò yelmo de Mambrino , como su amo decia , y la traxo ; y así como Don Quixote la vió, la tomó en las manos , y dixo : Miren vuestras mercedes , con qué cara podrá decir este escudero , que esta es vacia , y no el yelmo que yo he dicho ; y juro por la órden de Caballería que profeso , que este yelmo fue el mismo que yo le quité , sin haber añadido en él , ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda , dixo à esta sazon Sancho , porque desde que mi señor le ganó , hasta agora , no ha hecho con él mas de una batalla , quando libró à los sin ventura encadenados ; y si no fuera por este vaciyelmo no

no lo pasára entónces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPITULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino, y la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

¿QUE les parece à vuestras mercedes, señores, dixo el Barbero, de lo que afirman estos gentileshombres, pues aún porfian, que esta no es vacia, sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo Don Quixote, le haré yo conocer que miente, si fuere Caballero; y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro Barbero, que à todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quixote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla, para que todos riesen; y dixo, hablando con el otro Barbero: Señor Barbero, ò quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo de mas de veinte años carta de exâmen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno; y ni mas, ni menos fui un tiempo en mi mocedad solda-

dado, y sé tambien qué es yelmo, y qué es morrion, y zelada de encaxe, y otras cosas tocantes à la milicia, digo à los generos de armas de los soldados; y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza, que está aqui delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es vacia de Barbero, pero está tan lexos de serlo, como está lexos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira. Tambien digo que este, aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo Don Quixote, porque le falta la mitad, que es la babera. Así es, dixo el Cura, que yá habia entendido la intencion de su amigo el Barbero; y lo mismo confirmó Cardenio, Don Fernando, y sus camaradas: y aun el Oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luis, ayudára por su parte la burla; pero las veras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco, ò nada atendia à aquellos donayres. ¡Valgame Dios! dixo à esta sazon el Barbero burlado, ¿qué es posible que tanta gente honrada diga que esta no es vacia, sino yelmo? Cosa parece esta, que puede poner en admiracion à toda una

Universidad, por discreta que sea. ¿Basta. ¿Si es que esta vacia es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho? A mí albarda me parece, dixo Don Quixote; pero yá he dicho que en eso no me entrometo de que sea albarda, ò jaez. Dixo el Cura: No está en mas de decirlo el Señor Don Quixote, que en estas cosas de la Caballería todos estos señores, y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores mios, dixo Don Quixote, que son tantas, y tan estrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he aloxado, me han sucedido, que no me atrevo à decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntáre, porque imagino que quanto en él se trata es por via de encantamiento. La primera vez me fatigó mucho un Moro encantado, que en él hay, y à Sancho no le fue muy bien con otros sus sequaces; y anoche estuve colgado de este brazo casi dos horas, y sin saber cómo, ni cómo no, vine à caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo ahora en cosa de tanta confusion à dar mi parecer, será caer en juicio temerario. En lo que toca à lo que dicen que esta es vacia,

y

y no yelmo, yá yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda, ò jaez, no me atrevo à dar sentencia difinitiva; solo lo dexo al buen parecer de vuestras mercedes, que quizá por no ser armados Caballeros, como yo lo soy, no tendrán que vér con vuestras mercedes los encantamientos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas de este castillo como ellas son real, y verdaderamente, y no como à mí me parecen. No hay duda, respondió à esto Don Fernando, sino que el Señor D. Quixote ha dicho muy bien, que à nosotros toca la difinicion de este caso: y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos de estos señores, y de lo que resultáre daré entera, y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de Don Quixote, era todo esto materia de grandísima risa: pero para los que la ignoraban, les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente à los quatro criados de Don Luis, y à Don Luis ni mas, ni menos, y à otros tres pasageros, que acaso habian llegado à la venta, que tenian parecer de ser Quadrilleros, como en efecto lo eran: pero el que mas se des-

es-

esperaba era el Barbero, cuya vacia allí delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le habia de volver en jaez rico de caballo. Los unos, y los otros se reian de ver cómo andaba Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oido, para que en secreto declarasen si era albarda, ò jaez aquella joya sobre que tanto se habia peleado: y despues que hubo tomado los votos de aquellos que à Don Quixote conocian, dixo en alta voz: El caso es, buen hombre, que yá yo estoy cansado de tomar tantos pareceres; porque veo que à ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo; y así habreis de tener paciencia, porque à vuestro pesar, y al de vuestro asno este es jaez, y no albarda, y vos habeis alegado, y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dixo el pobre Barbero, si todas vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece à mí albarda, y no jaez: pero allá ván leyes, &c. y no di-

digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No menos causaban risa las necedades que decia el Barbero, que los disparates de Don Quixote; el qual à esta sazon dixo: Aquí no hay mas que hacer sino que cada uno tome lo que es suyo, y à quien Dios se la dió S. Pedro se la bendiga. Uno de los quatro dixo: Si yá no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son, ò parecen todos los que aquí están, se atrevan à decir, y afirmar que esta no es vacia, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman, y lo dicen, me doy à entender que no carece de mysterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad, y la misma experiencia: porque voto à tal........ (y arrojóle redondo) que no me dén à mí à entender quantos hoy viven en el mundo al revés de que esta no sea vacia de Barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dixo el Cura. Tanto monta, dixo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es, ò no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los Quadrilleros

ros, que habian entrado, que habia oido la pendencia, y qüestion, lleno de cólera, y de enfado, dixo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, ò dixere, debe de estár hecho uva. Mentís como bellaco villano, respondió Don Quixote; y alzando el lanzon, que nunca le dexaba de las manos, le iba à descargar tal golpe sobre la cabeza, que à no desviarse el Quadrillero, se le dexará allí tendido. El lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demás Quadrilleros, que vieron tratar mal à su compañero, alzaron la voz pidiendo favor à la Santa Hermandad. El Ventero, que era de la quadrilla, entró al punto por su varilla, y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de Don Luis rodearon à Don Luis, porque con el alboroto no se les fuese. El Barbero, viendo la casa revuelta, tornó à asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho. Don Quixote puso mano à su espada, y arremetió à los Quadrilleros: Don Luis daba voces à sus criados que le dexasen à él, y corriesen à Don Quixote, à Cardenio, y à Don Fernando, que todos favorecian à Don Quixote. El Cura daba voces, la Ventera gritaba, su hija

se

se afligia, Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, y Doña Clara desmayada. El Barbero aporreaba à Sancho: Sancho molia al Barbero: Don Luis, à quien un criado suyo se atrevió à asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre: el Oidor le detenia; y D. Fernando tenia debaxo de sus pies un Quadrillero midiéndole el cuerpo con ellos muy à su sabor. El Ventero tornó à reforzar la voz, pidiendo favor à la Santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, moxicones, palos, coces, y efusion de sangre; y en la mitad de este caos, máquina, y laberinto de cosas, se le representó en la memoria à Don Quixote que se veía metido de hoz, y de coz en la discordia del campo de Agramante; y así dixo con voz que atronaba la venta: Ténganse todos, todos embaynen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: ¿No os dixe yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna region de demonios debe de ha-

habitar en él? En confirmacion de lo qual quiero que veais por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí, y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad cómo allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo: y todos peleamos, y todos no nos entendemos. Venga, pues, vuestra merced, señor Oidor, y vuestra merced señor Cura, y el uno sirva de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y pónganos en paz, porque por Dios todo poderoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas. Los Quadrilleros que no entendian el frasis de Don Quixote, y se veían mal parados de Don Fernando, Cardenio, y sus camaradas, no querian sosegarse: el Barbero sí, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas, y albarda. Sancho à la mas mínima voz de su amo obedeció, como buen criado: los quatro criados de Don Luis tambien se estubieron quedos, viendo quán poco les iba en no estarlo: solo el Ventero porfiaba que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que à cada paso le alborotaba la venta: finalmente, el

rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, la vacia por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quixote. Puestos, pues, yá en sosiego, y hechos amigos todos à persuasion del Oidor, y del Cura, volvieron los criados de Don Luis à porfiarle que al momento se viniese con ellos; y en tanto que con ellos se venía, el Oidor comunicó con Don Fernando, Cardenio, y el Cura, qué debia hacer en aquel caso, contándoseles con las razones que Don Luis le habia dicho. En fin fue acordado que Don Fernando dixese à los criados de Don Luis quien él era, y como era su gusto que Don Luis se fuese con él al Andalucia, donde de su hermano el Marques sería estimado, como el valor de Don Luis merecia, porque de esta manera se sabía la intencion de Don Luis, que no volveria por aquella vez à los ojos de su padre, si le hiciesen pedazos. Entendida, pues, de los quatro la calidad de Don Fernando, y la intencion de Don Luis, determinaron entre ellos que los tres se volviesen à contar lo que pasaba à su padre, y el otro se quedáse à servir à Don Luis, y no dexarle hasta que ellos volvie-

sen por él, ò viese lo que su padre les ordenaba. De esta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad de Agramante, y prudencia del Rey Sobrino: pero viéndose el enemigo de la concordia, y el émulo de la paz menospreciado, y burlado, y el poco fruto que habia grangeado de haberlos puesto à todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias, y desasosiegos. Es, pues, el caso, que los Quadrilleros se sosegaron, por haber entreoído la calidad de los que con ellos se habian combatido; y retirándose de la pendencia, por parecerles que de qualquier manera que sucediese habian de llevar lo peor de la batalla, à uno de ellos, que fue el que fue molido, y pateado por Don Fernando, le vino à la memoria que entre algunos mandamientos que traía para prender algunos delinqüentes, traía uno contra Don Quixote, à quien la Santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió à los galeotes, y como Sancho, con mucha razon habia temido. Imaginando, pues, esto, quiso certificarse si las señas que de Don Quixote traía venian bien; y

sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y poniéndosele à leer de espacio, porque no era buen letor, à cada palabra que leía ponia los ojos en Don Quixote, è iba cotejando las señas del mandamiento con su rostro, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba; y apenas se hubo certificado, quando recogiendo su pergamino, tomó el mandamiento con la mano izquierda, y con la derecha asió à Don Quixote del cuello tan fuertemente, que no le dexaba alentar, y à grandes voces decia: Favor à la Santa Hermandad; y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda à este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el Cura, y vió como era verdad quanto el Quadrillero decia, y como convenia con las señas con Don Quixote; el qual viéndose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la cólera en su punto, y crugiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo le asió al Quadrillero con entrambas manos de la garganta, que à no ser socorrido de sus compañeros, allí dexára la vida antes que Don Quixote la presa. El Ventero, que por fuerza habia de

fa-

favorecer à los de su oficio, acudió luego à darle favor. La Ventera, que vió de nuevo à su marido en pendencia, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego à Maritornes, y su hija, pidiendo favor al cielo, y à los que allí estaban. Sancho dixo, viendo lo que pasaba: Vive el Señor que es verdad quanto mi amo dice de los encantos de este castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. Don Fernando despartió al Quadrillero, y à Don Quixote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenian: pero no por eso cesaban los Quadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen à dársele atado, y entregado à toda su voluntad, porque así convenia al servicio del Rey, y de la Santa Hermandad; de cuya parte de nuevo les pedian socorro, y favor para hacer aquella prision de aquel robador, y salteador de sendas, y carreras. Reíase de oir decir estas razones Don Quixote; y con mucho sosiego dixo: Venid acá, gente soez, y mal nacida: ¿saltear caminos llamais el dar libertad à los encadenados, soltar los presos, acorrer à

los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro baxo, y vil entendimiento que el cielo no os comuníque el valor que se encierra en la Caballería Andante, ni os dé à entender el pecado, è ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, quanto mas la asistencia de qualquier Caballero Andante! Venid acá, ladrones en quadrilla, que no Quadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, decidme ¿quién fue el ignorante, que firmó mandamiento de prision contra un tal Caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son esentos de todo judicial fuero los Caballeros Andantes, y que su ley es su espada: sus fueros, sus brios: sus premáticas, su voluntad? ¿Quién fue el mentecato, vuelvo à decir, que no sabe que no hay secutoria de hidalgo con tantas preeminencias, ni esenciones, como la que adquiere un Caballero Andante el dia que se arma Caballero, y se entrega al duro exercicio de la Caballería? ¿Qué Caballero Andante pagó pecho, alcavala, chapin de la Reyna, moneda forera, portazgo, ni barca? ¿Qué Sastre le llevó hechura de vestido que le hi-

hiciese? ¿Qué Castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar el escote? ¿Qué Rey no le asentó à su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida à todo su talante, y voluntad? Y finalmente ¿qué Caballero Andante ha habido, hay, ni habrá en el mundo, que no tenga brios para dar él solo quatrocientos palos à quatrocientos Quadrilleros, que se le pongan delante?

CAPITULO XLVI.

En que se dá fin à la notable aventura de los Quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen Caballero Don Quixote.

EN tanto que Don Quixote esto decia, estaba persuadiendo el Cura à los Quadrilleros como Don Quixote era falto de juicio, como lo veían por sus obras, y por sus palabras, y que no tenian para qué llevar aquel negocio adelante; pues aunque le prendiesen, luego le habian de dexar por loco. A lo que respondió el del mandamiento, que à él no le tocaba juzgar de la locura de Don Quixote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen

trescientas. Con todo eso, dixo el Cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dexará llevarse, à lo que yo entiendo. En efecto tanto les supo el Cura decir, y tantas locuras supo Don Quixote hacer, que mas locos fueran que no él los Quadrilleros, si no conocieran la falta de Don Quixote; y así tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el Barbero, y Sancho Panza, que todavia insistian con gran rencor à su pendencia. Finalmente ellos, como miembros de justicia, mediaron la causa, y fueron árbitros de ella, de tal modo que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, à lo menos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas, y xáquimas: y en lo que tocaba à lo del yelmo de Mambrino, el Cura à só capa, y sin que Don Quixote lo entendiese, le dió por la vacia ocho reales, y el Barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse à engaño por entonces, ni por siempre jamás amen. Sosegadas, pues, estas dos pendencias, que eran las mas principales, y de mas tomo, restaba que los criados de Don Luis se contentasen de volver los tres, y que el otro

que-

quedáse, para acompañarle donde Don Fernando le queria llevar: y como yá la buena suerte, y mejor fortuna habia comenzado à romper lanzas, y à facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta, y de los valientes de ella, quiso llevarlo al cabo, y dar à todo felice suceso; porque los criados se contentaron de quanto Don Luis queria, de que recibió tanto contento Doña Clara, que ninguno en aquella sazon la mirára al rostro, que no conociera el regocijo de su alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia, y alegraba à bulto conforme veía, y notaba los semblantes à cada uno, especialmente de su Español, en quien tenia siempre puestos los ojos, y traía colgada el alma. El Ventero, à quien se le pasó por alto la dádiva, y recompensa que el Cura habia dicho al Barbero, pidió el escote de Don Quixote, con el menoscabo de sus cueros, y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagáse primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el Cura, y lo pagó Don Fernando, puesto que el Oidor de muy buena
vo-

voluntad habia tambien ofrecido la paga; y de tal manera quedaron todos en paz, y sosiego, que yá no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quixote habia dicho, sino la misma paz, y quietud del tiempo de Octaviano: de todo lo qual fue comun opinion que se debian dar las gracias à la buena intencion, y mucha eloqüencia del señor Cura, y à la incomparable liberalidad de Don Fernando. Viéndose, pues, Don Quixote libre, y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero, como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viage, y dar fin à aquella grande aventura, para que habia sido llamado, y escogido; y así con resoluta determinacion se fue à poner de hinojos ante Dorotea, la qual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantáse; y él por obedecerla se puso en pie, y le dixo: Es comun proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, como en muchas, y graves cosas lo ha mostrado la experiencia: la solicitud del negociante trae à buen fin el pleyto dudoso; pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad que en las de la guer-

guerra, donde la celeridad, y presteza previene los designios del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo, alta, y poderosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo yá es sin provecho, y podria sernos de tanto daño, que lo echásemos de vér algun dia: porque quién sabe si por ocultas espias, y diligentes habrá sabido yá vuestro enemigo el Gigante de que yo voy à destruirle; y dándole lugar el tiempo, se fortificáse en algun inexpugnable castillo, ò fortaleza, contra quien valiesen poco mis diligencias, y la fuerza de mi incansable brazo? Así que, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego à la buenaventura; que no está mas de tenerla vuestra grandeza como desea de quanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Calló, y no dixo mas Don Quixote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa Infanta; la qual con ademán señoril, y acomodado al estilo de Don Quixote, le respondió de esta manera: Yo os agradezco, señor Caballero, el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran

gran cuita, bien así como Caballero à quien es anexo, y concerniente el favorecer los huérfanos, y menesterosos: y quiera el cielo que el vuestro, y mi deseo se cumpla, para que veais que hay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo mas voluntad que la vuestra: disponed vos de mí à toda vuestra guisa, y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenáre. A la mano de Dios, dixo Don Quixote, pues así es, que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantarla, y ponerla en su heredado trono. La partida sea luego, porque me vá poniendo espuelas el deseo, y el camino, porque suele decirse que en la tardanza está el peligro: y pues no ha criado el cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante, ni acobarde, ensilla, Sancho, à Rocinante, y apareja tu jumento, y el palafren de la Reyna, y despidámonos del Castellano, y de estos señores, y vamos de aquí luego al punto. Sancho, que à todo estaba presente, dixo, meneando la cabe-

beza à una parte, y à otra: ¡Ay, señor, señor! y cómo hay mas mal en el aldeguela que se suena! con perdon sea dicho de las tocas honradas. ¿Qué mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, dixo Don Quixote, que pueda sonarse en menoscabo mio, villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dexaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir à su señor. Dí lo que quisieres, replicó Don Quixote, como tus palabras no se encaminen à ponerme miedo; que si tú le tienes, haces como quien eres: y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es eso, pecador fui à Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto, y por averiguado, que esta señora, que se dice ser Reyna del gran Reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque à ser lo que ella dice, no se anduviera hocicando con alguno de los que están en la rueda à vuelta de cabeza, y à cada traspuesta. Paróse colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo Don Fernando alguna vez à hurto de otros ojos habia cogido con los labios parte del premio que merecian

sus

sus deseos; lo qual habia visto Sancho, y parecídole que aquella desemboltura mas era de dama cortesana, que de Reyna de tan gran Reyno. Pero Dorotea no pudo, ni quiso responder palabra à Sancho, sino dexóle proseguir en su plática, y él fue diciendo: Esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos, y carreras, y pasado malas noches, y peores dias, ha de venir à coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para que darme priesa à que ensille à Rocinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. ¡O válame Dios, y quán grande fue el enojo que recibió Don Quixote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fue tanto, que con voz atropellada, y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dixo: ¡O bellaco, villano, malmirado, descompuesto, è ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador, y maldiciente! ¡Tales palabras has osado decir en mi presencia, y en la de estas ínclitas señoras! ¡Tales deshonestidades, y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion! Vete

te

te de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe à las Reales personas. Vete, no parezcas delante de mí, só pena de mi ira; y diciendo esto, enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró à todas partes, y dió con el pie derecho una gran patada en el suelo: señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas. A cuyas palabras, y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido, y medroso, que se holgára que en aquel instante se abriera debaxo de sus pies la tierra, y le tragára: y no supo que hacerse, sino volver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia yá el humor de Don Quixote, dixo para templarle la ira: No os despecheis, señor Caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha hecho, porque quizá no las debe de decir sin ocasion; ni de su buen entendimiento, y christiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio à nadie: y así se ha de creer, sin poner duda en ello, que como
en

en este castillo, segun vos, señor Caballero, decís, todas las cosas ván, y suceden por modo de encantamiento, podia ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica via, lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. Por el Omnipotente Dios juro, dixo à esta sazon Don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante à este pecador de Sancho, que le hizo vér lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera; que sé yó bien de la bondad, è inocencia de este desdichado, que no sabe levantar testimonios à nadie. Así es, y así será, dixo Don Fernando; por lo qual debe vuestra merced, señor Don Quixote, perdonarle, y reducirle al gremio de su gracia *sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le saquen de juicio. Don Quixote respondió, que él le perdonaba; y el Cura fue por Sancho, el qual vino muy humilde, è hincándose de rodillas, pidió la mano à su amo, y él se la dió; y despues de habérsela dexado besar, le echó la bendicion, diciendo: Agora acabarás de conocer, Sancho, hijo, ser verdad lo que

otras

otras muchas veces te he dicho de que todas las cosas de este castillo son hechas por via de encantamiento. Así lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria. No lo creas, respondió Don Quixote, que si así fuera, yo te vengára entónces, y aun agora; pero ni entónces, ni agora pude, ni ví en quién tomar venganza de tu agravio. Desearon saber todos qué era aquello de la manta, y el Ventero contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no menos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurára su amo que era encantamiento, puesto que jamás llegó la sandez de Sancho à tanto, que creyese no ser verdad pura, y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne, y hueso, y no por fantasmas soñadas, ni imaginadas, como su señor lo creía, y lo afirmaba. Dos dias eran yá pasados, los que habia que toda aquella ilustre compañia estaba en la venta; y pareciendoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea, y Don Fernando con Don

Quixote à su aldea con la invencion de la libertad de la Reyna Micomicona, pudiesen el Cura, y el Barbero llevársele como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fue, que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó à pasar por allí, para que lo llevåse en esta forma. Hicieron una como jaula de palos enrejados, capáz de que pudiese en ella caber holgadamente Don Quixote; y luego Don Fernando, y sus camaradas, con los criados de Don Luis, y los Quadrilleros, juntamente con el Ventero, todos por órden, y parecer del Cura se cubrieron los rostros, y disfrazaron, quién de una manera, y quién de otra: de modo que à Don Quixote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo, y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse à él, que libre, y seguro de tal acontecimiento dormia; y asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos, y los pies, de modo que quando él despertó con sobresalto, no pudo menearse, ni hacer otra cosa mas que admirarse, y suspenderse de vér delante de sí tan

es-

estraños visages : y luego dió en la cuenta de lo que su contínua, y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, que sin duda alguna yá estaba encantado, pues no se podia menear, ni defender : todo à punto como habia pensado que sucediera el Cura, trazador de esta máquina. Solo Sancho de todos los presentes estaba en su mismo juicio, y en su misma figura ; el qual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dexó de conocer quiénes eran todas aquellas contrahechas figuras ; mas no osó descoser su boca, hasta vér en qué paraba aquel asalto, y prision de su amo ; el qual tampoco hablaba palabra, atendiendo à vér el paradero de su desgracia ; que fue, que trayendo allí la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente, que no se podrian romper à dos tirones. Tomáronle luegò en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo quanto la supo formar el Barbero, no el del albarda, sino el otro, que decia : ¡ O Caballero de la Triste Figura ! no te dé afincamiento la prision en que

vás, porque así conviene para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso; la qual se acabará quando el furibundo Leon Manchado con la blanca Paloma Tobosina se liguen en uno, yá despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimonesco: de cuyo inaudito consorcio saldrán à la luz del Orbe los bravos cachorros, que imitarán las rumpantes garras del valeroso padre: y esto será antes que el seguidor de la fugitiva Ninfa faga dos vegadas la visita de las lucientes imágenes, con su rápido, y natural curso. Y tú ¡ ò el mas noble, y obediente escudero que tubo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las narices! no te desmaye, ni descontente vér llevar así delante de tus mismos ojos à la flor de la Caballería Andante, que presto, si al plasmador del mundo le place, te verás tan alto, y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas, que te ha fecho tu buen señor: y asegúrote de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso, y encantado Caballero, que conviene que vayas donde pareis

entrambos. Y porque no me es lícito decir otra cosa, à Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sé. Y al acabar de la profecía, alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oían. Quedó Don Quixote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo, y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso; de cuyo feliz vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpétua de la Mancha. Y creyendo esto bien, y firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro, dixo: ¡O tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado! ruegote que pidas de mi parte al sabio encantador, que mis cosas tiene à cargo, que no me dexe perecer en esta prision, donde agora me llevan, hasta vér cumplidas tan alegres, è incomparables promesas, como son las que aquí se me han hecho: que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi carcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen; y no por duro campo de batalla este le-

cho en que me acuestan, sino por cama blanda, y tálamo dichoso. Y en lo que toca à la consolacion de Sancho Panza, mi escudero, yo confio de su bondad, y buen proceder, que no me dexará en buena, ni en mala suerte; porque quando no suceda por la suya, ò por mi corta ventura el poderle yo dar la Insula, ù otra cosa equivalente, que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse; que en mi testamento, que yá está hecho, dexo declarado lo que se le ha de dar, no conforme à sus muchos, y buenos servicios, sino à la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPITULO XLVII.

Del estraño modo con que fue encantado Don Quixote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

QUando Don Quixote se vió de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dixo:

xo: Muchas, y muy graves historias he yo leído de Caballeros Andantes; pero jamás he leído, ni visto, ni oído que à los Caballeros encantados los lleven de esta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos, y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los ayres con estraña ligereza, encerrados en alguna parda, y obscura nube, ò en algun carro de fuego, ò yá sobre algun hipógrifo, ù otra bestia semejante à él: pero que me lleven à mí agora sobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confusion; pero quizá la Caballería, y los encantos de estos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que el que siguieron los antiguos. Y tambien podria ser que como yo soy nuevo Caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el yá olvidado exercicio de la Caballería Aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos, y otros modos de llevar à los encantados. ¿Qué te parece de esto, Sancho, hijo? No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leído como vuestra merced en las escrituras Andantes; pero con todo eso osaria afirmar, y jurar, que estas visiones, que

por aquí andan, no son del todo católicas. ¡Católicas mi padre! respondió Don Quixote: ¿cómo han de ser católicas, si son todos demonios, que han tomado cuerpos fantásticos, para venir à hacer esto, y à ponerme en este estado? Y si quieres vér esta verdad, tócalos, y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de ayre, y como no consiste en mas de en la apariencia. Por Dios, señor, replicó Sancho, yá yo los he tocado: y este diablo, que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios: porque segun se dice, todos huelen à piedra de azufre, y otros malos olores; pero este huele à ambar de media legua. Decia esto Sancho por Don Fernando, que como tan señor debia de oler à lo que Sancho decia. No te maravilles de eso, Sancho amigo, respondió Don Quixote, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traygan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas, y hediondas; y la razon es, que como ellos donde quiera que están traen el infierno con-

si-

sigo, y no pueden recibir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleyta, y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena: y si à tí te parece que ese demonio, que dices, huele à ambar, ò tú te engañas, ò él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasaron entre amo, y criado; y temiendo Don Fernando, y Cardenio que Sancho no viniese à caer del todo en la cuenta de su invencion, à quien andaba yá muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida; y llamando à parte al Ventero, le ordenaron que ensilláse à Rocinante, y enalbardáse el jumento de Sancho, el qual lo hizo con mucha presteza. Yá en esto el Cura se habia concertado con los Quadrilleros, que lo acompañasen hasta su lugar, dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante del un cabo la adarga, y del otro la vacia, y por señas mandó à Sancho que subiese en su asno, y tomáse de las riendas à Rocinante, y puso à los dos lados del carro à los dos Quadrilleros con sus escopetas: pero antes que se moviese el carro, salió la

Ven-

Ventera, su hija, y Maritornes à despedirse de Don Quixote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia; à quienes Don Quixote dixo: No lloreis mas, buenas señoras, que todas estas desdichas son anexas à los que profesan lo que yo profeso: y si estas calamidades no me acontecieran, no me tubiera yo por famoso Caballero Andante: porque à los Caballeros de poco nombre, y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde de ellos: à los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud, y valentia à muchos Príncipes, y à muchos otros Caballeros, que procuran por malas vias destruir à los buenos; pero con todo eso la virtud es tan poderosa, que por sí sola, à pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroastes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo, como la dá el Sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado por descuido mio os he fecho, que de voluntad, y à sabiendas jamás le dí à nadie; y rogad à Dios me saque de estas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si de ellas me

veo

veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho, para gratificarlas, servirlas, y recompensarlas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quixote, el Cura, y el Barbero se despedian de Don Fernando, y sus camaradas, y del Capitan, de su hermano el Oidor, y de todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea, y Luscinda. Todos se abrazaron, y quedaron encargados de darse noticia de sus sucesos, diciendo Don Fernando al Cura dónde habia de escribirle, para avisarle en lo que paraba Don Quixote, asegurándole que no habria cosa que mas gusto le diese que saberlo; y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, así de su casamiento, como del bautismo de Zorayda, suceso de Don Luis, y vuelta de Luscinda à su casa. El Cura ofreció de hacer quanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron à abrazarse otra vez, y otra vez tornaron à nuevos ofrecimientos. El Ventero se llegó al Cura, y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta donde se halló la Novela del Curioso Imperti-

tinente; y que pues su dueño no habia vuelto mas por allí, que se los llevase todos, que pues él no sabía leer, no los queria. El Cura se lo agradeció; y abriéndolos luego, vió que al principio de lo escrito decia: *Novela de Rinconete y Cortadillo*, por donde entendió ser alguna Novela, y coligió, que pues la del Curioso Impertinente habia sido buena, tambien lo sería aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo Autor; y así la guardó con presupuesto de leerla quando tuviese comodidad. Subió à caballo, y tambien su amigo el Barbero con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de Don Quixote, y pusiéronse à caminar tras el carro: y la órden que llevaban era esta: Iba primero el carro, guiándole su dueño: à los dos lados iban los Quadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas, seguia luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de la rienda à Rocinante: detras de todo esto iban el Cura, y el Barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con grave, y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. Don Quixote iba sentado

do en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado à las verjas, con tanto silencio, y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estátua de piedra: y así con aquel espacio, y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron à un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar, y dar pasto à los bueyes; y comunicándolo con el Cura, fue de parecer el Barbero que caminasen un poco mas, porque él sabía que detras de un recuesto, que cerca de allí se mostraba, habia un valle de mas yerba, y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del Barbero, y así tornaron à proseguir su camino. En esto volvió el Cura el rostro, y vió que à sus espaldas venian hasta seis, ò siete hombres de à caballo, bien puestos, y aderezados; de los quales fueron presto alcanzados, porque caminaban no con la flema, y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de Canónigos, y con deseo de llegar presto à sestear à la venta, que menos de una legua de allí se aparecia. Llegaron los diligentes à los perezosos, y saludáronse cortesmente; y uno de los que venian, que en resolucion era Canónigo de

de Toledo, y señor de los demas que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, Quadrilleros, Sancho, Rocinante, Cura, Barbero, y mas Don Quixote enjaulado, y aprisionado, no pudo dexar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera? Aunque yá se habia dado à entender, viendo las insignias de los Quadrilleros, que debia de ser algun facineroso salteador, ù otro delinqüente, cuyo castigo tocáse à la Santa Hermandad. Uno de los Quadrilleros, à quien fue hecha la pregunta, respondió así: Señor, lo que significa ir este Caballero de esta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyó Don Quixote la plática, y dixo: ¿Por dicha, vuestras mercedes, señores Caballeros, son versados, y peritos en esto de la Caballería Andante? Porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias; y si no, no hay para qué me canse en decirlas. Yá à este tiempo habian llegado el Cura, y el Barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con Don Quixote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio. El Canónigo à lo que Don Quixote dixo respondió:

dió: En verdad, hermano, que sé mas de libros de Caballerías, que de las Súmulas de Villalpando: así que si no está en mas que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéredes. A la mano de Dios, replicó Don Quixote: pues así es, quiero, señor Caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula por envidia, y fraude de malos encantadores; que la virtud es mas perseguida de los malos, que amada de los buenos. Caballero Andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria; sino de aquellos que à despecho, y pesar de la misma embidia, y de quantos Magos crió Persia, Bracmanes la India, Ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de exemplo, y dechado en los venideros siglos, donde los Caballeros Andantes vean los pasos que han de seguir, si quieren llegar à la cumbre, y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el señor Don Quixote de la Mancha, dixo à esta sazon el Cura, que él vá encantado en esta carreta, no por sus culpas, y pecados, sino por la mala intencion de aquellos à quien la vir-

virtud enfada, y la valentia enoja. Este es, señor, el Caballero de la Triste Figura, si yá le oisteis nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas, y grandes hechos serán escritas en bronces duros, y en eternos mármoles, por mas que se canse la embidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canónigo oyó hablar al preso, y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en la misma admiracion cayeron todos los que con él venian. En esto Sancho Panza, que se habia acercado à oir la plática, para adobarlo todo dixo: Ahora, señores, quiéranme bien, ò quiéranme mal por lo que dixere, el caso de ello es que así vá encantado mi señor Don Quixote, como mi madre: él tiene su entero juicio: él come, bebe, y hace sus necesidades como los demas hombres, y como las hacía ayer antes que le enjaulasen. Siendo esto así, ¿cómo quiere hacerme à mí entender que vá encantado? pues yo he oido decir à muchas personas que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan; y mi amo, si no le ván à la mano, hablará mas que treinta procuradores. Y volviéndo-

dose à mirar al Cura, prosiguió diciendo: ¡Ah, señor Cura, señor Cura! pensará vuestra merced que no le conozco, y pensará que yo no calo, y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamientos: pues sepa que le conozco, por mas que se encubra el rostro; y sepa que le entiendo, por mas que disimule sus embustes. En fin, donde reyna la envidia, no puede vivir la virtud; ni adonde hay escaseza, hay liberalidad. Mal haya el diablo, que si por su Reverencia no fuera, esta fuera la hora que mi señor estuviera casado con la Infanta Micomicona, y yo fuera Conde por lo menos; pues no se podia esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor el de la Triste Figura, como de la grandeza de mis servicios: pero yá veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda mas lista que una rueda de molino; y que los que ayer estaban en pinganitos, hoy están por el suelo. De mis hijos, y de mi muger me pesa, pues quando podian, y debian esperar vér entrar à su padre por sus puertas hecho Gobernador, ò Virrey de alguna Insula, ò Reyno, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor Cura, no

es mas de por encarecer à su Paternidad haga conciencia del mal tratamiento que à mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros, y bienes que mi señor Don Quixote dexa de hacer en este tiempo que está preso. Adóbame esos candiles, dixo à este punto el Barbero. ¿Tambien vos, Sancho, sois de la Cofradía de vuestro amo? Vive el Señor, que voy viendo que le habeis de hacer compañia en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su humor, y de su Caballería. En mal punto os empreñásteis de sus promesas, y en mala hora se os entró en los cascos la Insula que tanto deseais. Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dexaria empreñar del Rey que fuese; y aunque pobre, soy Christiano viejo, y no debo nada à nadie: y si Insulas deseo, otros desean otras cosas peores, y cada uno es hijo de sus obras; y debaxo de ser hombre, puedo venir à ser Papa, quanto mas Gobernador de una Insula; y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte à quien darlas. Vuestra

mer-

merced mire cómo habla, señor Barbero, que no es todo hacer barbas, y algo vá de Pedro à Pedro. Dígolo, porque todos nos conocemos, y à mí no se me ha de echar dado falso. Y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aquí, porque es peor menearlo. No quiso responder el Barbero à Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él, y el Cura tanto procuraban encubrir. Y por este mismo temor habia el Cura dicho al Canónigo que camináse un poco delante, que él le diria el mysterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo así el Canónigo, y adelantóse con sus criados, y con él estuvo atento à todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura, y costumbres de Don Quixote, contándole brevemente el principio, y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle à su tierra, para ver si por algun medio hallaban remedio à su locura. Admiráronse de nuevo los criados, y el Canónigo de oir la peregrina historia de D. Quixote. Y en acabándola de oir, dixo: Verdade-

ramente, señor Cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la República estos que llaman libros de Caballerías: y aunque he leído, llevado de un ocioso, y falso gusto, casi el principio de todos los mas que hay impresos, jamás me he podido acomodar à leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que quál mas, quál menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene mas este que aquel, ni estotro que el otro: y segun à mí me parece, este genero de escritura, y composicion cae debaxo de aquel de las fábulas, que llaman Milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente à deleytar, y no à enseñar; al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleytan, y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleytar, no sé yo cómo puedan conseguirlo, yendo llenos de tantos, y tan desaforados disparates porque el deleyte que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura, y concordancia que vé, ò contempla en las cosas, que la vista, ò la imaginacion le ponen delante: y toda cosa que tiene en sí fealdad, y descompostura, no nos puede causar contento alguno.

no. ¿Pues qué hermosura puede haber, ò qué proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro, ò fábula, donde un mozo de diez y seis años dá una cuchillada à un gigante como una torre, y le divide en dos mitades, como si fuera de alfeñique; y que quando nos quieren pintar una batalla, despues de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de combatientes, como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal Caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo? ¿Pues qué dirémos de la facilidad con que una Reyna, ò Emperatriz, heredera, se conduce en los brazos de un Andante, y no conocido Caballero? ¿Qué ingenio, sino el del todo bárbaro, è inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de Caballeros vá por la mar adelante como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, ò en otras, que ni las descubrió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si à esto se me respondiese, que los que tales libros componen, los escriben como cosas

de mentira, y que así no están obligados à mirar en delicadezas, ni verdades; responderíales yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas parece verdadera; y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso, y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte, que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen, y entretengan de modo, que anden à un mismo paso la admiracion, y la alegria juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verosimilitud, y de la imitacion, en quien consite la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de Caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio, y al medio; sino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion à formar una quimera, ò un monstruo, que à hacer una figura proporcionada. Fuera de esto, son en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos

gos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages: finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la República Christiana, como gente inútil. El Cura le estuvo escuchando con grande atencion: parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en quanto decia: y así le dixo, que por ser él de su misma opinion, y tener ojeriza à los libros de Caballerías, habia quemado todos los de D. Quixote, que eran muchos: y contóle el escrutinio que de ellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego, y dexado con vida, de que no poco se rió el Canónigo; y dixo, que con todo quanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sugeto que ofrecian, para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos; porque daban largo, y espacioso campo, por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros, y batallas: pintando un Capitan valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren: mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos; y eloqüente orador, persuadiendo,

ù disuadiendo à sus Soldados : maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer: pintando ahora un lamentable, y trágico suceso, ahora un alegre, y no pensado acontecimiento : allí una hermosísima dama, honesta, discreta, y recatada; aquí un Caballero Christiano, valiente, y comedido : acullá un desaforado Barbero fanfarron; acá un Príncipe cortés, valeroso, y bien mirado, representando bondad, y lealtad de vasallos, grandezas, y mercedes de señores : yá puede mostrarse Astrólogo, yá Cosmógrafo excelente; yá músico, yá inteligente en las materias de estado; y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante, si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Hector, las traiciones de Sinon, la amistad de Euríalo, la liberalidad de Alexandro, el valor de Cesar, la clemencia, y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton; y finalmente todas aquellas acciones, que pueden hacer perfecto à un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos; y siendo esto hecho con apacibilidad de es-

ti-

tilo, y con ingeniosa invencion, que tire lo mas que fuere posible à la verdad, sin duda compondrá una tela de varios, y hermosos lazos texida, que despues de acabada, tal perfeccion, y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar, y deleytar juntamente, como yá tengo dicho: porque la escritura desatada de estos libros dá lugar à que el Autor pueda mostrarse Epico, Lírico, Trágico, y Cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas, y agradables ciencias de la Poësía, y de la Oratoria: que la Epica tan bien puede escribirse en prosa como verso.

CAPITULO XLVIII.

Donde prosigue el Canónigo la materia de los libros de Caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

ASI es, como vuestra merced dice, señor Canónigo, dixo el Cura, y por esta causa son mas dignos de reprehension los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia à ningun buen discurso, ni al arte, y reglas por donde pudieran guiarse, y hacerse famosos en pro-

prosa, como lo son en verso los dos Príncipes de la Poésia Griega, y Latina. Yo à lo menos, replicó el Canónigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de Caballerías, guardando en él todos los puntos que he significado; y si he de confesar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondian à mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados de esta leyenda, doctos, y discretos, y con otros ignorantes, que solo atienden al gusto de oír disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion; pero con todo esto no he proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa agena de mi profesion, como por vér que es mas el número de los simples que el de los prudentes, y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, à quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero lo que mas me le quitó de las manos, y aún del pensamiento de acabarle, fue un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las Comedias que ahora se representan, diciendo: Si estas, que ahora se usan,

usan, así las imaginadas, como las de historia, todas, ò las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan pies, ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto, las tiene, y las aprueba por buenas, estando tan lexos de serlo; y los Autores que las componen, y los Actores que las representan, dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera: y que las que llevan traza, y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para quatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que à ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos: de este modo vendrá à ser mi libro al cabo de haberme quemado las cejas, por guardar los preceptos referidos, y vendria yo à ser el Sastre del Campillo. Y aunque algunas veces he procurado persuadir à los Actores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente traerán, y mas fama cobrarán representando Comedias, que hagan el arte, que no con las disparatadas; están tan asidos, è incorporados en su parecer, que no hay razon, ni evidencia que de él los saque. Acuérdome

me que un dia dixe à uno de estos pertinaces: Decidme, no os acordais que há pocos años que representaron en España tres Tragedias, que compuso un famoso Poëta de estos Reynos, las quales fueron tales, que admiraron, alegraron, y suspendieron à todos quantos las oyeron, así simples, como prudentes, así del vulgo, como de los escogidos, y dieron mas dineros à los Representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que despues acá se han hecho? ¿Sin duda, respondió el Actor que digo, que debe de decir vuestra merced por *la Isabela*, *la Filis*, *y la Alexandra*? Por esas digo, repliqué yo; y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dexaron de parecer lo que eran, y de agradar à todo el mundo. Así que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí, que no fue disparate *la Ingratitud vengada*, ni le tuvo *la Numancia*, ni se le halló en la del *Mercader amante*, ni menos en *la Enemiga favorable*, ni en otras algunas, que de algunos entendidos Poëtas han sido compuestas para fama, y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representen-

sentado. Y otras cosas añadí à estas, con que à mi parecer le dexé algo confuso, pero no satisfecho, ni convencido, para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado vuestra merced, señor Canónigo, dixo à esta sazon el Cura, que ha despertado en mí un antiguo rencor que tengo con las Comedias que agora se usan, tal, que iguala al que tengo con los libros de Caballerías; porque habiendo de ser la Comedia, segun le parece à Tulio, espejo de la vida humana, exemplo de las costumbres, è imagen de la verdad; las que agora se representan son espejos de disparates, exemplos de necedades, è imágenes de lascivia. Porque ¿qué mayor disparate puede ser en el sugeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir yá hecho hombre barbado? ¿Y qué mayor que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un page Consejero, un Rey ganapan, y una Princesa fregona? ¿Qué diré, pues, de la observancia que guardan en los tiempos, en que pueden, ò podian suceder las acciones que representan, sino que he visto Comedia, que la primera jornada comen-

menzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en Africa; y aún si fuera de quatro jornadas, la quarta acabára en América, y así se hubiera hecho en todas las quatro partes del mundo? Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la Comedia, ¿cómo es posible que satisfaga à ningun mediano entendimiento, que fingiendo una accion, que pasó en tiempo del Rey Pipino, y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal, le atribuyan que fue el Emperador Eraclio, que entró con la Cruz en Jerusalen, y el que ganó la Casa Santa, como Godofre de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno à lo otro; y fundándose la Comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas à diferentes personas, y tiempos; y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores, de todo punto inescusables? Y es lo malo, que hay ignorantes que dicen que esto es lo perfecto, y que lo demás es buscar gullorías. ¡Pues qué, si venimos à las Comedias divinas! ¡qué de milagros falsos fingen en ellas! ¡qué de cosas apócrifas, y mal entendidas, atribuyendo à un Santo los milagros de otro!

Y aún en las humanas se atreven à hacer milagros, sin mas respeto, ni consideracion que parecerles que allí estará bien el tal milagro, y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire, y venga à la Comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aún en oprobio de los ingenios Españoles; porque los estrangeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la Comedia, nos tienen por bárbaros, è ignorantes, viendo los absurdos, y disparates de las que hacemos. Y no sería bastante disculpa de esto decir que el principal intento que las Repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas Comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla à veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que pues este se consigue con qualquier Comedia buena, ò mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar à los que las componen, y representan à que las hagan como debian hacerse; pues como he dicho, con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo qual responderia yo, que este fin se conseguiria mu-

mucho mejor sin comparacion alguna con las Comedias buenas, que con las no tales; porque de haber oido la Comedia artificiosa, y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagáz con los exemplos, ayrado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena Comedia en el ánimo del que la escucháre, por rústico, y torpe que sea. Y de toda imposibilidad es imposible dexar de alegrar, entretener, satisfacer, y contentar la Comedia que todas estas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere de ellas, como por la mayor parte carecen estas, que de ordinario ahora se representan. Y no tienen la culpa de esto los Poëtas que las componen; porque algunos hay de ellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer: pero como las Comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los Representantes no se las compráran, si no fuesen de aquel jaez; y así el Poëta procura acomodarse con lo que el Representante,

que

que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad, véase por muchas, è infinitas Comedias, que ha compuesto un felicísimo ingenio de estos Reynos, con tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion, y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama: y por querer acomodarse al gusto de los Representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que despues de representadas, tienen necesidad los Recitantes de huirse, y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos Reyes, y en deshonra de algunos linages. Y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas, que no digo, con que hubiese en la Corte una persona inteligente, y discreta, que exâminase todas las Comedias antes que se representasen; no solo aquellas que se hiciesen en la Corte, sino todas las que se quisiesen representar en España; sin la qual aprobacion,

 se-

sello, y firma, ninguna Justicia en su Lugar dexáse representar Comedia alguna: y de esta manera los Comediantes tendrian cuidado de enviar las Comedias à la Corte, y con seguridad podrian representarlas: y aquellos que las componen, mirarian con mas cuidado, y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso exâmen de quien lo entiende; y de esta manera se harian buenas Comedias, y se conseguiria felicísimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes, y seguridad de los Recitantes, y el ahorro del cuidado de castigarlos. Y si se diese cargo à otro, ò à este mismo, que exâminàse los libros de Caballerías, que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable, y precioso tesoro de la eloqüencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen à la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los mas ocupados; pues no es posible que esté contínuo el arco ar-

mado, ni la condicion, y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion. A este punto de su coloquio llegaban el Canónigo, y el Cura, quando adelantándose el Barbero, llegó à ellos, y dixo al Cura: Aquí, señor Licenciado, es el lugar que yo dixe era bueno, para que sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco, y abundoso pasto. Así me lo parece à mí, respondió el Cura: y diciéndole al Canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que à la vista se les ofrecia; y así por gozar de él, como de la conversacion del Cura, de quien yá se iba aficionando, y por saber mas por menudo las hazañas de Don Quixote, mandó à algunos de sus criados que se fuesen à la venta, que no lexos de allí estaba, y traxesen de ella lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde. A lo qual uno de sus criados respondió, que el acémila del repuesto, que yá debia de estár en la venta, traía recado bastante para no obligar à tomar de la venta mas que cebada. Pues así es, dixo el Canónigo, llévense allá todas

las cavalgaduras, y haced volver la acémila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar à su amo sin la contínua asistencia del Cura, y el Barbero, que tenia por sospechosos, se llegó à la jaula donde iba, y le dixo: Señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa acerca de su encantamiento; y es, que aquestos que vienen aquí encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro Lugar, y el Barbero, y imagíno han dado esta traza de llevarle de esta manera de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta, pues, esta verdad, síguese que no vá encantado, sino embuido, y tonto: para prueba de lo qual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá como no vá encantado, sino trastornado el juicio. Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondió Don Quixote, que yo te satisfaré, y responderé à toda tu voluntad. Y en lo que dices, que aquellos que allí ván, y vienen con nosotros, son el Cura, y el Barbero, nuestros compatriotas, y conoci-

cidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero no que lo sean realmente; y en efecto, eso no lo creas en ninguna manera. Lo que has de creer, y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia, y semejanza, porque es facil à los encantadores tomar la figura que se les antoja; y habrán tomado las de estos nuestros amigos para darte à tí ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes à salir de él, aunque tuvieses la soga de Teséo: y tambien lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de dónde me viene este daño: porque si por una parte tú me dices que me acompañan el Barbero, y el Cura de nuestro Pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿qué quieres que diga, ò piense, sino que la manera de mi encantamiento excede à quantas yo he leído en todas las historias que tratan de Caballeros Andantes, que han sido encantados? Así que bien puedes darte

te paz, y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos como yo soy Turco. Y en lo que toca à querer preguntarme algo, dí, que yo te responderé, aunque me preguntes de aquí à mañana. ¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho dando una gran voz. ¿Y es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro, y tan falto de meollo, que no eche de vér que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision, y desgracia tiene mas parte la malicia que el encanto? Pero pues así es, yo lo quiero probar evidentemente como no vá encantado. Si no, dígame, así Dios le saque de esta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea, quando menos se piense.... Acaba de conjurarme, dixo Don Quixote, y pregunta lo que quisieres, que yá te he dicho que te responderé con toda puntualidad. Eso pido, replicó Sancho; y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir, ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir, y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debaxo de título de Caballeros Andantes......Digo que no mentiré en cosa

sa alguna, respondió Don Quixote: acaba de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias, y prevenciones, Sancho. Digo que estoy seguro de la bondad, y verdad de mi amo; y así, porque hace al caso à nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, si acaso despues que vuestra merced vá enjaulado, y à su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana, y voluntad de hacer aguas mayores, ò menores, como suele decirse? No entiendo eso de hacer aguas, Sancho: aclárate mas, si quieres que te responda derechamente. ¿Es posible que no entienda vuestra merced de hacer aguas mayores, ò menores? Pues en la escuela destetan à los muchachos con ello. Pues sepa que quiere decir: Si le ha venido gana de hacer lo que no se escusa. Yá, yá te entiendo, Sancho, y muchas veces, y aun ahora la tengo: sácame de este peligro, que no anda todo limpio.

CAPITULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quixote.

AH! dixo Sancho, cogido le tengo: esto

to es lo que yo deseaba saber, como al alma, y como à la vida. Venga acá, señor, ¿podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí, quando una persona está de mala voluntad: No sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde apropósito à lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? De donde se viene à sacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe quando se lo dan, y come quando lo tiene, y responde à todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sancho, respondió Don Quixote; pero yá te he dicho, que hay muchas maneras de encantamientos, y podria ser que con el tiempo se hubiese mudado de unos en otros, y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacian: de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir, ni de qué hacer conseqüencias. Yo sé, y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande, si yo pensa-

se que no estaba encantado, y me dexáse estár en esta jaula, perezoso, y cobarde, defraudando el socorro que podria dar à muchos menesterosos, y necesitados, que de mi ayuda, y amparo deben tener à la hora de ahora precisa, y extrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia, y satisfaccion sería bien que vuestra merced probase à salir de esta carcel, que yo me obligo con todo mi poder à facilitarlo, y aun sacarle de ella, y probase de nuevo à subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que vá encantado, segun vá de melancólico, y triste; y hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras: y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos à la jaula; en la qual prometo, à la ley de buen, y leal escudero, de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, ò yo tan simple, que no acierte à salir con lo que digo. Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó D. Quixote; y quando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo, y por todo: pero tú, Sancho, verás como te enga-

ga-

gañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas pláticas se entretuvieron el Caballero Andante, y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde yá apeados los aguardaban el Cura, el Canónigo, y el Barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dexólos andar à sus anchuras por aquel verde, y apacible sitio, cuya frescura convidaba à quererla gozar, no à las personas tan encantadas como Don Quixote, sino à los tan advertidos, y discretos como su escudero: el qual rogó al Cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dexaba salir, no iria tan limpia aquella prision, como requeria la decencia de un tal Caballero como su amo. Entendióle el Cura, y dixo que de muy buena gana haría lo que le pedia, si no temiera que en viéndose su señor en libertad, habia de hacer de las suyas, è irse donde jamás gentes le viesen. Yo le fio de la fuga, respondió Sancho: y yo, y todo, dixo el Canónigo; y mas si él me dá la palabra como Caballero de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad. Sí doy, respondió Don Quixote, que todo lo estaba escuchando; quanto

mas

mas que el que está encantado como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos; y si hubiere huido, le hará volver en volandas: y que pues esto era así, bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos; y de no soltarle, les protestaba que no podia dexar de fatigarles el olfato, si de allí no se desviaban. Tomóle la mano el Canónigo, aunque las tenia atadas, y debaxo de su buena fé, y palabra le desenjaularon, de que él se alegró infinito, y en grande manera de verse fuera de la jaula. Y lo primero que hizo fue estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estaba Rocinante; y dándole dos palmadas en las ancas, dixo: Aún espero en Dios, y en su bendita Madre, flor, y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos qual deseamos; tú con tu señor acuestas, y yo encima de tí, exercitando el oficio para que Dios me echó al mundo. Y diciendo esto Don Quixote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado, y con mas deseos de poner por obra lo que su escudero or-

de-

denáse. Mirábale el Canónigo, y admirábase de ver la estrañeza de su grande locura, y de que en quanto hablaba, y respondia mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venía à perder los estrivos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de Caballerías: y así movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba, para esperar el repuesto del Canónigo, le dixo: ¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga, y ociosa letura de los libros de Caballerías, que le hayan vuelto el jucio de modo que venga à creer qu vá encantado, con otras cosas de este jaez, tan lexos de ser verdaderas, como lo está la mentira de la verdad? ¿Y cómo es posible que haya entendimiento humano al que se dé à entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turbamulta de tanto famoso Caballero, tanto Emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endríagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamientos, tantas batallas, tantos desaforados

dos encuentros, tanta bizarria de trages, tantas Princesas enamoradas, tantos escuderos Condes, tantos enanos graciosos, tanto villete, tanto requiebro, tantas mugeres valientes; y finalmente tantos, y tan disparatados casos como los libros de Caballerías contienen? De mí sé decir, que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira, y liviandad, me dan algun contento; pero quando caygo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor de ellos en la pared; y aun diera con él en el fuego, si cerca, ò presente le tuviera, bien como à merecedores de tal pena, por ser falsos, y embusteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como à inventores de nuevas sectas, y de nuevo modo de vida, y como à quien dá ocasion que el vulgo ignorante venga à creer, y tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven à turbar los ingenios de los discretos, y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de vér por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traído à términos que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un

car-

carro de bueyes, como quien trae, ò lleva algun leon, ò algun tigre de lugar en lugar para ganar con él, dexando que le vean. Ea, señor D. Quixote, duélase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fue servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra letura, que redunde en aprovechamiento de su conciencia, y en aumento de su honra. Y si todavia, llevado de su natural inclinacion, quisiere leer libros de hazañas, y de Caballerías, lea en la sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas, y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un Cesar Roma, un Anibal Cartago, un Alexandro Grecia, un Conde Fernan Gonzalez Castilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andalucia, un Diego Garcia de Paredes Estremadura, un Garcia Perez de Bargas Xeréz, un Garcilaso Toledo, y un D. Manuel de Leon Sevilla, cuya leccion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleytar, y admirar à los mas altos ingenios que los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor D. Quixote mio,

de

de la qual saldrá erudíto en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, y valiente sin temeridad, osado sin cobardia, y todo esto para honra de Dios, provecho suyo, y fama de la Mancha, dó segun he sabido, trae vuestra merced su principio, y origen. Atentísimamente estuvo Don Quixote escuchando las razones del Canónigo; y quando vió que yá habia puesto fin à ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dixo: Paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado à querer darme à entender que no ha habido Caballeros Andantes en el mundo, y que todos los libros de Caballerías son muy falsos, mentirosos, dañadores, è inútiles para la República, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, habiéndome puesto à seguir la durísima profesion de la Caballería Andante que ellos enseñan; negándome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros Caballeros de que las escrituras están llenas. Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo vá relatando,

do,

do, dixo à esta sazon el Canónigo. A lo qual respondió Don Quixote: Añadió tambien vuestra merced diciendo, que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio, y puéstome en una jaula, y que me sería mejor hacer la enmienda, y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan, y enseñan. Así es, dixo el Canónigo. Pues yo, replicó Don Quixote, hallo por mi cuenta que el sin juicio, y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto à decir tantas blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo, y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecia la misma pena que vuestra merced dice que dá à los libros quando los lee, y le enfadan: porque querer dar à entender à nadie que Amadís no fue en el mundo, ni todos los otros Caballeros Aventureros, de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el Sol no alumbra, ni el hielo enfria, ni la tierra sustenta: ¿porque qué ingenio puede haber en el mundo, que pueda persuadir à otro que no fue verdad lo de la Infanta Floripes, y Gui de Borgoña; y lo de Fierabras con la Puente

de

de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno, que voto á tal, que es tanta verdad como es ahora de dia? Y si es mentira, tambien lo debe de ser que no hubo Hector, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el Rey Artus de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su Reyno por momentos. Y tambien se atreverán à decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del santo Girial; y que son apócrifos los amores de D. Tristan, y la Reyna Iseo, como los de Ginebra, y Lanzarote; habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto à la Dueña Quintañona, que fue la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña: y es esto tan así, que me acuerdo yo que me decia una mi abuela de parte de mi padre, quando veía alguna Dueña con tocas reverendas: Aquella, nieto, se parece à la Dueña Quintañona; de donde arguyo yo, que la debió ella de conocer, ò por lo menos debió de alcanzar à ver algun retrato suyo. ¿Pues quién podrá negar no ser verdadera la historia de Pierres, y la linda Magalona, pues aun hasta hoy dia

se ven en la armería de los Reyes la clavija con que volvia el caballo de madera; sobre quien iba el valiente Pierres por los ayres, que es un poco mayor que un timon de carreta, y junto à la clavija está la silla de Babieca; y en Roncesvalles está el cuerno de Roldan, tamaño como una grande viga? De donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cides, y otros Caballeros semejantes de estos que dicen las gentes que à sus aventuras ván. Si no, dígame tambien que no es verdad que fue Caballero Andante el valiente Lusitano Juan de Merlo, que fue à Borgoña, y se combatió en la Ciudad de Ras con el famoso señor de Charni, llamado Mosen Pierres, y despues en la Ciudad de Basilea con Mosen Henrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor, y lleno de honrosa fama. Y las aventuras, y desafios que tambien acabaron en Borgoña los valientes Españoles Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya alcurnia yo desciendo por linea recta de varon), venciendo à los hijos del Conde de San Polo. Niéguenme asimismo que no fue à buscar las aventuras à Alemania D. Fernando de Guevara, donde se com-

combatió con Micer Jorge, Caballero de la Casa del Duque de Austria. Digan que fueron burla las Justas de Suero de Quiñones del Paso: las empresas de Mosen Luis de Falses, contra Don Gonzalo de Guzman, Caballero Castellano, con otras muchas hazañas hechas por Caballeros Christianos de estos, y de los Reynos estrangeros, tan auténticas, y verdaderas, que torno à decir que el que las negáse, careceria de toda razon, y buen discurso. Admirado quedó el Canónigo de oir la mezcla que Don Quixote hacía de verdades, y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes, y concernientes à los hechos de su Andante Caballería, y así le respondió: No puedo yo negar, señor Don Quixote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca à los Caballeros Andantes Españoles; y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia; pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el Arzobispo Turpin de ellos escribe: porque la verdad de ello es que fueron Caballeros escogidos por los Reyes de Francia, à quien llamaron Pares por ser todos igua-

les en valor, en calidad, y en valentia; à lo menos si no lo eran, era razon que lo fuesen; y era como una Religion de las que ahora se usan de Santiago, ù de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser, ù deben ser Caballeros valerosos, valientes, y bien nacidos: y como ahora dicen Caballero de S. Juan, ù de Alcántara, decian en aquel tiempo Caballero de los doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta Religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En el otro de la clavija, que vuestra merced dice del Conde Pierres, y que está junto à la silla de Babieca en la armería de los Reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante, ò tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como vuestra merced ha dicho. Pues allí está sin duda alguna, replicó D. Quixote, y por mas señas dicen que está metida en una funda de baqueta, porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el Canónigo; pero por las órde-

denes que recibí que no me acuerdo haberlo visto; mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo à creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de Caballeros como por ahí nos cuentan; ni es razon que un hombre como vuestra merced, tan honrado, y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé à entender que son verdaderas tantas, y tan estrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de Caballerías.

CAPITULO L.

De las discretas altercaciones que Don Quixote, y el Canónigo tuvieron, con otros sucesos.

BUeno está eso, respondió Don Quixote: ¿los libros que están impresos con licencia de los Reyes, y con aprobacion de aquellos à quien se remitieron, y que con gusto general son leídos, y celebrados de los grandes, y de los chicos, de los pobres, de los ricos, y de los letrados, è ignorantes, de los plebeyos, y Caballeros; y finalmente de todo género de personas de qualquier estado, y condicion que sean,

habian de ser mentira, y llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas punto por punto, y dia por dia que el tal Caballero hizo, ò Caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y creáme, que le aconsejo en esto lo que debe hacer como discreto: si no, léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, dígame: ¿Hay mayor contento que vér, como si dixésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirbiendo à borbollones, y que andan nadando, y cruzando por él muchas serpientes, culebras, lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces, y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima, que dice: Tú, Caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debaxo de estas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro, y encendido licor, porque si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran, y contienen los siete castillos de las siete Fadas, que de-

ba-

baxo de esta negrura yacen: y que apenas el Caballero no ha acabado de oir la temerosa voz, quando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse à considerar el peligro à que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose à Dios, y à su señora, se arroja en mitad del bullente lago; y quando no se cata, ni sabe dónde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el cielo es mas trasparente, y que el Sol luce con claridad mas nueva. Acullá ofrécesele à los ojos una apacible floresta de tan verdes, y frondosos árboles compuesta, que alegra à la vista su verdura, y entretiene los oidos el dulce, y no aprendido canto de los pequeños, infinitos, y pintados pajarillos, que por los intrincados ramos ván cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas, y blancas pedrezuelas, que oro cernido, y puras perlas semejan. Acullá vé una artificiosa fuente de jaspe variado, y de liso marmol compuesta. Acá vé otra à lo brutesco ordenada, adonde las menu-

das conchas de las almejas, con las torcidas casas blancas, y amarillas del caracol, puestas con órden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente, y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el arte imitando à la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo, ò vistoso alcazar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbunclos, de rubies, de perlas, de oro, y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura. Y hay mas que ver, despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos, y vistosos trages, si yo me pusiese ahora à decirlos como las historias nos lo cuentan, sería nunca acabar; y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido Caballero, que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcazar, ò castillo, y hacerle desnudar, como

su

su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa, y perfumada, y acudir otra doncella, y echarle un manto sobre los hombros, que por lo menos dicen que suele valer una Ciudad, y aun mas? ¿Qué es vér, pues, quando nos cuentan, que tras todo esto le llevan à otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso, y admirado? ¿Qué el verle echar agua à manos, toda de ambar, y de olorosas flores destilada? ¿Qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Qué verle servir todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio? ¿Qué el traherle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito à quál deba alargar la mano? ¿Quál será oir la música, que en tanto que come suena, sin saberse quién la canta, ni adónde suena? ¿Y despues de la comida acabada, y las mesas alzadas, quedarse el Caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar à deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella que ninguna de las

las primeras, y sentarse al lado del Caballero, y comenzar à darle cuenta de qué castillo es aquel, y de como ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al Caballero, y admiran à los leyentes, que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues de ello se puede colegir, que qualquiera parte que se lea de qualquier historia de Caballero Andante, ha de causar gusto, y maravilla à qualquiera que la leyere. Y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá como le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mí sé decir, que despues que soy Caballero Andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos: y aunque há tan poco que me ví encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun Reyno, adonde pueda mostrar el agradecimiento, y liberalidad que mi pecho encierra: que mia fé, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de li-

liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea: y el agradecimiento, que solo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fé sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion, donde me hiciese Emperador, por mostrar mi pecho, haciendo bien à mis amigos, especialmente à este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un Condado, que le tengo muchos dias há prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado. Casi estas últimas palabras oyó Sancho à su amo, à quien dixo: Trabaje vuestra merced, señor Don Quixote, en darme ese Condado, tan prometido de vuestra merced, como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte à mí habilidad para gobernarle; y quando me faltáre, yo he oído decir que hay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los estados de los Señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el Señor se está à pierna tendida gozando la renta que le dan, sin curarse de otra cosa: y así haré yo, y no repararé en tanto

to

to mas quanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un Duque, y allá se lo hayan. Eso, hermano Sancho, dixo el Canónigo, entiéndese en quanto al gozar la renta; empero al administrar justicia, ha de entender el Señor del estado: y aquí entra la habilidad, y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar; que si ésta falta en los principios, siempre irán errados los medios, y los fines: y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza; mas solo sé que tan presto tuviese yo el Condado, como sabria regirle; que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan Rey sería yo de mi estado, como cada uno del suyo: y siéndolo, haria lo que quisiese: haciendo lo que quisiese, haria mi gusto: y haciendo mi gusto, estaría contento; y en estando uno contento, no tiene mas que desear: y no teniendo mas que desear, acabóse, y el estado venga, y à Dios y veámonos, como dixo un ciego à otro. No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho, dixo el Canónigo; pero con todo

eso

eso hay mucho que decir sobre esta materia de Condados. A lo qual replicó Don Quixote: Yo no sé que haya mas que decir; solo me guio por el exemplo que me dá el grande Amadis de Gaula, que hizo à su escudero Conde de la Insula Firme; y así puedo yo, sin escrúpulo de conciencia, hacer Conde à Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que Caballero Andante ha tenido. Admirado quedó el Canónigo de los concertados disparates que Don Quixote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del Caballero del Lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leído: y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el Condado, que su amo le habia prometido. Yá en esto volvian los criados del Canónigo, que à la venta habian ido por la acémila del repuesto; y haciendo mesa de un alhombra, y de la verde yerba del prado, à la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí, porque el bueyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho: y estando comiendo à deshora, oyeron un recio estruendo, y un són de esquila, que

por

por entre unas zarzas, y espesas matas, que allí junto estaban, sonaba: y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco, y pardo. Tras ella venía un Cabrero dándola voces, y diciéndola palabras à su uso, para que se detuviese, ò al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa, y despavorida, se vino à la gente, como à favorecerse de ella, y así se detuvo. Llegó el Cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capáz de discurso, y entendimiento, la dixo: ¡ Ah cerrera, cerrera, manchada, manchada! ¿Y cómo andais vos estos dias de pie coxo? ¿Qué lobos os esperan, hija? ¿No me direis qué es esto, hermosa? Mas qué puede ser, sino que sois hembra, y no podeis estár sosegada; que mal haya vuestra condicion, y la de todas aquellas à quien imitais. Volved, volved, amiga, que si no tan contenta, à lo menos estareis mas segura en vuestro aprisco, ò con vuestras compañeras: que si vos que las habeis de guardar, y encaminar, andais tan sin guia, y descaminada, ¿ en qué podrán parar ellas? Contento dieron las palabras del Cabrero à los que las oyeron,

ron, especialmente al Canónigo, que le dixo: Por vida vuestra, hermano, que os sosegueis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esta cabra à su rebaño, que pues ella es hembra, como vos decis, ha de seguir su natural distinto, por mas que vos os pongais à estorvarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templareis la cólera, y en tanto descansará la cabra: y el decir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre todo fue uno. Tomólo, y agradeciólo el Cabrero: bebió, y sosegóse, y luego dixo: No querria que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de mysterio las palabras que le dixe. Rústico soy; pero no tanto que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres, y con las bestias. Eso creo yo muy bien, dixo el Cura, que yá yo sé de experiencia, que los montes crian Letrados, y las cabañas de los pastores encierran Filósofos. A lo menos, señor, replicó el Cabrero, acogen hombres escarmentados: y para que creais esta verdad, y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser

rogado me convido, si no os enfadais de ello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oído atento, os contaré una verdad, que acredite lo que ese señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mia. A esto respondió Don Quixote: Por vér que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de Caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades, que suspendan, alegren, y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad, pues, amigo, que todos escucharemos. Saco la mia, dixo Sancho, que yo à aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias; porque he oído decir à mi señor Don Quixote que el escudero de Caballero Andante ha de comer quando se le ofreciere hasta no poder mas, à causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intrincada, que no aciertan à salir de ella en seis dias; y si el hombre no vá harto, ò bien proveídas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne

ne momia. Tú estás en lo cierto, Sancho, dixo Don Quixote: vete adonde quisieres, y come lo que pudieres, que yo yá estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion, como se la daré escuchando el cuento de este buen hombre. Así las darémos todos à las nuestras, dixo el Canónigo: y luego rogó al Cabrero que diese principio à lo que prometido habia. El Cabrero dió dos palmadas sobre el lomo à la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndola: Recuéstate junto à mí, manchada, que tiempo nos queda para volver à nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño, se tendió ella junto à él con mucho sosiego; y mirándole al rostro, daba à entender que estaba atenta à lo que el Cabrero iba diciendo, el qual comenzó su historia de esta manera.

CAPITULO LI.

De lo que contó el Cabrero à todos los que llevaban à Don Quixote.

TRes leguas de este valle está una Aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, en

la qual habia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba: mas lo que le hacía mas dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan estremada hermosura, rara discrecion, donayre, y virtud, que el que la conocia, y la miraba, se admiraba de vér las estremadas partes con que el cielo, y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fue hermosa, y fue siempre creciendo en belleza; y en la edad de diez y seis años fue hermosísima. La fama de su belleza se comenzó à estender por todas las circunvecinas Aldeas: ¿Qué digo yo por todas las circunvecinas no mas, si se estendió à las apartadas Ciudades, y aun se entró por las salas de los Reyes, y por los oídos de todo género de gente, que como à cosa rara, ò como à imagen de milagros de todas partes à verla venian? Guardábala su padre, y guardábase ella; que no hay candados, guardas, ni cerraduras que mejor guarden à una doncella que las del recato propio. La riqueza del padre, y la belleza de la hija movieron à muchos, así del pueblo, como forasteros, à que por muger se la pi-

pidiesen; mas él, como à quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso, sin saber determinarse à quien la entregaria de los infinitos que le importunaban: y entre los muchos que tan buen deseo tenian, fui yo uno, à quien dieron muchas, y grandes esperanzas de buen suceso conócer que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fue causa de suspender, y poner en balanza la voluntad del padre, à quien parecia que con qualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y por salir de esta confusion, determinó decírselo à Leandra (que así se llama la rica, que en miseria me tiene puesto), advirtiendo que pues los dos éramos iguales, era bien dexar à la voluntadad de su querida hija el escoger à su gusto: cosa digna de imitar todos los padres que à sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dexen escoger en cosas ruines, y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan à su gusto. No

sé yo el que tuvo Leandra; solo sé que el padre nos entretuvo à entrambos con la poca edad de su hija, y con palabras generales, que ni le obligaban, ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vayais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aún está pendiente; pero bien se dexa entender que ha de ser desastrado. En esta sazon vino à nuestro pueblo un Vicente de la Rosa, hijo de un pobre labrador del mismo Lugar; el qual Vicente venía de las Italias, y de otras diversas partes de ser Soldado: llevóle de nuestro Lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un Capitan, que con su compañia por allí acertó à pasar; y volvió el mozo de allí à otros doce, vestido à la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil diges de cristal, y sutíles cadenas de acero: hoy se ponia una gala, y mañana otra; pero todas fútiles, pintadas, de poco peso, y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar, es la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas, y preseas, y halló que los vestidos eran tres de di-

diferentes colores, con sus ligas, y media
pero él hacía tantos guisados, è invencio
nes de ellos, que si no se los contáran, hubiera quien jurára que habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos, y de mas de veinte plumages. Y no parezca impertinencia, y demasía esto que de los vestidos os voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo, que debaxo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenia à todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el Orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado: habia muerto mas Moros que tiene Marruecos, y Tunez, y entrando en mas singulares desafios, segun él decia, que Gante, y Luna, Diego Garcia de Paredes, y otros mil que nombraba; y de todos habia salido con vitoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte mostraba señales de heridas, que aunque no se divisaban, nos hacía entender que eran arcabuzazos, dados en diferentes reencuentros, y facciones. Finalmente con una no vista arrogancia llamaba de vos à sus iguales, y à

los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linage sus obras, y que debaxo de ser Soldado al mismo Rey no debia nada. Añadiósele à estas arrogancias ser un poco músico, y tocar una guitarra à lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacía hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que tambien la tenia de Poëta; y así de cada niñería que pasaba en el pueblo, componia un romance de legua y media de escritura. Este Soldado, pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Rosa, este bravo, este galan, este músico, este Poëta, fue visto, y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa, que tenia la vista à la plaza: enamoróla el oropel de sus vistosos trages: encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados: llegaron à sus oidos las hazañas que él de sí mismo habia referido: y finalmente, que así el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino à enamorar de él antes que en él naciese presuncion de solicitarla: y como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla, que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con

fa-

facilidad se concertaron Leandra, y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, yá ella le tenia cumplido, habiendo dexado la casa de su querido, y amado padre (que madre no la tenia), y ausentádose de la Aldea con el Soldado, que salió con mas triunfo de esta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso à toda la Aldea, y aun à todos los que de él noticia tuvieron. Yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la Justicia, los Quadrilleros listos: tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques, y quanto habia, y al cabo de tres dias hallaron à la antojadiza Leandra en una cueba de un monte desnuda en camisa, sin muchos dineros, y preciosísimas joyas, que de su casa habia sacado. Volviéronla à la presencia del lastimado padre: preguntáronla su desgracia, y confesó sin apremio que Vicente de la Rosa la habia engañado, y debaxo de palabra de ser su esposo la persuadió que dexáse la casa de su padre, que él la llevaria à la mas rica, y mas vistosa Ciudad que habia en todo el universo mundo, que era

Nápoles; y que ella, mal advertida, y peor engañada, le habia creído, y robando à su padre, se le entregó la misma noche que habia faltado, y que él la llevó à un áspero monte, y la encerró en aquella cueba, donde la habian hallado. Contó tambien como el Soldado, sin quitarla su honor, la robó quanto tenia, y la dexó en aquella cueba, y se fue: suceso que de nuevo puso en admiracion à todos. Duro se nos hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consoláse, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habia dexado à su hija con la joya, que si una vez se pierde, no dexa esperanza de que jamás se cobre. El mismo dia que pareció Leandra la desapareció su padre de nuestros ojos, y la llevó à encerrar en un Monasterio de una Villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinon en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, à lo menos con aquellos que no les iba algun interés en que ella fuese mala, ò buena; pero los que conocian su discrecion, y su

mu-

mucho entendimiento, no atribuyeron à ignorancia su pecado, sino à su desenvoltura, y à la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada, y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, à lo menos sin tener cosa que mirar que contento les diese: los mios en tinieblas, sin luz que à ninguna cosa de gusto les encamináse. Con la ausencia de Leandra crecia nuestra tristeza, ocupábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del Soldado, y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente Anselmo, y yo nos concertamos de dexar el Aldea, y venirnos à este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras, tambien mias, pasamos la vida entre los árboles, dando vado à nuestras pasiones, ò cantando juntos alabanzas, ò vituperios de la hermosa Leandra, ò suspirando solos, y à solas comunicando con el cielo nuestras querellas. A imitacion nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido à estos ásperos montes, usando el mismo exercicio nuestro, y son tantos, que parece que este si-

tio

tio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está colmado de pastores, y de apriscos; y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice, y la llama antojadiza, varia, y deshonesta: aquel la condena por facil, y ligera: tal la absuelve, y perdona; y tal la ajusticia, y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se estiende à tanto su locura, que hay quien se quexe de desdén, sin haberla jamás hablado; y aun quien se lamente, y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamás dió à nadie; porque, como yá tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algun pastor, que sus desventuras à los ayres no cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse. Leandra resuenan los montes: Leandra murmuran los arroyos; y Leandra nos tiene à todos suspensos, y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados el que muestra que menos,

nos, y mas juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el qual teniendo otras tantas cosas de que quexarse, solo se quexa de la ausencia; y al són de un rabel, que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se quexa. Yo sigo otro camino mas facil, y à mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fé rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos, è intenciones que tienen. Y esta fue la ocasion, señores, de las palabras, y razones que dixe à esta cabra, quando aquí llegué, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero, y rebaño. Esta es la historia que prometí contaros: si he sido en contarla prolixo, no seré en serviros corto. Cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche, y muy sabrosísimo queso, con otras varias, y muy sazonadas frutas, no menos à la vista que al gusto agradables.

CAPITULO LII.

De la pendencia que Don Quixote tuvo con el Cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, à quien dió felice fin à costa de su sudor.

GEneral gusto causó el cuento del Cabrero à todos los que escuchado le habian: especialmente le recibió el Canónigo, que con estraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan lexos de parecer rústico Cabrero, quan cerca de mostrarse discreto Cortesano: y así dixo que habia dicho muy bien el Cura en decir que los montes criaban Letrados. Todos se ofrecieron à Eugenio; pero el que mas se mostró liberal en esto fue Don Quixote, que le dixo: Por cierto, hermano Cabrero, que si yo me hallára posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino, porque vos la tuviérades buena; que yo sacára del Monasterio (donde sin duda alguna debe de estár contra su voluntad) à Leandra, à pesar de la Abadesa, y de quantos quisieran estorvarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hiciérades de ella à toda vues-

vuestra voluntad, y talante, guardando empero las leyes de Caballería, que mandan que à ninguna doncella se la sea fecho desaguisado alguno; aunque espero en Dios N. Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado; y para entonces os prometo mi favor, y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra, sino de favorecer à los desvalidos, y menesterosos. Miróle el Cabrero, y como vió à Don Quixote de tan mal pelage, y catadura, admiróse, y preguntó al Barbero, que cerca de sí tenia: ¿ Señor, quién es este hombre que tal talle tiene, y de tal manera habla? Quién ha de ser, respondió el Barbero, sino el muy famoso Don Quixote de la Mancha, desfacedor de agravios, y enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes, y el vencedor de las batallas. Eso me semeja, respondió el Cabrero, à lo que se lee en los libros de Caballeros Andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo, ò que vuestra merced se burla, ò que este gentilhombre debe de tener vacios los apo-

sen-

sentos de la cabeza. Sois un grandísimo bellaco, dixo à esta sazon Don Quixote, y vos sois el vacio, y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamás lo estuvo la muy hi de puta, puta que os parió; y diciendo, y haciendo, arrebató de un pan que junto à sí tenia, y dió con él al Cabrero en todo el rostro con tanta furia que le remachó las narices; mas el Cabrero, que no sabía de burlas, viendo con quántas veras le maltrataban, sin tener respeto à la alhombra, ni à los manteles, ni à todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quixote, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudára de ahogarle, si Sancho Panza no llegára en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, derramando, y esparciendo quanto en ella estaba. D. Quixote que se vió libre, acudió à subirse sobre el Cabrero; el qual lleno de sangre el rostro, molido à coces de Sancho, andaba buscando à gatas algun cuchillo de la mesa, para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorváronselo el Canónigo, y el Cura: mas el Barbero hizo de suerte que el Cabrero cogió debaxo de sí

à

à Don Quixote, sobre el qual llovia tanto número de mogicones, que del rostro del pobre Caballero llovia tanta sangre como del suyo. Rebentaban de risa el Canónigo, y el Cura: saltaban los Quadrilleros de gozo: zuzaban los unos, y los otros, como hacen à los perros quando en pendencia están travados: solo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podia desasir de un criado del Canónigo, que le estorvaba que à su amo no ayudáse. En resolucion, estando todos en regocijo, y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpían, oyeron el són de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba: pero el que mas se alborotó de oirla fue D. Quixote, el qual, aunque estaba debaxo del Cabrero, harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dixo: Hermano demonio, que no es posible que dexes de serlo, pues has tenido valor, y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas no mas de por una hora, porque el doloroso són de aquella trompeta, que à nuestros oidos llega, me parece que à alguna nueva aventura me llama. El Cabrero, que yá estaba cansado de moler, y ser

mo-

molido, le dexó luego, y Don Quixote se puso en pie, volviendo asimismo el rostro adonde el són se oía, y vió à deshora que por un recuesto baxaban muchos hombres vestidos de blanco, à modo de disciplinantes. Era el caso que aquel año habian las nubes negado su rocio à la tierra, y por todos los Lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas, y disciplinas, pidiendo à Dios abriese las manos de su misericordia, y les lloviese: y para este efecto la gente de una Aldea que allí junto estaba, venía en procesion à una devota Ermita, que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quixote que vió los estraños trages de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los debia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que à él solo tocaba, como à Caballero Andante, el acometerla; y confirmóle mas esta imaginacion pensar que una Imagen, que traían cubierta de luto, fuese alguna principal señora, que llevaban por fuerza aquellos follones, y descomedidos malandrines; y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió à Rocinante, que paciendo andaba, quitándole del arzon el

fre-

freno, y el adarga, y en un punto le enfrenó; y pidiendo à Sancho su espada, subió sobre Rocinante, y embrazó la adarga, y dixo en alta voz à todos los que presentes estaban: Ahora, valerosa compañía, veredes quánto importa que haya en el mundo Caballeros que profesan la órden de la Andante Caballería: ahora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora que allí vá cautiva, si se han de estimar los Caballeros Andantes. Y en diciendo esto apretó los muslos à Rocinante, porque espuelas no las tenia, y à todo galope, porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante, ni jamás supo darla, se fue à encontrar con los disciplinantes: bien que fueron el Cura, el Canónigo, y Barbero à detenerle; mas no les fue posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo: ¿Adónde vá, señor D. Quixote? ¿Qué demonios lleva en el pecho, que le incitan à ir contra nuestra Fé Cathólica? Advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de disciplinantes, y que aquella Señora, que llevan sobre la peaña, es la Imagen benditísima de la Virgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace,

que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar à los ensabanados, y en librar à la Señora enlutada, que no oyó palabra; y aunque la oyera, no volviera, si el Rey se lo mandára. Llegó, pues, à la procesion, y paró à Rocinante, que yá llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada, y ronca voz dixo: Vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended, y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la Imagen llevaban; y uno de los quatro Clérigos que cantaban las Letanías, viendo la estraña catadura de D. Quixote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa, que notó, y descubrió en D. Quixote, le respondió diciendo: Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se ván estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos detengamos à oir cosa alguna, si yá no es tan breve que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó Don Quixote, y es esta: Que luego al punto dexeis libre à esta hermosa Señora, cuyas lágrimas, y triste semblante dán claras muestras

tras

tras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado la habedes fecho; y yo que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase sin darle la deseada, y estimada libertad que merece. En estas razones creyeron todos los que las oyeron que Don Quixote debia de ser algun hombre loco: y tornáronse à reir muy de gana, cuya risa fue poner pólvora à la cólera de Don Quixote; porque sin decir mas palabra, sacando la espada, arremetió à las andas; y uno de aquellos que las llevaban, dexando la carga à sus compañeros, salió al encuentro à D. Quixote, enarbolando una horquilla, ò baston con que sustentaba las andas, en tanto que descansaba; y recibiendo en ella una gran cuchillada, que le tiró D. Quixote, con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano, dió tal golpe à Don Quixote encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra villana fuerza, que el pobre Don Quixote vino al suelo muy mal parado. Sancho Panza, que jadeando le iba à los alcances, viéndole caido, dió voces à su moledor,

que no le diese otro palo, porque era un pobre Caballero encantado, que no habia hecho mal à nadie en todos los dias de su vida: mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quixote no bullia pie, ni mano; y así creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica à la cinta, y dió à huir por la campaña como un gamo. Yá en esto llegaron todos los de la compañia de D. Quixote adonde él estaba, y los de la procesion, que los vieron venir corriendo, y con ellos los Quadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, è hiciéronse todos un remolino alderredór de la Imagen, y alzados los capirotes, empuñando las disciplinas, y los Clérigos los ciriales, esperaban el asalto, con determinacion de defenderse, y aun ofender, si pudiesen, à sus acometedores. Pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso, y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El Cura fue conocido de otro Cura, que en la procesion venía, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos esquadro-

drones. El primer Cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era D. Quixote; y así él, como toda la turba de los disciplinantes, fueron à ver si estaba muerto el pobre Caballero; y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos, decia: ¡O flor de la Caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡O honra de tu linage, honor, y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el qual faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorias! ¡O liberal sobre todos los Alexandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenias dada la mejor Insula que el mar ciñe, y rodea! ¡O humilde con los sobervios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines: en fin Caballero Andante, que es todo lo que decir se puede! Con las voces, y gemidos de Sancho revivió D. Quixote, y la primer palabra que dixo fue: El que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, à mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame,

Sancho amigo, à ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos à mi Aldea en compañia de estos señores, que su bien desean, y allí darémos órden de hacer otra salida, que nos sea de mas provecho, y fama. Bien decis, Sancho, respondió D. Quixote; y será gran prudencia dexar pasar el mal influxo de las estrellas que ahora corre. El Canónigo, el Cura, y Barbero le dixeron que haria muy bien en hacer lo que decia; y así habiendo recibido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron à D. Quixote en el carro, como antes venía. La procesion volvió à ordenarse, y proseguir su camino. El Cabrero se despidió de todos: los Quadrilleros no quisieron pasar adelante; y el Cura les pagó lo que se les debia. El Canónigo pidió al Cura le avisáse del suceso de D. Quixote, si sanaba de su locura, ò si proseguia en ella: y con esto tomó licencia para seguir su viage. En fin, todos se dividieron, y apartaron, quedando solos el Cura, y Barbero, D. Quixote, Panza,

y el bueno de Rocinante, que à todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes, y acomodó à D. Quixote sobre una haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el Cura quiso, y al cabo de seis dias llegaron à la Aldea de D. Quixote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó à ser Domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la qual atravesó el carro de D. Quixote. Acudieron todos à ver lo que en el carro venía; y quando conocieron à su compatriota, quedaron maravillados; y un muchacho acudió corriendo à dar las nuevas à su ama, y à su sobrina, de que su tio, y su señor venía flaco, y amarillo, y tendido sobre un monton de heno, y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fue oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, y las maldiciones que de nuevo echaron à los malditos libros de Caballerías: todo lo qual se renovó quando vieron entrar à D. Quixote por sus puertas. A las nuevas de esta venida de D. Quixote acudió la muger de Sancho Panza, que yá habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero; y así como vió à Sancho,

cho, lo primero que le preguntó fue, que si venía bueno el asno? Sancho respondió, que venía mejor que su amo. Gracias sean dadas à Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme ahora, amigo, ¿qué bien habeis sacado de vuestras escuderías? ¿qué saboyana me traeis à mí? ¿qué zapaticos à vuestros hijos? No traygo nada de eso, dixo Sancho, muger mia, aunque traygo otras cosas de mas momento, y consideracion. De eso recibo yo mucho gusto, respondió la muger: mostradme esas cosas de mas consideracion, y mas momento, amigo mio, que las quiero ver, para que se me alegre este corazon, que tan triste, y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, dixo Panza; y por ahora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage à buscar aventuras, vos me vereis presto Conde, ò Gobernador de alguna gran Insula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse. Quiéralo así el cielo, marido mio, dixo la muger, que bien lo habemos menester. Mas decidme, ¿qué es eso de Insulas, que no lo entiendo? No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: à su tiempo lo ve-

verás, muger, y aun te admirarás de oirte llamar Señoría de todos tus vasallos. ¿Qué es lo que dices, Sancho, de Señoría, Insulas, y vasallos? respondió Teresa Panza, que así se llamaba la muger de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos. No te acucies, Teresa, por saber todo esto tan apriesa: basta que te digo verdad, y cose la boca. Solo te sabré decir así de paso, que no hay cosa mas gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un Caballero Andante, buscador de aventuras. Bien es verdad que las mas que se hallan no salen tan à gusto como el hombre querria; porque de ciento, que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas, y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido; pero con todo eso es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, aloxando en ventas à toda discrecion, sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí. Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza, y Teresa Panza su muger, en tanto que el ama, y sobrina de D. Quixote le recibieron,

ron, le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El Cura encargó à la sobrina tuviese gran cuenta con regalar à su tio, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapáse, contando lo que habia sido menester para traerle à su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo; allí se renovaron las maldiciones de los libros de Caballerías: allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abysmo à los Autores de tantas mentiras, y disparates. Finalmente ellas quedaron confusas, y temerosas de que se habian de ver sin su amo, y tio en el mismo punto que tuviese alguna mejoria; y así fue como ellas se lo imaginaron. Pero el Autor de esta historia, puesto que con curiosidad, y diligencia ha buscado los hechos que D. Quixote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellos, à lo menos, por escrituras auténticas; solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que D. Quixote la tercera vez que salió de su casa fue à Zaragoza, adonde se halló en unas famosas justas que en aquella Ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su

va-

valor, y buen entendimiento. Ni de su fin, y acaecimiento pudo alcancar cosa alguna, ni la alcanzára, ni supiera, si la buena suerte no le deparára un antiguo Médico, que tenia en su poder una caxa de plomo, que, segun él dixo, se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua Ermita, que se renovaba: en la qual caxa se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas; pero en versos Castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo Don Quixote, con diferentes epitafios, y elogios de su vida, y costumbres. Y los que se pudieron leer, y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno Autor de esta nueva, y jamás vista historia: el qual Autor no pide à los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó el inquirir, y buscar todos los archivos Manchegos por sacarla à luz; sino que le dén el mismo credito que suelen dar los discretos à los libros de Caballerías, que tan valídos andan en el mundo, que con esto se tendrá por bien pagado, y satisfecho, y se animará à sacar, y buscar otras, si

si no tan verdaderas, à lo menos de tanta invencion, y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caxa de plomo, eran estas:

Los Académicos de la Argamasilla, Lugar de la Mancha, en vida, y muerte del valeroso D. Quixote de la Mancha.

Hoc scripserunt.

El Monicongo Académico de la Argamasilla, à la sepultura de D. Quexote

EPITAFIO.

EL calvatrueno, que adornó la Mancha
De mas despojos que Jason de Creta:
El juicio que tuvo la veleta
Aguda, donde fuera mejor ancha:
El brazo, que su fuerza tanto ensancha,
Que llegó del Catai hasta Gaeta:
La Musa mas horrenda, y mas discreta,
Que grabó versos en broncinea plancha:
El que à cola dexó los Amadises,
Y en muy poquito à Galaores tuvo,
Estribando su amor, y bizarría:
El que hizo callar los Belianises:
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debaxo de esta losa fria.

Del

Del Paniaguado Académico de la Argamasilla in laudem Dulcineæ del Toboso.

SONETO.

ESta que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos, y ademan brioso,
Es Dulcinea, Reyna del Toboso,
De quien fue el gran Quixote aficionado.
Pisó por ella el uno, y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el herboso
Llano de Aranjuez, à pie, y cansado.
(Culpa de Rocinante) ¡ ò dura estrella!
Que esta Manchega dama, y este invicto
Andante Caballero en tiernos años:
Ella dexó muriendo de ser bella;
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras, y engaños.

Del caprichoso, discretísimo Académico de la Argamasilla en loor de Rocinante, caballo de D. Quixote de la Mancha,

SONETO.

EN el sobervio tronco diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
(Frenético) el Manchego su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino:

Cuel-

Cuelga las armas, y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja, y parte;
(Nuevas proezas) pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.
Y si de su Amadís se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces, y su fama ensancha;
Hoy à Quixote le corona el Aula
De Belona: valiente, y de él se precia
Mas que Grecia, ni Gaula la alta Mancha.
Nunca sus glorias el olvido mancha,
Pues hasta Rocinante en ser gallardo
Excede à Briliadoro, y à Bayardo.

Del burlador Académico Argamasillesco à Sancho Panza

SONETO.

SAncho Panza es aqueste en cuerpo chico;
Pero grande en valor: milagro estraño!
Escudero el mas simple, y sin engaño,
Que tuvo el mundo, os juro, y certifico.
De ser Conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuráran en su daño
Insolencias, y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan à un borrico.
Sobre él anduvo, con perdon se miente,
Este manso escudero, tras el manso

Ca-

Caballo Rocinante, y tras su dueño.
¡O vanas esperanzas de la gente!
Cómo pasais, con prometer descanso,
Y al fin parais en sombra, en humo, en sueño!

Del Cachidiablo Académico de la Argamasilla en la sepultura de D. Quixote

EPITAFIO.

AQuí yace el Caballero
Bien molido, y mal andante,
A quien llevó Rocinante
Por uno, y otro sendero.
Sancho Panza el majadero
Yace tambien junto à él,
Escudero el mas fiel
Que vió el trato de escudero.

Del Quitoc Académico de la Argamasilla, en la sepultura de Dulcinea del Toboso

EPITAFIO.

REposa aquí Dulcinea,
Y aunque de carnes rolliza,
La volvió en polvo, y ceniza
La muerte espantable, y fea.
Fue de castiza ralea,
Y tuvo asomos de dama,

Del gran Quixote fue llama,
Y fue gloria de su Aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer: los demás, por estár comida la letra, se entregaron à un Académico, para que por conjeturas los declaráse. Tiénese noticia que lo ha hecho à costa de muchas vigilias, y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacarlos à luz con la esperanza de la tercera salida de Don Quixote.

Per si altro canterá con miglior plectro.

FIN

DE ESTE SEGUNDO TOMO.

